

UC-NRLF

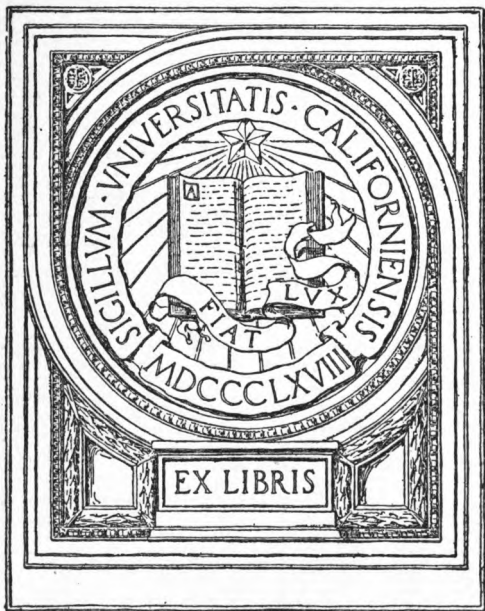


B 3 139 244

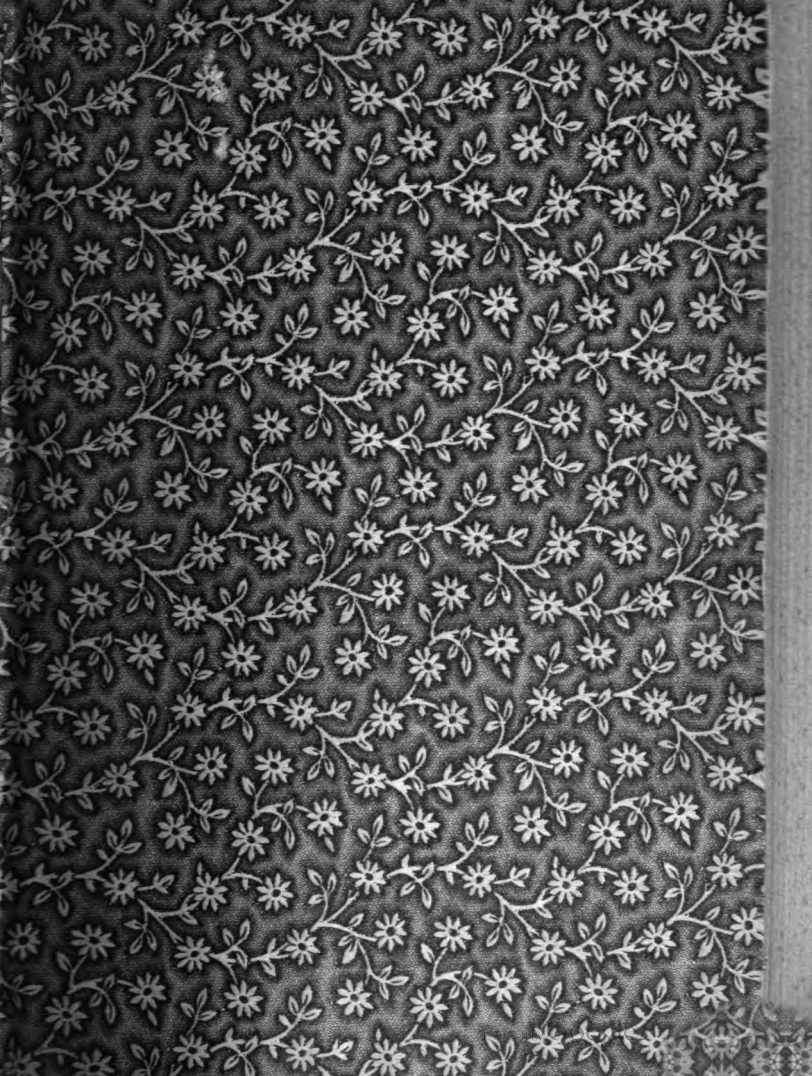
UC
AS



GIFT OF
J.C.CEBRIAN



836
S563
m



Mamin-Sibiriak

—

LOS MILLONES

MCMXXI

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe. Madrid, 1921

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

MAMIN-SIBIRIAK

Los millones

NOVELA

La traducción del ruso ha
sido hecha por N. Tasín.



MADRID, 1921

PRESERVATION
COPY ADDED
ORIGINAL TO BE
RETAINED.

MAY 22 1935

Gift of J. C. Cebrian

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8. — MADRID

PG 3467

M/3

P719

1921

MAJN

Mamin Sibiriak (1852-1912) ha sido el primero que ha descrito de una manera artística la vida de los Urales y la Siberia. Se puede decir que es el Cristóbal Colón literario de ese mundo casi desconocido durante tanto tiempo. La mayor parte de la copiosa labor de novelista y cuentista de Mamin Sibiriak está consagrada a la vida animada y pintoresca de esas regiones vírgenes, con sus costumbres primitivas, sus inmensas estepas nevadas, sus dilatados bosques, sus anchísimos ríos, sus minas, sus aventureros, sus buscadores de oro y de sensaciones violentas...

Le conocía a fondo. Hijo de un pobre pope de los Urales, pasó casi toda su vida en aquel país montañoso, de recio y severo paisaje; entre aquellos campesinos y aquellos obreros, y fué testigo del vivir intenso e inquieto de los miles de aventureros que acuden al olor del oro; presenció los conflictos entre los dueños de las minas y las masas proletarias; asistió a las homéricas orgías de los ricos, y contempló de cerca la negra miseria de los pobres. Amaba aquella naturaleza austera, majestuosa. Y amaba también las almas férreas, los fuertes corazones hijos de tal naturaleza y tan distintos de los de la gente occidental llevada allí por la codicia: gente mezquina, pusilánime y de espíritu estrecho.

Durante su larga carrera literaria, Mamin publi-

550621

Digitized by Google

*có veinte novelas y una enorme cantidad de cuentos. Sus obras más conocidas son:** LOS MILLONES—*que hoy tenemos el honor de ofrecer a nuestros lectores—, Nido de montañas, La vida de Pepko, Los luchadores, El torrente, El pan y El oro.*

Cada una de sus nuevas obras era objeto de una cariñosa acogida por la crítica, y desde el principio de su carrera un gran éxito coronó su trabajo; cosa poco frecuente en el mundo de las letras, sobre todo en Rusia, donde la élite del público literario, educada en la lectura de Gogol, Turgueniev, Dostoyevsky y Tolstoy, es poco contentadiza. Además, Mamin Sibiriak no era un innovador, ni pretendía serlo; se limitaba a pintar, con amplios y enérgicos rasgos, una vida casi ignorada y llena de interés estético.

El 26 de octubre de 1912 el mundo literario y artístico festejó en Petersburgo el cuadragésimo aniversario de la actividad literaria de Mamin Sibiriak. Una semana después, el 2 de noviembre, murió en dicha gran urbe, a miles de kilómetros de sus amados Urales, el eminente novelista. La capital, que tan calurosamente le había acogido al principio de su vida de escritor, lloró, con toda Rusia, su muerte.

LOS MILLONES

PRIMERA PARTE

I

— ¡Ha llegado, señora, ha llegado! — gritó la doncella Matrecha, entrando jadeante en la alcoba de Jionia Alexeyevna Zaplatin—. ¡Ha llegado esta madrugada!... Para en *El Ancla de Oro*.

La señora Zaplatin, una mujer de edad difícil de determinar, de rostro marchito, estaba de pie ante el espejo, en un *deshabillé* de lo más íntimo. Sus cabellos, color piel de camello, esparcidos sobre los hombros, no ocultaban ni su nada limpia camisa, ni su cuello ajado, ni su pecho huesudo.

La noticia fué para ella como el súbito retumbar de un trueno; su mano dejó caer el peine.

Junto a la ventana, que daba al patio, un hombre de unos cuarenta años, sentado en una silla ante una mesita volante, diríase que trataba de esconderse detrás del periódico a cuya lectura se hallaba entregado. Era el marido, Víctor Nicolayevich Zaplatin, oficial de la brigada topográfica. Su aspecto era la antítesis del de su mujer; bien

vestido, de faz sonrosada, barba rubia y dulces ojos grises, aquel hombre era casi un buen mozo.

Estaba tomándose a sorbitos una taza de café. La aparición de Matrecha y la sensacional noticia no parecieron producirle la menor impresión.

—Matrecha—ordenó con voz alterada la señora Zaplatin—: ve en seguida a casa de Agripina Filipovna y dile: «Ha llegado.» No tienes que decirle más, ¿sabes? Pero ve en seguida, en seguida.

La doncella, obediente, activa, dispuesta a correr, si era preciso, no ya a casa de Agripina Filipovna, sino al Polo o al Ecuador, desapareció, rápida como un relámpago. Aquella campesina sucia y un poco tonta no razonaba nunca, y se hubiera tirado a un pozo si su ama se lo hubiera mandado.

—¿Has oído, Víctor?—preguntó la dama, trémula de emoción.

—¿Qué?

—¿Que Privalov ha llegado!

—¿Y qué pasa?

—¿Jesús, qué tonto eres! Privalov, el millonario Privalov...

—Mejor para él si es millonario. ¿A mí qué me importa?

—¿Qué tonto, Dios mío! ¿Así es que no te imaginas el efecto que producirá la noticia de su llegada en casa de los Bajarev ni el desasosiego de Lajovsky y Polovodov?

—A mí me tienen sin cuidado Privalov y sus millones. Privalov es un hombre como otro cualquiera, y sus millones no han de ser para mí.

La dama no escuchaba a su esposo. Poniéndose apresuradamente el corsé, monologaba:

—Es extraño que no se hospede en casa de Bajarev... Sus razones tendrá... Voy en seguida a prevenir a la señora Bajarev. Privalov sería un gran novio para Nadia: los millones buscan a los millones. ¡Habría que ver la indignación de Lajovsky, Polovodov, Verevkin y otros señores con hijas o hermanas casaderas!

—Las mujeres—dijo el marido—sois terribles: sólo pensáis en noviazgos y en bodas. ¿Crees que en Petersburgo le faltarán a Privalov mujeres con quienes casarse y va a venir aquí a buscar novia?

—¡Qué tonto eres!—repuso la esposa, abrochándose el corpiño verde—. ¿Qué sabéis los hombres de esas cosas? En la capital se buscan cantatrices, bailarinas, mujeres para divertirse; las mujeres para casarse se buscan en provincias.

Se prendió el sombrero de paja con cintas amarillo claro, y se miró al espejo, de frente, de lado, de espaldas. Exhaló un suspiro: se encontraba poco elegante. «¿No sería mejor—pensó—ponerme el traje que me regaló Panafidin cuando le casé a su hija?» Pero desechó al punto esta idea: no había que dejar traslucir la importancia que le atribuía a la llegada de Privalov. Ante todo, la dignidad.

Y la respetable dama, sin apartar los ojos del espejo, se esforzó en darle a su figura y a su rostro un aire altivo y desdeñoso.

—Oye, Jina—le advirtió Zaplatin, que la observaba—: te aconsejo que no... abuses del jerez...

Tu afición a ese noble vino se manifiesta de un modo sobradamente elocuente en tu semblante... Basta fijarse en tu nariz...

Ella le dirigió una mirada despectiva de actriz dramática barata, y no se dignó contestar.

—Si viene Agripina Filipovna—le encargó al salir—, dile que luego iré a su casa.

—Tenéis trabajo, ¿eh?

El matrimonio Zaplatin, en aquella obscura ciudad de Uzel, perdida en lo más recóndito de los Urales, personificaba las aspiraciones, las virtudes y los defectos de la época. Víctor Nicolayevich era hijo de un sereno. Habiendo aprendido, no sin dificultad, a leer y a escribir, entró muy joven de escribiente en la Audiencia de Uzel, donde, a la edad de treinta años, cobraba quince rublos mensuales. En aquel tiempo, con tan escaso sueldo se podía vestir de una manera decorosa y tener entrada en casa de los empleados modestos del Estado. En una reunión, Zaplatin conoció a una institutriz de maneras un tanto libres que le produjo honda impresión. Su reputación dejaba algo que desear; pero, en cambio, poseía tres mil rublos de dote. El escribiente era un joven práctico, y se dijo que quince rublos mensuales no permitían ser demasiado exigente en lo atañadero a la reputación, y que los tres mil rublos no eran una cosa despreciable.

La institutriz y el escribiente se casaron. Zaplatin dejó de ser un pelagatos. No tardó en cobrar veinticinco rublos mensuales en vez de quince.

Algunos años después tenía ya casa propia — una finca urbana que valía lo menos 15.000 rublos —, coche y caballo, criados, buenos muebles y dinero en el Banco; en fin, era un hombre cuyo porvenir estaba sólidamente asegurado. Sin embargo, seguía cobrando veinticinco rublos mensuales, aunque había renunciado a su empleo en la Audiencia para hacerse topógrafo. A los uzelenses no les asombraba que ganando tan poco viviera tan bien: en los Urales son frecuentes esas anomalías.

— ¡Qué quiere usted? — decíanse —. No tiene pelo de tonto y sabe administrarse. La señora Zaplatin también es muy lista.

La dama tenía en su casa una especie de colegio de señoritas. Era un colegio extraño. Muchachas pertenecientes casi todas a familias forasteras pasaban en él unos cuantos meses, se iban y no tardaban en ser sustituidas por otras. Nadie sabía lo que allí se enseñaba, ni a cargo de quién estaban la enseñanza y la educación. Lo único que se sabía es que el misterioso colegio constituía una importante fuente de ingresos para la señora Zaplatin.

La casa era muy confortable. De la elegante escalinata se pasaba a un hermoso vestíbulo, en el que, aparte de la de la calle, había tres puertas: una daba al salón; otra, a un corredor, que separaba las habitaciones del matrimonio de las destinadas a las colegialas, y la tercera, a unas habitaciones completamente aisladas e inhabitadas casi siempre.

En el salón había un buen piano y lujosos mue-

bles; los demás aposentos estaban amueblados con mucho menos lujo y mal alfombrados.

La señora Zaplatin recibía muchas visitas. Su salón era frecuentadísimo por el elemento femenino de la ciudad aficionado a traer y llevar noticias escandalosas. La idea fija de la dama era convertirlo en un salón mundano, donde la juventud pudiera aprender maneras distinguidas, donde los hombres pudieran lucir su ingenio y las mujeres su belleza y su elegancia, donde los actores y las actrices pudieran encontrar protección, los muchachos novia y las muchachas novio.

Para realizar en todos sus detalles aquel plan grandioso, los Zaplatin no disponían de medios suficientes, y además—esto era lo que más le dolía a la dama—los ricachones de la ciudad, los Bajarev, los Lajovsky, los Polovodov, les visitaban lo menos posible. Pero la señora Zaplatin no era mujer a quien los primeros descabros hiciesen renunciar a la lucha. Esperaba que, tarde o temprano, sus esfuerzos serían coronados por el éxito, y no se desalentaba. Como una araña escondida en obscuro rincón, tejía su tela con una paciencia inagotable.

—Verán ustedes—decía el abogado Nicolás Verevkin, el Juvenal local—cómo la señora Zaplatin acaba por imponernos a todos su voluntad. Es una mala pécora.

La vida familiar no empezaba en aquel hogar hasta después de media noche. A tal hora solía la señora Zaplatin volver del círculo o de casa de al-

guna amiga. Dedicaba el día entero y parte de la noche a recibir visitas o a hacerlas. El marido no coartaba su libertad, muy satisfecho de poder vivir a su guisa. Sentía una verdadera pasión por la política, y dedicaba todas sus horas libres a la lectura de la Prensa y al saboreo del café, su otra pasión. A las visitas de la casa se limitaba a saludarlas, y si alguno de los visitantes era aficionado a la política, se lo llevaba a un ángulo del salón y hablaba con él de Bismarck, de Gambetta y de Beaconsfield. Este era su único punto de contacto con la sociedad que pululaba en torno de su emprendedora costilla.

En tan concurrido salón, como en todos los que se respetan, se hablaba francés; detalle de buen tono, no despreciable, al parecer de la señora Zaplatin, en una obscura ciudad de provincia.

II

En cuanto recibió la noticia sensacional de la llegada de Privalov, la señora Zaplatin corrió a casa de Bajarev.

La casa de Bajarev estaba al final de la calle de las Montañas. Era de un solo piso, y tenía quince ventanas a la calle. Había en su fisonomía como una expresión bonachona. Se presentía que bajo aquel tejado verde y tras aquel muro gris la vida seguía su curso apacible, imperturbable. Las ventanitas, adornadas con tiestos de flores y visillos

de seda, miraban a la vía pública sonrientes, bondadosas, como los ojos de los viejos bien conservados. Los transeuntes, al verlas, decíanse: «¡Qué felices deben de ser los que vivan en esa casa, y cuán al abrigo estarán de los vendavales del mundo!»

El zaguán, provisto de un macizo pórtico de piedra, conducía a un ancho patio enarenado como un circo, a uno de cuyos lados había una hermosa terraza, que engalanaban en verano profusión de plantas trepadoras. Al pie de la terraza había un florido jardinillo con una verja verde. En el fondo del patio alineábanse, sólidas, amplias, las perchadas, la cuadra y otras dependencias. A lo largo de los muros se alzaban corpulentos chopos.

En el interior, la casa se hallaba dividida en dos partes, cada una de las cuales tenía su escalinata. En una estaban las habitaciones de Vasily Nazarich Bajarev, y en la otra, las de su mujer, María Stepanovna.

Los aposentos eran vastos, claros, de suelos limpios y lustrosos, paredes elegantemente empapeladas, techos decorados con dibujos multicolores, grandes puertas blancas.

El coche de la señora Zaplatin se detuvo ante la escalinata principal. Una joven bajó a recibirla.

—¡Angel mío—gritó en francés la dama, posando sus labios secos en las frescas y sonrosadas mejillas de la joven—, está usted hoy encantadora! ¡Encantadora como una rosa! ¡Qué bien le sienta a usted ese traje! Parece usted la Margarita

del *Fausto* cuando sale al jardín. ¿Recuerda usted la escena?

Nadia, la hija mayor de los Bajarev, una señorita alta, esbelta, era muy linda; pero no se parecía, ni remotamente, a Margarita. Aunque la comparación hizo dibujarse una leve sonrisa en sus labios, la expresión de sus ojos, de un gris oscuro, sombreados por largas pestañas negras, siguió siendo seria, casi grave.

—¿Me encuentra usted muy parecida a Margarita?—preguntó.

—¡Como una gota de agua a otra gota de agua!

—Sin embargo, hace algunos días me comparó usted a Manón.

—Porque iba usted vestida de otra manera... ¡El traje, en la mujer, lo es todo. ángel mío! ¿Está mamá en casa? Vengo a hablarle de un asunto muy importante que le interesa a usted...

—¿Se trata de un nuevo novio para mí?

—¿Por qué no, ángel mío? Toda Margarita debe tener su *Fausto*. Es la ley de la Naturaleza. Pero este novio no lo he buscado yo, ha aparecido él: es un novio caído del cielo.

—¿Y no se ha hecho daño al caer?

La señora Zaplatin agitó los brazos como las aspas de un molino y subió la escalinata. Con la seguridad de una persona visita asidua de la casa, atravesó varias habitaciones, en dirección a las de la señora Bajarev. Al pasar por un corredor oscuro, sintió de pronto sobre sus ojos la presión de unas manos tibias.

—¡Adivine usted quién soy!—gritó una voz fresca y risueña.

—¿Eres tú, cabrita?—contestó la dama, apartando de su rostro las manos misteriosas—. ¡Claro que eres tú, Verochka! ¿Quién podía ser sino tú? ¡Qué tal, cabrita? Siempre alegre, ¿eh?

—¿Y por qué voy a estar triste?—preguntó la chiquilla, besando a la señora Zaplatin de un modo ruidoso, según solía hacerlo todo.

—Empiezas a vivir ahora, nena. La vida reserva sorpresas dolorosas...

—Entonces lloraré... Mamá está en el oratorio. Viene usted a verla, ¿verdad?

—Sí. Tengo que hablarle de un asunto muy grave—dijo la señora Zaplatin con acento y gesto solemne.

--¡Voy a llamarla!

Verochka echó a correr.

«A ésta—pensó la ex institutriz—no hay que buscarle novio: ella lo encontrará. No se quedará para vestir imágenes, como se exponen a quedarse algunas princesas, Nadia, por ejemplo, que la miran a una de alto abajo y se creen muchachas bien educadas.» Y pasó a una habitacioncita amueblada a la antigua, cuyas paredes decoraban platos artísticos y repisas cargadas de plata labrada. En un armario acristalado veíanse tacitas chinas y ricas porcelanas de Sèvres y Sajonia. Había en los rincones sendos jugueteros con lindos vasos japoneses. En un rincón, una lamparilla que ardía día y noche alumbraba unos iconos con longevos y

bellos marcos de oro y plata; las caras de los santos eran flacas, amarillas, rugosas, de afilada nariz, y las ropas estaban cubiertas de perlas, esmeraldas, diamantes y rubíes. Blancos visillos tamizaban la luz meridiana. Un rico tapiz persa se extendía sobre el entarimado.

La señora Zaplatin se sentó en un canapé muy bajo, ante el que había una mesita de caoba con patas de león. Olfía en aquel aposento a algo indefinible, a algo como una mezcla de incienso, aceite de ricino y hierbas aromáticas: era un olor dulzón y que mareaba un poco cuando no se estaba acostumbrado a él. En un cuadro antiguo, de pesado marco dorado, que colgaba sobre el canapé, un joven y una joven, vestidos a la moda de la Revolución francesa y sentados a la sombra de un copudo árbol, se miraban amorosamente.

La ex institutriz no tardó en oír a su derecha un leve ruido de pasos. Volvió la cabeza. Una mano levantó la cortina oscura de la puertecilla que daba a la alcoba del ama de la casa, y María Stepanovna, seguida de su hija Verochka, salió.

Era una mujer de edad, alta, de aspecto severo.

—¿Qué tal, querida Jionia Alexoyevna? ¿Me trae usted alguna buena noticia? ¡Siempre tan amable!

—Ya sabe usted, querida María Stepanovna, que soy una amiga de verdad.

Las dos mujeres se besaron y se sentaron en el canapé.

—Verochka—dijo el ama de casa—: ve a la des-

pensa por confitura y dile a Dosifea que ponga el samovar.

La muchacha se fué, un tanto fruncido el entrecejo; hubiera querido oír lo que contaba la señora Zaplatin, siempre portadora de noticias pintorescas.

— ¡Por qué la ha mandado usted irse?— preguntó la ex institutriz.

— Es demasiado niña aún para enterarse de muchas cosas.

— Es verdad... ¡Si supiera usted qué noticia le traigo!... ¡Desde ayer está en Uzel Privalov! ¡Sergio Alexandrovich Privalov!

— ¡Cómo! ¡De veras? ¡Desde ayer? ¡Dónde se hospeda?

— En *El Ancla de Oro*. ¡Y, pásmese usted, ocupa una habitación de un rublo y sólo trae un criado y tres baúles!

La señora Bajarev estaba consternada.

— No me lo explico... ¡Por qué se hospeda en ese fonducho, teniendo aquí su casa... y la nuestra?... Bien sabe que le hubiéramos recibido con los brazos abiertos.

— Sí; pero no ha querido molestarles. Es un hombre tan mirado... En su casa, los recuerdos tristes...

— Pues que hubiera venido a la nuestra.

— Tiene usted dos hijas, querida, y la gente... Cuando me he enterado de su llegada he llorado de alegría. En seguida he pensado: «¡Qué novio para Nadia! ¡Se lo envía Dios!»

— ¡No se habrá casado? Tendría gracia que estuviera usted buscándole novia y...

— ¡Qué ha de haberse casado, María Stepanovna! He enviado cinco veces a mi doncella a informarse discretamente, y sé todo lo que hay que saber. Es un novio ideal. No hay muchos como él: joven, guapo, rico, ¡mi-llo-na-rio!

— ¡No tanto!

— ¡Cómo! Sólo la herencia de su madre...

— Trescientos o cuatrocientos mil rublos, que quizá haya derrochado ya en Petersburgo.

— ¡Nada de eso! Nicolás Verevkin, que estudió con él en la Universidad, dice que llevaba una vida muy morigerada. Además, las fábricas que le dejó su padre valen no sé cuántos millones...

— Eso es problemático. Ya sabe usted que sobre esas fábricas pesan obligaciones...

— ¡Todo el mundo dice que le dan por ellas tres millones! ¡Tres millones! ¡Siento vértigos al mentar esa cantidad!

En aquel momento entró Verochka. Se había detenido unos instantes al otro lado de la puerta, y había visto que se trataba de la llegada de Privalov, de aquel Sergio Privalov, compañero de colegio de su hermano Kostia, que había vivido algún tiempo en su casa, y a quien ella, una vez jugando, le había mordido un dedo... El corazón de la muchacha había acelerado sus latidos, y su mano había estado a punto de dejar caer el plato de cerezas en confitura. ¡Un novio! ¡Un novio para Nadia!

—¿Qué te pasa? ¡Estás coloradísima!—preguntó la señora Bajarev.

—Es que he subido la escalera corriendo—contestó Verochka, poniéndose aún más colorada.

—¡Oh, hermosa juventud!—exclamó, los ojos en blanco, la señora Zaplatin.

Verochka, en su ruborosa turbación, una vaga sonrisa en los labios, estaba muy linda. Sus cabellos, peinados hacia atrás, le caían por la espalda en una espesa y luenga trenza. Llevaba un traje largo—¡su primer traje largo!—azul claro. Le gustaban los trajes de colores vivos, y su hermano Víctor la llamaba «el arco iris».

Momentos después entró la criada Dosifea con un gran samovar, cuyo hervor ruidoso parecía un murmullo de indignación. Dosifea era una solterona sordomuda que servía desde su niñez en la casa y quería mucho a la familia. María Stepanovna le dijo, por señas, algo que la regocijó en extremo. La buena mujer lanzó una especie de gruñido de bestia contenta, dejó el samovar sobre la mesa y corrió a la terraza, donde Nadia estaba leyendo una novela. La joven creyó que Dosifea se había vuelto loca al verse de pronto entre sus brazos y bajo el sonoro diluvio de sus besos.

—Pero ¿qué te pasa?

La sordomuda contestó con un rápido y locuaz dactileo, señalando con la cabeza al interior de la casa.

—¡Tonterías!—dijo, también por señas, Nadia, pintado el enojo en el rostro—. Privalov no será

mi novio. Eso son intrigas de esa estúpida señora Zaplatin.

Pero Dosifea no le hizo caso: María Stepanovna acababa de asegurarle lo contrario.

III

—¡Calla! ¡Si es Privalov!—gritó la señora Zaplatin, al ver desde detrás de los cristales bajar de un coche de punto que acababa de detenerse ante la escalinata a un caballero con sombrero gris.

—¡Cómo! ¡Tan pronto!... ¡Qué sorpresa!—balbuceó, muy emocionada, María Stepanovna—. Verochka: corre a avisar a papá...

—¡Y a llamar a Nadia!—añadió la señora Zaplatin.

—Sí; llámala... Habrá que invitarle a comer, y como no le esperábamos... Además, la modista no ha traído aún el traje nuevo de Nadia... ¡Jesús, Jesús!

Verochka se encontró a su hermana en el corredor.

—¡Anda, anda, mamá te llama! ¡Ve en seguida!

—¡Pero qué sucede?

La jovencita, en vez de contestar, abrazó a Nadia y le cubrió el rostro de besos.

—¡Parece que todos estáis locos hoy en esta casa!—protestó, zafándose, Nadia—. Hace un rato, Dosifea; ahora tú...

—Nadia—susurró Verochka, llevándose la mano

al corazón como si temiera que le estallase—, Nadia... Privalov... acaba de llegar...

Nadia acudió a la habitación de su madre y Verochka se dirigió de puntillas a la puerta del vestíbulo, por cuya cerradura se puso a observar.

Privalov entraba en aquel momento.

—¿No me conoces?—le preguntó al criado, Luka, un viejecillo de cabellos blancos y piernas temblorosas.

—No, señor.

—¿No te acuerdas de Sergio Privalov?

—¿Cómo!—gritó, lleno de alegría, el viejecillo—. ¿Es usted Sergio Alexandrovich? ¿Cómo iba yo a conocerle? ¡Virgen Santa! ¡San Nicolás bendito!

Y besó respetuosamente la manga del gabán de Sergio.

—¿Cómo está Vasily Nazarich?

—Bien, mi amo. Todos bien. ¡Lo que van a alegrarse! No le esperaban... Pase al salón... Voy a avisar...

—Y tú, ¿qué tal?

—Tirando, mi amo... Si no fuera por las malditas piernas... Sobre todo, la izquierda... Cuando subo la escalera veo las estrellas...

Con una locuacidad senil, Luka informó al recién llegado de una porción de cosas: de la enfermedad de la pierna de su amo, de la tirantez de relaciones entre Vasily Nazarich y su hijo Kostia, de la añadidura de un nuevo individuo, un mozallete que sólo sabía dormir, a la servidumbre de la casa...

— Ahí está— murmuró, señalando con los ojos a un lacayo muy guapo, peinado a la inglesa. Y se alejó, arrastrando su pierna enferma.

Verochka consideró a Privalov digno, en efecto, de ser el novio de su hermana. Nadia era, a sus ojos, un ser extraordinario, un dechado de perfecciones físicas, intelectuales y morales, y merecía un novio también extraordinario. Privalov lo era: era millonario— título que imponía enormemente a Verochka—, era alto, barbirrubio, de ojos azules, guapo, en fin, a su juicio— aunque, en realidad, no pasaba de ser un hombre de buen ver—, como debía serlo el príncipe de cuento de hadas que ella se había forjado oyendo hablar de él a la ex institutriz.

Corrió al cuarto de su mamá.

— ¡Nadia— le dijo María Stepanovna— no quiere vestirse un poco menos de trapillo!

— ¡Qué? ¿Le has visto?— inquirió, con voz ahogada por la emoción, la señora Zaplatin—. ¿Qué te ha parecido? ¿Es moreno o rubio? ¿De qué color tiene los ojos?

Verochka se apresuró a satisfacer la curiosidad de la dama. Nadia miraba indignada a una y a otra y se repetía:

«¡Nada, hoy está todo el mundo loco en esta casa!»

En efecto; la inesperada visita de Privalov había producido en la casa un trastorno general. María Stepanovna, ayudada por la doncella y por la señora Zaplatin, se ponía y se quitaba trajes, no

encontrando ninguno a su gusto; Verochka, después de mil dudas y vacilaciones, eligió el más desafortadamente chillón de sus vestidos: el escarlata; la sordomuda Dosifea desplegaba, en la cocina, una actividad febril, como si dependiese de su labor culinaria de aquel día la paz del resto de los suyos; el viejo Luka, provisto de creta y un trapo, frotaba con todas sus fuerzas las piezas de cobre de las puertas.

—¡San Nicolás bendito! — murmuraba —. ¡Qué magnífico novio para la señorita! ¡Alto, fuerte... el vivo retrato de su padre!

—No nos abandone usted hoy—le rogó María Stepanovna a la señora Zaplatin—; quédese a comer con nosotros.

—Con mucho gusto, querida—repuso la dama.

Y añadió, dirigiéndose a Verochka, a quien estaba ayudando a apretarse el corsé:

—Tienes el talle demasiado ancho, nena. Y los hombres lo primero que miran es el talle.

—¡Y qué quiere usted que yo le haga?—preguntó, a punto de llorar, la joven.

—Hay que comer lo menos posible. Cuando yo era muchacha, comíamos yeso y bebíamos vinagre para estar delgadas y pálidas.

Víctor, el hijo menor de los Bajarev, dormía en una habitación trasera, cuya ventana daba al jardinillo. Se había retirado, borracho, a las seis de la mañana y se había quedado dormido en el canapé, sin llegar a quitarse mas que una bota, que yacía en el suelo junto a su reloj de oro. En

su faz pálida, enmarcada por una barbita leve y rubia, había una expresión caprichosa de niño mimado.

Igor, el lacayo nuevo, trataba en vano de espabilarle.

—Ha venido el señor Privalov—decía, manteniéndose un poco a distancia, para librarse de una probable agresión—y me han mandado que le despierte a usted.

—¡Déjame en paz! ¡Idos al diablo tú y Privalov!

—¡Quiere usted un vaso de soda?... Eso refresca.

—¡Te largas o no? ¡Te vas a ganar un trastazo!

—¡Bueno, señorito, me iré!... El trastazo no sería el primero. Ayer, sin ir más lejos...

—¡Largo, granuja!

El joven se incorporó, cogió la bota y la lanzó en dirección al criado, que puso pies en polvorosa.

Tendióse de nuevo y cerró los ojos, pensando en la batería de botellas que se había bebido aquella noche con unos comerciantes de Irkutsk.

IV

Cuando Privalov entró en el despacho del viejo Bajarev, el amo de la casa, que estaba sentado en un profundo sillón, ante el escritorio, se levantó; pero al punto se desplomó sobre el asiento, a pesar de sus esfuerzos para tenerse en pie.

—¡Qué tal, muchacho? ¡Qué agradable sorpresa!

El viejo cogió con ambas manos la cabeza de Sergio, le dió tres besos y le contempló, silencioso, unos instantes.

—¡Chico, estás hecho un mocetón!... ¿Cuándo has llegado?

—Anoche, Vasily Nazarich. ¿Cómo está usted? ¿Y María Stepanovna?

—Tirando, tirando... Mi vieja, cada día más devota, más rezadora... ¡Cuánto me alegro de verte!

—¡Y yo de verle a usted! ¡Le estoy tan agradecido...!

—¡Bah!... Te esperábamos hace mucho tiempo... ¿Cómo van tus asuntos?

—Como siempre, Vasily Nazarich.

—Bien, bien; ya hablaremos de eso. ¡Qué cambiado estás! ¡Si te viera tu padre!...

Privalov contemplaba, emocionado y silencioso, la hermosa cabeza del viejo, en cuyos ojos grises, profundos y severos, había en aquel momento una acariciante dulzura. Una suave sonrisa, una de esas sonrisas que sólo se ven en el rostro de los ancianos y los niños, iluminaba la noble faz de barba hirsuta.

El vasto despacho tenía dos ventanas a la calle y tres al patio; pero los visillos de seda azul y el tono obscuro del papel de las paredes sumían el aposento en una plácida penumbra. Cubría el entarimado un magnífico tapiz persa. Frente al escritorio había un sofá turco, y adosados a las paredes laterales, un armario-librería y un arca de hierro. Sobre el escritorio veíanse numerosos pa-

peles, casi todos con el membrete «Dirección de las Minas de oro V. N. Bajarev». Un macizo trozo de platino, de más de un kilo, servía de pisapapeles. Decoraban las paredes planos y fotografías de minas, en lujosos marcos. Constituían el fondo de las fotografías altas y numerosas montañas. En la mayor parte de las fotografías y los planos había un letrero que rezaba: «Mina Varvarinski». Este criadero de oro, denominado así en honor de la madre de Privalov, llamada Varvara, era famoso en toda la Siberia.

Privalov observó con placer que desde su marcha, es decir, desde hacía quince años, nada había cambiado en aquel despacho. La estancia en él érale grata. Se respiraba allí una atmósfera de energía y de trabajo. En torno a aquel escritorio se habían forjado negocios de perdurable memoria en los anales de la industria siberiana.

—¡Bueno—dijo Bajarev—; vamos a las habitaciones de mi vieja! ¡Se alegrará tanto de verte!

El viejo hizo un esfuerzo para levantarse; pero su pierna enferma no se lo permitió.

—¿Quiere usted que le ayude?—preguntó Privalov.

—No; no podrías—repuso el anciano, sonriendo tristemente y oprimiendo el botón del timbre eléctrico—. Me ayudará mi viejo criado Luka, que está acostumbrado... Sí, muchacho; va uno envejeciendo... Hoy es una pierna la que se niega a cumplir con su obligación; mañana será un brazo... y llegará un día en que todo el organismo se d

clarará en huelga. Y lo peor es que ahora hay que trabajar mucho; no se debe perder ni una hora, y mis alifafes me fuerzan a perder muchas, hijo mío. Cuando pienso en lo que ocurrirá, sin mí, en las minas, se me parte el corazón. Ni siquiera puedo dormir. Mi mente, mi alma están allí... Y no tengo en quién poner mi confianza para que me reemplace. Mi hijo mayor se cree más inteligente que su padre, y el otro... En fin, ya verás...

Ayudado por Luka, el anciano se levantó y, arrastrando la pierna, se dirigió a la puerta.

—¿Has visto qué buen mozo, Luka?

—¡Un águila, Vasily Nazarich!... ¡No le he conocido!... ¡Cómo pasa el tiempo! Parece que estoy viéndole camino del colegio...

El buen hombre parecía dispuesto a evocar, íntegra, la niñez del recién llegado; pero Bajarev se apresuró a interrumpirle:

—¿Ya empiezas, viejo charlatán?

Luka calló.

—¿Vienes para mucho tiempo?—le preguntó Bajarev, deteniéndose en el umbral, a Privalov.

—Pienso establecerme aquí definitivamente.

—¡Gracias a Dios!—profirió el viejo criado, persignándose.

V

Privalov seguía a Vasily Nazarich a través de numerosos aposentos amueblados a la última moda, cuyas ricas alfombras, lujosos cortinajes y artís-

ticos bronce contrastaban con el decorado y el moblaje, sobrios y severos, del despacho. En el salón había un magnífico piano de Bekker.

— Yo y mi vieja — explicó Bajarev — vivimos ahora separados, conforme a la moda contemporánea. María Stepanovna no viene nunca a mis habitaciones. Sólo solemos vernos en el comedor.

Pasado el comedor, empezaban las habitaciones de la señora Bajarev. Allí todo estaba como hacía quince años y despertaba en Privalov recuerdos infantiles: las mismas alfombras descoloridas, los mismos longevos muebles de caoba, los mismos candelabros de bronce, los mismos jarrones de malaquita, las mismas mesitas de mármol en los rincones, los mismos lienzos malos en marcos valiosos, los mismos tiestos de flores en las ventanas, los mismos iconos antiguos alumbrados por viejas lamparillas. Diríase que hasta el aire era el mismo: impregnábalo el mismo olor tibio y aromático, que a Privalov se le antojaba olor a quietud y a apartamiento.

— ¡Aquí tienes a mi vieja! — dijo Vasily Nazarich al entrar en un saloncito tapizado de terciopelo rojo oscuro.

Privalov se acercó a María Stepanovna y quiso besarle la mano; pero ella le abrazó y le dió tres besos en la frente.

— ¿Has visto qué buen mozo, María Stepanovna?

Bajarev, ayudado por Luka, se sentó en una butaca.

— ¡Sí, es un guapo muchacho, Vasily Naza-

rich! Se parece mucho a Varvara Pavlovna su madre.

Los ojos de la anciana examinaban de pies a cabeza al recién llegado.

—¡No, mujer, no! A quien se parece es a su padre: ¡es su vivo retrato!

—¡Se parece a su madre, a su madre!—insistió María Stepanovna.

Y le preguntó a Privalov:

—¿Sabes aún persignarte? ¿No se te ha olvidado en Petersburgo que eres cristiano?

—No, señora, no se me ha olvidado.

—¡Déjale!—bromeó el anciano—. Si no, va a volverse a Petersburgo.

En aquel momento entró Nadia, seguida de la señora Zaplatin.

—¡Nadechda, mi hija mayor!

En el rostro de Bajarev, al pronunciar estas palabras, se pintó el orgullo de un padre feliz.

Privalov saludó a la joven y la miró unos instantes asombrado, tratando de evocar en su memoria aquella imagen. Había en la faz serena y grave y en los hermosos ojos grises de Nadia algo familiar y, al mismo tiempo, nuevo para él.

—Tenía cinco años cuando tú y Kostia os fuisteis a Petersburgo—dijo la señora Bajarev—. No es extraño que no te parezca la misma.

El joven criado Igor apareció en la puerta.

—¡La comida está servida!

—En eso seguimos ateniéndonos a la moda antigua—explicó Vasily Nazarich—: comemos al me-

diodía. En Petersburgo coméis a las ocho de la noche, ¿no?

—Comen a las ocho de la noche los que se levantan a las doce de la mañana.

—¿Y tú?

—Yo no tengo regla fija. Aquí, probablemente, comeré al mediodía.

—¡Harás bien!—aprobó María Stepanovna—. Sigue el ejemplo de tus mayores, y Dios te bendecirá. Tu abuelo era un buen cristiano, que detestaba todas esas novedades. No podía ver a los «desbarbados» ni a los «tragahumos», como él decía. No quería nada con la gente que se vestía a la alemana, se afeitaba y fumaba. Ya quedan pocos hombres así.

Privalov no era todo oídos para la dama, sino todo ojos para Nadia, que iba delante de ellos, del brazo de su padre. Había en ella algo ajeno a su belleza, algo que no acertaba a definir ni a concretar, cuyo atractivo no había sentido ante ninguna muchacha.

—Mi hijo menor y mi hija menor—dijo Bajarev, señalando con la mano a Víctor y a Verochka, que estaban ya en el comedor.

—Nuestra amiga Jionia Alexeyevna Zaplatin—añadió María Stepanovna, la diestra dirigida hacia la mujer del topógrafo.

La ex institutriz saludó ceremoniosamente.

—Tanto gusto... Tanto gusto...—balbuceaba Privalov, estrechando la mano de los presentados.

Verochka, con su traje escarlata, semejaba una

peonía. Le parecía que todas las miradas estaban fijadas en ella, y el rubor teñía sus mejillas. Privalov la miró, se sonrió y, de pronto, sintió el antiguo halago familiar, hogareño, de aquella casa que en su infancia había amado tanto. Su memoria evocó aquellas dos niñitas que turbaban el grave silencio de la vieja mansión con sus gritos y con sus risas. A la más pequeña la llamaban «Bola». Era la joven ruborosa que acababan de presentarle. Reconocía a «Bola» en la regordeta doncella. Y en aquel comedor, el comedor donde, cuando él era colegial, se comía tan silenciosa y solemnemente como si la mesa fuera un altar, el ama de la casa no les permitía a los niños hablar ni reír y él temblaba, tapándose la boca con la mano para ahogar la risa.

VI

Después de comer, Bajarev se llevó a Privalov a su despacho. Privalov sabía que el viejo acostumbraba a dormir una siestecita, y quería retirarse; pero el otro le retuvo.

—No, no, siéntate. Ahí, en ese sillón. Hablemos un poco de negocios... Supongo que estarás al corriente de lo de Jolostov.

—Sí, Vasily Nazarich... Me enteré de su muerte en Petersburgo. Y en el ministerio me dijeron que su deuda tenían que pagarla mis fábricas.

—¡Qué marranada! La noticia me puso furioso. Valiéndose de malas artes, Jolostov contrae una

deuda de un millón de rublos; se le juzga, se le deporta a la Siberia, se le priva de todos sus derechos y, a su muerte, se os encarga del pago de la deuda a los herederos. ¡Es una injusticia que clama al cielo! Sólo en Rusia son posibles tales atrocidades. ¡Y habrá que pagar!

— ¡Vaya si habrá que pagar!

— Y los setecientos mil rublos que ha robado el ingeniero Masman en el tiempo que ha sido inventor de las fábricas, ¿también habrá que pagarlos?

— ¿Qué duda cabe?

— ¡Eso es escandaloso! Debías pedirle cuentas a ese canalla.

— He hecho todo lo que he podido. Me he dirigido al ministerio, a la Administración central de la industria, al gobernador general de los Urales, y todo ha sido inútil. Me han contestado con evasivas o no me han contestado.

— ¿Y no has visto a Masman? ¿No vive en Petersburgo?

— Sí; en invierno vive en Petersburgo, pero el verano lo pasa en su finca de Crimea.

— En la finca comprada con vuestro dinero.

— Cuando me enteré de sus lindezas, fuí a verle y me dijeron que estaba veraneando. Luego he vuelto una porción de veces, y no he podido verle. Unas veces me han dicho que no estaba en casa; otras, que estaba enfermo.

— ¡Canalla!... Así es que pesan sobre las fábricas deudas enormes...

—Cerca de cuatro millones de rublos, contando los intereses.

—¡Es horrible!... Cuando murió tu padre no se debía ni un copeck. Pero Jolostov, en cuanto se casó con tu madrastra, empezó a derrochar, y a los tres años había contraído una deuda de un millón de rublos, había hipotecado las fábricas y había conseguido, a fuerza de administrarlas mal, disminuir de un modo lastimoso su producción. Luego, cuando el Gobierno tomó las fábricas bajo su tutela y nombró interventor a Masman, éste las gravó con una nueva deuda: cerca de un millón de rublos. Yo y mi hijo Kostia hemos hecho todo lo posible por sacarlas a flote. Kostia ha trabajado en ellas como un negro durante cinco años, y ha logrado que renten trescientos mil rublos anuales; pero esta renta es absorbida casi íntegra por las mejoras necesarias y el pago de los intereses. Además, hay que pagarle su parte a tu madrastra... A propósito, ¿la has visto?

—No, no la he visto; pero he oído hablar mucho de ella.

—¿Sigue viviendo en Petersburgo?

—Sí.

—¿Y tus hermanos?

—Uno está en una casa de salud... medio loco. Del otro no hemos vuelto a saber.

Reinó un breve y penoso silencio.

—Desgraciadamente, no soy ya tutor. Fui sustituido por Polovodov. El y el otro tutor, Lajovsky, sólo persiguen su propio medro.

El viejo exhaló un profundo suspiro.

—En este mundo, muchacho, la mentira y la hipocresía son dos fuerzas que casi siempre triunfan de la lealtad y la honradez. A los huérfanos se os roba a mansalva. Tu padre os dejó a ti y a tus hermanos las fábricas de Chatrov en pleno florecimiento; valían entonces más de seis millones. Y ahora no darían por ellas ni siquiera cuatro.

El viejo inclinó la cabeza y le pareció a Privalov que brillaban lágrimas en sus ojos.

—Vete — dijo, cuando hubo logrado dominar su emoción— a charlar un rato con las mujeres. Yo voy a dormir un poco.

VII

Cuando Privalov entró en el saloncito adonde las mujeres se habían trasladado después de comer, la señora Zaplatin se levantó, en son de despedida.

—¿Se va usted ya?— preguntó María Stepanovna.

—Quiero dejarles a ustedes en familia— repuso la ex institutriz.

Y luego de darle a Verochka un sonoro beso en cada mejilla, estrecharles la mano a la señora Bajarev y a Nadia y saludar ceremoniosamente a Privalov, se marchó.

Momentos después entró Víctor.

La señora Bajarev mandó llevar golosinas. Y la sordomuda Dosifea no tardó en aparecer con

una bandeja cargada de platitos de confitura, presididos por un original tarro chino en el que evocaba la geórgica poesía de las colmenas un gran trozo de miel.

—¿Es Dosifea?—preguntó Privalov.

—Sí. ¿La recuerdas?

—¡Vaya! ¡Cuántas golosinas le hemos robado Kostia y yo! Nos echaba a escobazos de la cocina.

Dosifea advirtió que hablaban de ella y manifestó, por señas y gestos, que se alegraba mucho de volver a ver al señorito.

—¡Cómo le gustaba la miel!—añadió.

—En eso no he cambiado—dijo, riéndose, Privalov.

María Stepanovna le sirvió miel y confitura. La hospitalidad era una de las virtudes primordiales en aquella casa, y la anciana permanecía fiel a las tradiciones familiares. Las costumbres contemporáneas la indignaban profundamente.

—Vasily Nazarich — suspiró — no comparte mi odio a las novedades del día. A Nadia le hace estudiar una porción de cosas que en mi juventud sólo estudiaban los muchachos. Además, se ha comprado muebles modernos y se trata con los «desbarbados» y los «tragahumos».

Eran tan ingenuas sus lamentaciones, que a Sergio le costaba no poco trabajo oírlas sin sonreírse.

Verochka, sentada detrás de su madre, devoraba con los ojos al «novio» de su hermana y no despe-gaba los labios. Nadia, serena, conservando todo su aplomo, tomaba parte en la conversación.

—¿Se acuerda usted, Sergio—preguntó—, de lo que me hacían rabiarse Kostia y usted?

Privalov escuchaba aquella melodiosa voz, fijos los ojos en las grises pupilas de la joven. Parecíale que no se había separado nunca de ella. Se sentía feliz en aquella atmósfera, como un hombre errante y solitario que encuentra de pronto un hogar lleno de dulce calma.

—Cuéntanos algo de tu vida—le dijo María Stepanovna.

—¡Hay tan pocas cosas en mi vida dignas de contarse!

—¿Pocas?... ¡Habiendo vivido quince años en Petersburgo?... ¡No puede ser! Hasta esta butaca, que no se ha movido de aquí en esos quince años, habrá visto en ellos una porción de cosas dignas de contarse, hijo mío. ¡Quince años no son un día ni dos!

Privalov se dió cuenta en aquel instante, con un asombro doloroso, de que, en realidad, aun no había empezado a vivir. Los años de Universidad constituían el período preparatorio de su vida, y los siete siguientes se le habían pasado casi sin advertirlo él: habían sido una sucesión incolora y prosaica de visitas a los ministerios y a todos los lugares burocráticos y curialescos donde se ventilaban las cuestiones relacionadas con su herencia. Nada positivo, concreto, palpable. Siempre el preludeo, el prólogo de la vida. ¡Y los años transcurrían rápidos y él tenía ya treinta!

Había que contar algo, sin embargo. Si no, Ma-

ría Stepanovna sospecharía que su vida en Petersburgo era inenarrable. Y contó algunos lances estudiantiles, habló de los exámenes, de los profesores, de teatros...

«De sus aventuras galantes—pensó Víctor—no cuenta nada. Seguramente no será porque haya vivido en Petersburgo como un anacoreta.»

VIII

Aquella noche Nadia llamó a la puerta del despacho de su padre.

--¡Adelante!

El anciano estaba medio tendido en el sofá y la palidez de su rostro era más intensa que de ordinario.

Nadia se sentó junto a él, en una banqueta, y le miró con ojos brillantes.

—Tú quieres decirme algo, nena. ¡Habla! Soy todo oídos—dijo Vasily Nazarich, sonriéndose bondadosamente.

—Papá—repuso ella, acariciándole una mano—: ¡necesito que me defiendas, que me ampares! Se me considera una mercancía, se intenta venderme... Se trata de impulsar a Privalov a que se case conmigo.

—¡Chiquilla, eso es grave! ¡Tu madre es un verdadero monstruo!

—No lo tomes a broma, papá. No me refiero a mamá, sino a la señora Zaplatin... No puedo su-

frirla. Sus sonrisas significativas, sus alusiones, me sacan de mis casillas...

— Ya sabes, hija mía, que yo tampoco puedo sufrir a esa señora; pero tu madre la trata, y yo no acostumbro a meterme en los asuntos de tu madre.

— ¡Bueno; pues si mamá y la señora Zaplatin están decididas a casarme con Privalov, yo estoy decidida a no casarme con él!

— ¡Pobre Privalov! ¿Qué culpa tiene él...?

— Se figuran que porque es millonario...

— No es sólo millonario: es honrado, bueno, inteligente.

— No lo niego; pero si no fuera millonario no se les hubiera ocurrido casarnos... ¿Qué afán de desembarazarse de mí!

— ¡No digas tonterías, Nadia!

— No lo digo por ti, papá. Ya sé que a ti no te corre ninguna prisa que me case; pero a mamá, a la señora Zaplatin, a Dosifea y a Luka debe de correrles muchísima.

— Desean tu felicidad.

— ¡Sí?... Pues, para que se fastidien, no me casaré nunca.

— ¡Como quieras! Te meteremos en un convento.

— No, no; ¡lo digo en serio! ¡No me casaré!

— No digas tonterías, nena. ¿Quieres que te dé un buen consejo? No te preocupes de los demás. Préocúpate de ti misma. Se vive para uno mismo, no para los demás... ¿Qué te ha parecido Privalov?

— Un buen muchacho...

El anciano habló largamente del padre y los

abuelos de Sergio Alexandrovich; de sus fantasías locas, que costaban montones de oro; de sus crueldades.

—Eran, pues, una gente terrible—dijo, pensativa, la joven—. Hasta los menos malos cometían atrocidades, violencias. ¡Cuánto sufriría la pobre madre de Privalov!

—Sufrió tanto la sinventura, que acabó por perder el juicio. Murió en un manicomio.

—¡Qué horror!

—Y con todo, el padre de Sergio, más que malo, era débil, falto de voluntad...

—¿Y el hijo? ¿Es también débil?

—No sé. Sólo sé que se ha pasado los mejores años de su vida leyendo libros. Y los libros no enseñan nada. Lo que hacen es alzar un muro entre el hombre y la vida real. Yo le quiero mucho; pero temo que no sea un hombre práctico. Un buen muchacho sí lo es. No te has equivocado, nena.

IX

Las célebres fundiciones de Chatrov, que ocupaban un enorme territorio, producían, en la primera mitad del siglo pasado, unas rentas fantásticas; pero los Privalov, sus propietarios, apenas se cuidaban de ellas. Vivían en París, en Niza o en Italia, y derrochaban millones en caballos, mujeres, joyas, festines.

La decadencia de las fábricas no tardó en ini-

ciarse, y fué tan rápida, que en el año 1860 estuvieron a punto de ser vendidas para pago de deudas. Evitó la catástrofe el casamiento del padre de nuestro héroe con la hija del multimillonario Pavel Mijailovich Gulayev, poseedor de las minas de oro más ricas de la Siberia. La alianza de ambas familias fué un acontecimiento de graves consecuencias en la vida industrial de la región.

El nacimiento de nuestro héroe se celebró con una esplendidez regia: tronaron los cañones, corrió el champaña a torrentes, durante un mes estuvo abierta la puerta de los Privalov a todo el mundo, incluso a los desconocidos y a los vagabundos, que podían comer y beber cuanto quisieran.

Pavel Gulayev despreciaba a Privalov por su falta de espíritu práctico y por su estúpida manera de vivir, y si lo aceptó como yerno fué tan sólo en su deseo de unir el negocio de las minas con el de las fundiciones. La boda de Privalov y Varvara Gulayev fué una especie de matrimonio diplomático, celebrado con miras puramente políticas. Gulayev esperaba que Varvara, su única heredera, tendría un hijo digno de ser algún día el poseedor de su inmensa fortuna.

El viejo Gulayev era un hombre rudo, enérgico, severo. Nadie se atrevía a oponerse a su voluntad. Cuando le participó a su hija su decisión de casarla con Alejandro Privalov, a quien ella sólo conocía de oídas, la joven no osó pronunciar ni una palabra de protesta, a pesar de que las oídas no podían ser peores.

El nacimiento de Sergio le llenó de alegría.

—¡Ahora puedo morir tranquilo!—le dijo a su administrador y confidente Vasily Nazarich Bajarev—. Ya tengo un heredero.

Algunos días después, Bajarev, que se hallaba en las minas, recibió una carta suya concebida en los siguientes términos: «Ven a mi entierro.»

Muerto el viejo, su yerno se entregó de lleno al libertinaje. Aunque Gulayev le había legado toda su fortuna a Sergio Alexandrovich, como él había sido nombrado tutor del niño, podía disponer de sus bienes hasta su mayoría de edad. Y no se paró en barras. Su casa se convirtió en teatro de orgías fantásticas. Gastó sumas enormes en su decorado, del que encargó a los pintores más famosos de Petersburgo y a algunos del extranjero. Día y noche le acompañaban, comiendo y bebiendo sin tregua, numerosos y regocijados amigos. Aquello era un perpetuo festín. La imaginación de Alejandro Privalov inventaba a cada momento nababadas absurdas, como alfombrar de rojo unos cuantos kilómetros de carretera, para pasearse en «treika» (1) con sus invitados, y hacerles beber champaña a los caballos. El perverso libertino había instalado en su lujoso palacio un verdadero harén, donde él y sus amigos gozaban a las hembras más apetitosas de los alrededores.

Entre los amigos del nabab se distinguía por su brutalidad un tal Jolostov, oficial de cosacos. Se

(1) Coche ruso arrastrado por tres caballos.—(N. del T.)

bebía una detrás de otra doce botellas de champagne y luchaba a brazo partido con los osos. Privalov no podía vivir sin aquel monstruo. En cuanto le veía aburrido, organizaba cualquier atrocidad costosa, para divertirlo.

La pobre joven, ama nominal de la casa, pero, en realidad, no más considerada y respetada en ella que la última de las criadas, asistía horrorizada a aquel espectáculo constante de imbécil desenfreno y no se atrevía a protestar. Con frecuencia, el marido, en sus borracheras, excitado por su siniestro amigo Jolostov, la maltrataba en presencia de sus invitados. Una de estas salvajes escenas la hizo perder el juicio, y la sinventura murió poco después en un manicomio.

Sergio tenía a la sazón siete años. Bajarev, compadecido de él, le pidió permiso a su padre para llevárselo a su casa y se encargó de su educación.

Desembarazado de su mujer y de su hijo, Alejandro Privalov se entregó al más desaforado libertinaje. Para amenizar las orgías domésticas, hizo venir de Moscú una orquesta de cíngaros. Una de las cíngaras que la componían le inspiró un amor insensato. El degenerado libertino se casó con ella. Ella le detestaba y, sin el menor disimulo, le era infiel con el bruto de Jolostov. Algunos años después de la boda, una noche, los dos amantes le robaron a Privalov una fuerte suma y pusieron pies en polvorosa. Privalov ahogó en vino, durante tres días enteros, su cólera loca, y al cuarto día se murió de un ataque de *delirium tremens*.

Dejó tres hijos: Sergio, de la primera mujer, y Tito e Ivan, de la segunda.

Stocha, la cingara, se casó con su amante, que consiguió hacerse nombrar tutor de los niños. Como era de esperar, el singular tutor empezó al punto a derrochar la fortuna de sus pupilos. A no ser por Bajarev, que intervino a tiempo, hubiera vendido las fundiciones. Bajarev, a fuerza de activas gestiones, logró que se le despojase de la tutela. Gracias a él, Sergio Privalov, al llegar a la mayor edad, se encontró en posesión de las fundiciones y de parte de las minas de oro, el valor de todo lo cual ascendía a unos cuantos millones de rublos.

X

La llegada del rico heredero fué un verdadero acontecimiento en Uzel. Se hacían las suposiciones más fantásticas respecto al objeto de su viaje. La imaginación popular decuplicaba su fortuna, y hasta se hablaba de enormes tesoros que el viejo Gulayev había dejado escondidos en lugares misteriosos. Y todo el mundo se asombraba de ver al archimillonario hospedado en un modesto hotel, donde pagaba un rublo diario por la habitación.

La señora Zaplatin, que era una señora de grandes iniciativas, concibió el atrevido proyecto de alojar a Privalov en las tres habitaciones desocupadas de su casa.

—El señor Privalov—le dijo, en apoyo de su

proposición, a la señora Bajarev—no puede, como usted comprenderá, permanecer en ese hotel; por otra parte, no puede tampoco aceptar su hospitalidad de ustedes, pues eso daría que hablar, teniendo usted, como tiene, dos hijas casaderas...

María Stepanovna miró con cierto recelo a aquella señora maquiavélica, de quien siempre era de temer cualquier mala pasada.

Adivinando, sin duda, las inquietudes de la anciana, la ex institutriz añadió:

—Sería para mí, que tanto les quiero a ustedes y con tanto gusto vería casada a Nadia con Privalov; sería para mí, María Stepanovna, una verdadera pena que Zosia Lajovsky, Alla Verevkin o cualquier otra ambiciosuela le echase el anzuelo a ese muchacho. Es necesario vigilarle de una manera delicada, discreta... Viviendo en mi casa...

La señora Bajarev se dejó convencer. Aquella noche le propuso a Privalov que se instalase en casa de la señora Zaplatin, y él consintió en seguida.

Cuando la señora Zaplatin le anunció a su marido que iban a tener de inquilino al rico heredero, el topógrafo profirió, entusiasmado:

—¡Eres una mujer genial! ¡A tu lado, Talleyrand y Bismarck son dos niños de teta!... ¡Ahí es nada vivir bajo el mismo techo que un millonario!

—¡Qué envidia me van a tener muchas señoras empingorotadas!

La ex institutriz, muy orgullosa de su talento

diplomático, empezó al punto a preparar las habitaciones destinadas a Privalov.

Cuando el criado de éste llevó los baúles, Matrecha murmuró al oído de su ama:

—¡Cómo pesan, señora! ¡Deben de estar llenos de dinero!

—¡Tonta! ¡Te crees que el dinero se guarda en los baúles?

—¡Pues dónde se guarda?

—¡En el Banco, infeliz!

Matrecha sacudió escépticamente la cabeza: ella no le confiaría al Banco por nada del mundo sus 11 rublos 50 copecks de economías.

XI

La gente de Uzel fué habituándose a la presencia de Privalov en la ciudad. El rico heredero salía muy poco, se trataba con contadas personas y no hacía ni recibía visitas. La única casa que frecuentaba era la de Bajarev, donde se encontraba como en la suya. La señora Bajarev le acogía siempre muy bien: advertía que Nadia no le era, ni mucho menos, indiferente, y acariciaba la esperanza de ver pronto unidos a los dos jóvenes. Pero la actitud de Nadia la desconcertaba: la joven solía estar muy poco efusiva con Privalov, y hasta se negaba a menudo a salir al salón cuando iba él de visita. María Stepanovna trataba de bucear en su alma, y la miraba con frecuencia fijamente, como para

leer en sus ojos lo que sentía y lo que pensaba; pero ella se reía de las preocupaciones matrimoniales maternas.

—Pero, mamá—decía—, ¿por qué he de casarme con Sergio Alexandrovich?

—¿Por qué no? ¿Es algún disparate? ¿O piensas acaso quedarte para vestir imágenes? Tienes ya veintidós años. A tu edad, yo había echado ya al mundo tres hijos.

—Pero eso no es una razón para que yo me empeñe en pescar al pobre Privalov. Le juro a usted, mamá, que si usted y la señora Zaplatin no me dejan en paz, no saldré nunca de mi cuarto cuando venga él a vernos.

—Estás decidida a quedarte soltera, ¿eh?

—Si le parece a usted, publicaremos en los periódicos un anuncio que diga: «Joven bien educada, con una buena dote, necesita un marido.» Verá usted cómo no faltan caballeros dispuestos a sacrificarse.

La joven seguía lamentándose, en sus visitas al despacho paterno, de la pesadez de su madre y la ex institutriz.

—Hija mía—le contestaba el viejo—: si tu madre comete un crimen, hay en ese crimen circunstancias atenuantes; quiere verte feliz. Verdaderamente, en Uzel no hay hombres dignos de ti; son gente vulgar, poco inteligente y, en su inmensa mayoría, poco honrada. Privalov está a mil codos por encima de todos ellos.

Bajarev le preguntaba a Privalov por qué no iba a ver a Polovodov y a Lajovsky.

—Son tus tutores, y sería natural que les hicieras una visita. Además, debes pedirles cuentas de su gestión administrativa en las fundiciones.

—Sí; pero es tan violento...

—¡Sin embargo, tienes que hacerlo!

—Ya lo sé. Un día de éstos...

Una tarde Nadia le dijo al rico heredero:

—Debía usted ir a ver a Lajovsky y a Polovodov. La hija de Lajovsky y la mujer de Polovodov son las dos mujeres más guapas de Uzel...

Privalov se encogió de hombros.

—Y a Chatrov, ¿cuándo piensa usted ir?

—Un día de éstos...

—Mi hermano Kostia está esperándole. Debía usted interesarse más por las fundiciones. De su buena administración, de su administración honrada, noble, humanitaria, depende el bienestar de cerca de cuarenta mil almas. Yo voy a Chatrov muy a menudo. Me encanta aquella actividad febril, me fascina.

Estaban sentados en un banco del jardín. El sol poniente reflejaba su luz de oro en la faz de la joven. Privalov la miraba de reojo, y su timidez le impedía decirle lo que, palpitante, inflamado, le dictaba su corazón.

XII

Hallándose, algunos días después, en sus habitaciones, Privalov oyó en el vestíbulo la voz y la risa de Víctor Bajarev.

—¡Mire usted a quién le traigo, Sergio Alexandrovich!—gritó desde la puerta el joven—. ¡A Nicolás Verevkin en persona! ¡Al célebre abogado, al terror de los fiscales, nuestro Cicerón, nuestro Demóstenes!... Se conocen ustedes de Petersburgo, ¿verdad?

—¡Celebro tanto verle!—dijo Privalov, estrechando la mano de Verevkin.

Y añadió, dirigiéndose a Víctor:

—Sí; hemos estudiado juntos en la Universidad.

Cambiados los saludos de rúbrica, Verevkin, un hombre de gran corpulencia—pesaría más de cien kilos—, se dejó caer en una butaca, que crujió bajo su humanidad, y suspiró:

—¡Estoy muriéndome de sed!

—Yo también—dijo Víctor—; Sergio Alexandrovich nos dará de beber. Dar de beber al sediento es una obra de misericordia. Yo oficiaré de ama de gobierno. Tú quieres *vodka*, ¿eh? Yo prefiero jerez.

Salió, y minutos después volvió acompañado del criado de Privalov, que llevaba una bandeja con botellas, copas y platos de sardinas, salchichón, caviar, queso...

A la cuarta o quinta copa de jerez, Víctor empezó a tutear a Privalov.

—Me fuiste simpático desde el primer día—le manifestó—. ¡Palabra de honor! Tus millones me importan un bledo; pero te estimo, te aprecio, te quiero. ¡Palabra de honor!... Sí, chico; tus millones me tienen sin cuidado. Si yo no soy también millo-

nario es porque no me ha dado la gana de serlo.
¡Como lo oyes!

Se sirvió una nueva copa, se la bebió y prosiguió:

—Haces mal en no querer ser presentado a las mujeres guapas de la localidad. Las hay de primera. Por ejemplo, Antonia Verevkin, la hermana de Nicolás, casada con Polovodov... ¡Qué mujer! Es peligrosa; te lo advierto... El otro día estuvo a punto de darme un beso.

—¡Embustero! ¡Calumniador!—gritó jovialmente Verevkin.

—Mira cómo ocurrió la cosa: me puse a imitar, en su presencia, a los perros cazando moscas. El perro está tendido al sol, dormitando; oye zumbear a la mosca, abre un ojo, después el otro, y de pronto, ¡ham!

Bajarev imitaba al perro con tal verismo, que Privalov prorrumpió en carcajadas.

—Pues bien—continuó el alegre joven—; Antonieta, viéndome representar tan a la perfección el papel de perro, se reía como una loca. Y su entusiasmo fué tan grande, que casi me besó. ¡Como lo oyes!

—Sin duda—explicó Verevkin—, te tomó por un perro de veras, y como le gustan tanto los perros...

Un cuarto de hora después, Víctor, completamente borracho, dormía, tendido en el sofá.

—Ahora hablemos nosotros—dijo el abogado—. Yo he venido a hablar con usted, a proponerle algo que tal vez le convenga.

— Usted dirá...

— Sé que el estado de sus asuntos de usted exige la intervención de un abogado, y me permito ofrecerle a usted mis servicios. Podrían serle útiles.

— Desde luego, y los acepto con mucho gusto.

— Muy bien. Debo advertirle que uno de sus tutores, Polovodov, es mi cuñado; pero eso no me impedirá proceder contra él. Tampoco interrumpirá el curso de la justicia, como se dice en los tribunales, mi buena amistad con Lajovsky, el otro tutor.

El abogado habló largamente de la situación de las fundiciones y de las intrigas de los tutores. Se veía que conocía a fondo la cuestión.

Aquella tarde Privalov visitó a Vasily Bajarev.

— ¡Qué! ¿Empiezas a orientarte un poco en lo relativo a tus asuntos?

— Están tan embrollados, que aun no veo claro; pero espero que no tardaré en ponerme al corriente de todo. Estoy decidido a posesionarme de las fundiciones.

— Para eso, lo primero que tienes que hacer es desembarazarte de los tutores.

— Ya lo sé. Y me hago cargo de que no es empresa fácil... ¡Hay tantas intrigas! Pero no cejaré ante ningún obstáculo. Esa herencia me impone deberes que me he prometido cumplir.

— ¿Te refieres a las deudas que pesan sobre las fundiciones?

— No sólo a las oficiales.

El viejo miró con asombro a Privalov.

—¿Qué otras deudas existen?

—Las contraídas con los que contribuyeron a la creación y al progreso industrial de las fundiciones.

—¿Hablas de tus abuelos?

—No. Mis abuelos se cobraron con creces, con creces enormes, su trabajo, percibiendo rentas fabulosas, viviendo como príncipes. Hablo de los miles y miles de obreros sin cuyo sudor mis abuelos no se hubieran enriquecido. Hablo de los *bachkirs*, en cuyas tierras se edificaron las fundiciones.

—Pero esa tierra se les compró.

—¡Por tres rublos y kilo y medio de té! Se abusó de la candidez de esos pobres semisalvajes. Y yo estoy dispuesto a resarcirles de esa injusticia y a resarcir también de la cometida con ella a la población de los contornos, verdadera creadora de la riqueza hoy en litigio o casi en litigio. Es una deuda histórica, más importante para mí que todas las deudas jurídicas.

—¿Y cómo piensas pagarla?

—Por de pronto, haré todo cuanto esté en mi mano para aumentar la productividad de las fundiciones, y luego ya veré. Desde luego, del dinero que produzcan no invertiré ni un céntimo en mis gastos personales. Sería un robo...

El viejo escuchaba al nieto de Pavel Gulayev balanceando la cabeza.

—Eso—dijo—le parecerá tan extraño a la gente, que se te creará loco... Tienes un corazón de oro. No trataré de disuadirte, pues tus propósitos son

muy nobles. En verdad, tus mayores pecaron mucho, y lo que te propones sería una compensación de sus culpas; pero... no sé..., no sé... ¿Del dinero de las minas tampoco piensas dedicar nada a tus gastos?

— Tampoco.

— ¿Y de qué vas a vivir?

— Trabajaré en las oficinas de las fundiciones, a las órdenes de Kostia..., o me buscaré cualquier otro empleo. Soy joven, tengo cabeza y manos, y para algo serviré...

El viejo exhaló un largo suspiro.

SEGUNDA PARTE

I

La señora Zaplatin, aunque muy ocupada en la vigilancia de su inquilino, tenía tiempo para visitar a sus amigos. Y visitaba con frecuencia a la familia Verevkin. En sus charlas con la madre del abogado, se quejaba amargamente de los Bajarev, sobre todo de Nadia, que, en vez de mostrársele agradecida, la trataba de un modo frío y desdénoso.

— ¡Es un asco—decía— ver a esa niña gótica coquetear con Privalov! A veces le falta poco para abrazarle... Me indignan esas burdas maniobras de señoritinga decidida a pescar un marido rico. María Stepanovna asedia también al pobre muchacho... La señora Verevkin hacía mil aspavientos.

Era alemana, y se había trasladado muy joven a Rusia, entrando de institutriz en casa de una familia rica. Un joven hidalgo, llamado Verevkin, se había enamorado de ella y la había hecho su mujer.

Constituían la dote de la institutriz una porción de hermanos y hermanas, que fueron trasladándose también a Rusia. Las buenas relaciones de su marido le permitieron casar muy bien a las her-

manas y encontrar excelentes colocaciones para los hermanos. Una de las hermanas contrajo matrimonio con el director del colegio; otra, con el director de la sucursal del Banco, y la tercera, con un ingeniero. El marido era presidente del Consejo de Administración de una importante empresa industrial; pero su pasión por el juego le hacía descuidar en absoluto los negocios, y le arruinó a la postre. Sin embargo, no escarmentó. Siguió jugándose las pestañas, y se pasaba días y noches enteros en los círculos de recreo.

Los años transcurrían rápidos; la familia del matrimonio Verevkin aumentaba; los gastos crecían. Y la alemana y su marido pasaron verdaderos apuros para criar y educar a su prole.

Afortunadamente, la señora Verevkin consiguió casar a Antonida, su hija mayor, con el ricachón Polodonov, uno de los tutores de los herederos Privalov, y su hijo Nicolás llegó a ser el mejor abogado de la ciudad y a ganar diez o quince mil rublos anuales.

A la sazón, la dama tenía puestas todas sus esperanzas en Alla, su hija segunda, y acariciaba la ambiciosa idea de casarla con Privalov. Debido a esto, la señora Zaplatin, cuyos buenos oficios juzgaba necesarios, era, desde hacía algún tiempo, una de las visitas a quienes mejor recibía.

Alla no era una beldad: sus facciones distaban mucho de ser clásicas. Sin embargo, había en aquella muchacha, aun no acabada de formar, un no sé qué extraño y exquisitamente prometedor.

—Esta chiquilla—solía decirle la señora Zaplatin a la alemana—eclipsará a todas las demás señoritas de Uzel. Hay algo diabólico en ella.

Recientemente había llegado de Petersburgo uno de los hermanos de la señora Verevkin, Oscar Filipich, un hombre de sesenta años, en extremo calmoso, de movimientos lentos, pausados. Nadie sabía el objeto de su largo viaje de Petersburgo a aquella ciudad de los Urales. Cuando alguien se lo preguntaba, él respondía:

—He venido a pescar. La pesca en el Uzlovka es una delicia. En el Neva casi no hay peces...

Y se pasaba, en efecto, días enteros a la orilla del Uzlovka, entregado al deporte de la pesca con caña, fuera de la cual nada parecía interesarle.

—¡Es el colmo de la afición, Jionia Alexeyevna!—se lamentaba su hermana—. Está muy bien colocado en Petersburgo. Tiene un empleo en no sé qué Administración, donde cobra cinco mil rublos anuales, y se lo deja todo por venir aquí, a miles de kilómetros, a pescar truchas.

—Déjele que pesque—repuso la señora Zaplatin—. Nosotras también vamos a pescar.

—¿Nosotras?

—Sí. Un buen novio para Alla. Privalov sería un marido ideal.

—Pero... ¿y Nadia Bajarev?

—No me hable usted de ella. Me he jurado impedir ese matrimonio. Si usted me ayuda, Alla no tardará en ser la señora Privalov. Pero usted tiene que poner algo de su parte..., arreglarle a

Privalov algunas entrevistas con Alla..., organizar de cuando en cuando jiras... En fin, con un poco de estrategia, verá usted cómo nuestra obra es coronada por el éxito.

II

Serían las diez de la mañana cuando Privalov llamó a la puerta de casa de Verevkin.

El criado le introdujo en un salón elegantemente amueblado: esbeltas sillas de nogal, butacas tapiizadas de terciopelo gris, jarrones de mármol, lujosos cortinajes, un magnífico piano de cola.

Momentos después apareció en bata Nicolás Verevkin.

—Perdóneme lo no muy de gala de mi indumento—dijo, saludando a Privalov—. La bata es mi traje de trabajo. En cuanto me pongo la americana o la levita, no se me ocurre ninguna idea feliz.

El abogado hizo pasar a Privalov a su despacho: una ancha pieza decorada con fotografías de mujeres desnudas y pintorescas estatuillas. Junto al escritorio, a cuyos pies se extendía una soberbia piel de oso, había una mesita que sustentaba una botella de *vodka* y una copa.

—Esa es mi fuente de inspiración—explicó Verevkin—. No soy alcohólico; pero necesito de vez en cuando un excitante.

En aquel momento abrióse la puerta sin ruido, y apareció en el umbral un hombre como de cin-

cuenta años, flaco y enclenque. Al ver a Privalov, se dispuso a girar sobre sus talones; pero el abogado le detuvo.

—¿Eres tú, *papachen*? ¡Pasa!... Sergio Alexandrovich Privalov... Mi padre.

—Tengo tanto gusto en conocerle...—dijo el escaúldo sujeto, estrechando la mano de Sergio—. De oídas ya le conocía mucho.

Hablaba con voz ronca y dirigía en torno suyo miradas de inquietud, como si temiese una agresión súbita. Al lado de su hijo, que era un gigante, parecía un chiquillo: tan exiguo y desmedrado era.

—Venía a hablarte de un asuntillo—añadió, encarándose con su hijo—; pero veo que estás ocupado, y volveré luego.

—Sergio Alexandrovich es de confianza, *papachen*. ¿Te ha ido mal en el juego, eh?

—No... Se trata de una pequeña deuda de honor... Perdí hace tiempo al *whist* una cantidad sin importancia, y ese estúpido de Lomtev..., ya le conoces..., no quiere esperar. ¡Y eso que yo, cuando él me debe algo, no le meto prisa!

—¡Qué ingrata es la gente, *papachen*!... No sabes lo que siento no poder complacerte... Sólo tengo a mano tres rublos... Tómalos.

—¡No, gracias!—contestó dignamente Verevkin, padre.

Y se retiró.

—Es un hombre excelente el autor de mis días, querido Sergio Alexandrovich; pero el juego le pierdo... ¡Qué! ¡Hay algo de nuevo?... Voy a lle-

varle a usted a casa de Polovodov. Ya es hora de que se conozcan ustedes. Antes le presentaré a *mamachen*, que nos dará café.

III

La señora Verevkin acogió a Privalov con el empaque de una gran duquesa que recibe a sus favoritos. Desde el primer momento, el rico heredero comprendió que se hallaba en el centro del buen tono, en el santuario de la elegancia y de la distinción uzelenses. Durante un cuarto de hora, la dama sostuvo con él una conversación mundana, digna del más aristocrático salón de Petersburgo.

En el momento más interesante, cuando ella empezaba a interrogarle acerca de las últimas novedades teatrales de la capital, entraron dos nuevos personajes: una jovencita y un señor de unos sesenta años.

Con una de sus más amables sonrisas, la dama se los presentó al millonario.

—Mi hija Alla... Mi hermano Oscar Filipich.

Cambiados los saludos de rúbrica, sentáronse todos alrededor de una mesita, donde estaba servido el café.

—¿Has pescado mucho hoy?—le preguntó la señora Verevkin a su hermano.

Y añadió, sin esperar la respuesta, dirigiéndose a Privalov:

—Es un aficionado a la pesca como seguramente hay pocos. ¡Con decirle a usted que ha venido de Petersburgo sin más objeto que pescar truchas!...

Oscar Filipich, que llevaba, como un verdadero pescador, botas de agua y chaqueta y pantalón blancos, empezó a contarle a Privalov que conocía a una gran dama, en Petersburgo, cuya apasionada afición a la pesca la tenía casi en absoluto apartada de la vida de sociedad; pero su relato fué interrumpido por la entrada de una especie de tonel humano, peliblanco y con un indumento absurdo, que parecía el de un cochero. Se acercó a la señora Verevkin, le besó la mano y, bufando, se enjugó el sudor de la frente con un gran pañuelo encarnado.

—¡Qué calor!—gimió—. ¡Señores, salud!

Era Lepechkin, el minero más rico de la Siberia.

—¡Tengo una sed horrible!—añadió.

La señora Verevkin le ofreció una taza de café.

—¡Por quién me toma usted, madrecita? ¡Soy acaso una colegiala? ¡Yo café! ¡Vamos, usted se burla!... ¡Dame una copa de algo, abogado de los demonios!

Nicolás se disponía a levantarse para ir por *vodka* a su despacho, cuando Verevkin padre penetró en el salón y dijo:

—Yo le llevaré a la cantina.

Y cogiendo del brazo al grueso y opulento minero, alejóse con él.

Cuando llegaron al despacho de Nicolás, Le-

pechkin cogió ávidamente la garrafa de *vodka* y la vació en unos cuantos tragos.

—Oye... —le preguntó Verevkin padre, luego que hubo saciado la sed —, ¿podrías prestarme doscientos rublos? Te los devolvería dentro de una semana.

—Conozco tus semanas. Son demasiado largas.

—Yo te prometo...

—¡Déjame en paz! ¡Tengo yo algún cuño?

—¿Quieres que te lo pida de rodillas?

—No lograrías conmovirme.

—Si quieres, te firmaré un pagaré de cuatrocientos rublos.

—Para lo que valdría, lo mismo podías firmarlo de un millón.

—¡Anda, sácame de este apuro!

—¿Qué apuro?

—Esta noche habrá una partida de importancia en casa de Lomtev... Irán algunos ricos comerciantes de Irbit, y sería para mí un verdadero contra-tiempo no poder limpiarles un poco los bolsillos.

—¡Te conozco, viejo libertino! ¡Necesitas ese dinero para una juerga!

—¡Te juro que no!

El rico minero sacó una enorme cartera.

—Toma los doscientos rublos. Pero si no me los devuelves, no vuelvas a pedirme un céntimo en tu vida.

Verevkin padre se guardó el dinero, exhaló el suspiro de alivio de un hombre que acaba de triunfar en una encarnizada lucha y murmuró:

—¡Eres un cochino!

IV

El coche de punto donde iban Privalov y Verevkin se detuvo ante una casa de madera de un solo piso y fachada esculpida al estilo ruso. Rodeábala un hermoso jardín: alamedas de tilos y de acacias, estatuas de diosas, cupidos de mármol... En lo alto de la puerta se leía el simpático proverbio ruso: «Cien amigos valen más que cien rublos.»

—Es un sencillo cálculo matemático—dijo el abogado—. Cien rublos sólo son cien rublos, y a cada uno de los cien amigos se le puede dar un sa-blazo de veinticinco rublos.

Polovodov recibió a los visitantes con gran alegría.

—Sergio Alexandrovivh Privalov, ¿verdad?—preguntó, estrechándole cariñosamente la mano al millonario.

Y añadió:

—Tengo tanto gusto...

—¡Déjate de ceremonias chinas—interrumpió Verevkin—y danos de beber! ¡Estoy muriéndome de sed!

Y dirigiéndose al criado, que esperaba órdenes a la puerta, le mandó que les llevase *vodka*, caviar y anchoas.

—Aquí no, a la terraza, ¿sabes?

Pasaron a la terraza, una especie de acuario sin agua, en medio del cual había una mesa con tapete azul y encarnado. Sentáronse alrededor de la mesa. Privalov oía con cierto asombro las infle-

xiones vivas, simpáticas, de la voz de Polovodov, cuyo rostro, exangüe, terroso, de ojos apagados y expresión seca y dura, no podía ser más desagradable.

No tardó en entrar un criado, llevando en una gran bandeja botellas, copas y apetitosas salazonas.

—¡A la salud del emperador de la China!—gritó el abogado, escanciándole *vodka* a Privalov.

—¡No, no; *vodka* no!

—¡Eres incorregible! — dijo Polovodov—. ¡A quién se le ocurre beber *vodka* a estas horas? ¡*Shoking!*... Bébase usted un vaso de sidra, Sergio Alexandrovich. Es fabricación de la casa.

La sidra era exquisita, y Privalov aceptó, sin hacerse de rogar, el segundo vaso.

—¡Piensa usted permanecer mucho tiempo entre nosotros?

—Probablemente, me quedaré a vivir aquí.

—¡Magnífico, amigo mío! La provincia necesita gente como usted. El atraso de nuestro país obedece a que las personas pudientes viven en los grandes centros de población...

—¡Ya empieza!—profirió, riéndose, Verevkin—. Prepárese usted a oír una conferencia acerca de la bondad de los *mujiks*, la superioridad de Rusia sobre todos los demás países del mundo, etcétera, etcétera.

En aquel momento apareció en el umbral de la puerta una joven de elevada estatura, con falda gris *jersey* verde claro y coquetón sombrero de paja.

V

Era Antonida Ivanovna, la mujer de Polovodov.

—¡Me has salvado, querida hermana—dijo el abogado—, de una conferencia político-social de tu trascendental esposo!

La joven se sonrió y le alargó la mano a Privalov.

—Sergio Alexandrovich, ¿verdad? Hace mucho tiempo que le esperábamos a usted.

La señora Polovodov era una mujer de una belleza exuberante, un poco sensual, de odalisca. Una sonrisa lánguida entreabrió su roja boca, húmeda y fresca.

—Se quedarán ustedes a almorzar con nosotros, ¿no?... ¡Sin ceremonias!... Aquí, en este oscuro rincón de los Urales, las costumbres son muy sencillas.

—¡Aceptamos!—se apresuró a contestar Vevrkin—. Pero que no falte ese licorcito milagroso, del que una sola copa basta para sentirse leve como una pluma, y del que dos copas lo ponen a uno en condiciones de volar a la Luna...

El almuerzo fué delicioso. La mesa estaba admirablemente servida. Veíanse en ella numerosos *vodkas* y licores en frascos de cristal de Bohemia con viñetas e inscripciones artísticas. Los cubiertos y la vajilla eran de estilo ruso, o más bien bizantino.

Aparte de los entremeses, suficientes por sí solos para saciar el apetito de cualquier persona de

buen diente, dejaron bien sentado el pabellón gastronómico de aquella casa un pastel succulento, unas perdices exquisitas, unos filetes de ciervo dignos de la mesa de un rey, esturión, legumbres... A cada plato correspondía un vino especial, que se escanciaba en copas especiales y se bebía de un modo también especial: ya de un trago, ya a sorbitos, ya enjuagándose previamente la boca, etc. Verevkin y Polovodov comían y bebían muy serios, muy graves, como si estuvieran realizando algún acto litúrgico. Privalov les miraba de cuando en cuando, y cambiaba una sonrisa con Antonida Ivanovna, que comía muy poco. A veces, la mirada fija y ardiente de la dama lo turbaba y le hacía bajar los ojos.

—¿No ha estado usted aún en casa de Lajovsky?—le preguntó ella, sirviéndose fresa.

—Aun no. Quisiera ir en compañía de Alejandro Pavlich.

—Estoy a la disposición de usted—repuso Polovodov.

—Mi marido—añadió la dama—va siempre con gusto a casa de Lajovsky.

—El retintín con que mi hermana dice eso—explicó Verevkin—se debe a que la hija de Lajovsky tiene fama de guapa en Uzel; pero a mí no me gusta: es de una belleza demasiado espiritual.

—Eso lo dices—replicó Antonida Ivanovna—por despecho. Como Zosia te ha dado calabazas...

—Hija mía: yo no poseo el secreto de gustarles a las niñas góticas.

—Pregúntaselo a mi marido.

—Es muy sencillo—contestó Polovodov—. El quid está en no ser fastidioso.

Después de almorzar, Polovodov cogió del brazo a Privalov y se lo llevó a su despacho. Verevkin se arrellanó en una butaca y se dispuso a echar una siestecita.

—Ahora, Sergio Alexandrovich—dijo el amo de la casa, ya solo con Privalov—, hablemos de negocios. Ahí, en ese escritorio, tengo los papeles que pueden a usted interesarle.

—Otro día los veremos, si les es a usted igual.

—Como usted quiera... ¿Siguen ustedes sin saber nada de su hermano?

—Nada, en absoluto.

—¿Qué extraña desaparición!... ¿Y Bajarev? ¿Lo ha encontrado usted muy envejecido?... Es un hombre excelente, y yó le quiero mucho, aunque él crea que se debe a gestiones mías su separación de la tutela...

—No me ha hablado de eso; sólo me ha dicho que le había pedido a ustedes las cuentas para revisarlas...

—Sí, nos las ha pedido varias veces; pero como obraban en poder del Consejo de Administración nombrado por el Gobierno... Además, Bajarev no tiene oficialmente derecho ninguno a revisarlas...

Lo único que Privalov pudo sacar én limpio de su conversación con Polovodov fué que éste era un granuja de siete suelas.

Al despedirse de Antonida Ivanovna, la her-

mosa dama, dirigiéndole la más dulce de sus sonrisas de odalisca, le preguntó:

—¿Vendrá usted a menudo a vernos?

—Sí, señora; tendré mucho gusto...

Cuando se quedó solo con su mujer, Polovodov le dijo en tono tímido, como si temiera una negativa categórica:

—Oye, querida... Haz lo posible por que Prívalov no se aburra en nuestra compañía.

Ella le dirigió una mirada de asombro y de desprecio.

—¿Alta política?—preguntó.

Y tras una breve pausa reflexiva, añadió:

—Serás complacido. Pero dime lo que he de hacer.

—Unas cuantas sonrisas tuyas bastan para fascinar al hombre más inaccesible—repuso el marido, inclinándose con cortesanía.

—¡Qué galante! ¿Estoy soñando?

—Bueno; hablemos en serio. Ya sabes que se trata de grandes intereses... Si logro conservar mi puesto de tutor y consigo que deje de serlo Lajovsky, brillantes perspectivas se abren ante nosotros...

VI

Aquella noche, Polovodov vió entrar en su despacho a su tío político Oscar Filipich. El viejo parecía más joven que él. Se frotaba las manos y se sonreía como un hombre muy satisfecho de la vida.

—¿Cómo va la pesca?—preguntó el amo de la casa.

—Bien. El pez sigue engordando en el río. Yo no me apresuro a cogerlo. Lo deajo engordar. ¡No se nos escapará, no!

Polovodov miró, lleno de asombro, al viejo: ¿se habría vuelto loco? ¿De qué pez hablaba?

Oscar Filipich sacó su tabaquera, tomó un polvito de rapé y, risueño, carioptimista, inquirió:

—¿Qué le ha parecido a usted Privalov?

—¡Psch!...

—Yo le conozco un poco de Petersburgo.

—¿Ah, sí?

—Indirectamente, por amigos... Sería sensible que entablase una acción jurídica contra usted y Lajovsky...

—La entabló, ya hace tiempo, en Petersburgo.

—No es lo mismo; en Petersburgo era impotente, mientras que aquí..., sobre todo con un abogado como su cuñado de usted...

Las réplicas del viejo a algunas nuevas objeciones de Polovodov evidenciaron un conocimiento profundo del asunto, un concienzudo estudio de todos sus aspectos.

—¿Cómo sabe usted todo eso?—preguntó, estupefacto, el tutor—. ¿Con qué fin se ha puesto usted tan al detalle en autos de una cosa en que nada le va ni le viene?

—Por curiosidad, amigo mío, por mera curiosidad...

Oscar Filipich examinó el pisapapeles y algunos

otros objetos de escritorio que había al alcance de su mano, y prosiguió:

—Creo, Alejandro Pavlovich, que le convendría a usted tener un amigo en Petersburgo que siguiera de cerca el curso de este asunto en la capital, y le diera, en la medida de sus fuerzas, el sesgo deseado... Un amigo que le inspirase a usted confianza...

—¿Usted, por ejemplo?

—¿Por qué no? No se sonría usted... Yo desempeñaría gustosísimo—a condición, desde luego, de partir con usted los beneficios—ese cometido. Y no crea usted que a tontas y a locas, sino conforme a un plan... Pero antes de revelárselo quiero que me diga usted francamente si le inspiro confianza o no.

—La verdad, Oscar Filipich, no me la inspira usted.

—Perfectamente—repuso, imperturbable, el viejo—. Hablando claro se entiende uno mejor. Gracias por su franqueza. Yo también voy a serle franco: si me promete usted la mitad de los beneficios en caso de triunfar, le expondré mi plan, encaminado a separar de la tutela a Lajovsky y a que se quede usted al frente de las fundiciones. Ya verá usted cómo no puede prescindir de mi concurso.

Polovodov cerró la puerta, encendió un cigarrillo y se dispuso a escuchar. Su asombro era mayor a cada momento: ¡aquel absurdo Oscar Filipich, con su absurdo traje blanco y su manía de la pesca, aparecía de pronto ante sus ojos bajo el insospechado aspecto de hombre de negocios!

—Empezaremos—dijo el tío de la señora Polovodov—por hacer un sucinto resumen del actual estado de cosas: el principal heredero, Sergio Privalov, se encuentra aquí; su hermano segundo está loco; su hermano menor ha desaparecido. Pesan sobre las fundiciones deudas enormes; la situación de los tutores no es muy sólida...

—¿Cree usted que no es muy sólida?

—¿Qué ha de serlo! ¿Usted y Lajovsky conservan la tutoría gracias al Consejo de Administración nombrado por el Gobierno, y a ese Consejo de Administración no es difícil comprarlo.

—¿Cómo!

—Sus miembros son unos pobres diablos: unos funcionarios del Estado, jubilados, que cobran veintiocho rublos mensuales.

—¿No se le escapa a usted nada! ¿Ha estudiado usted el asunto como si fuera propio!

—Por curiosidad, Alejandro Pavlovich, por mera curiosidad... Pues bien; gastándose algunos miles de rublos, se puede hacer de ese Consejo lo que se quiera... Y quien debe comprarlo es usted. Privalov hubiera podido comprarlo hace mucho tiempo; pero sus escrúpulos le vedan incluso de oír hablar de untamientos. Usted, pues, es el llamado a untar..., operación en que yo le serviré de mediador.

—¿Tiene usted mucho talento, Oscar Filipich!

—Espere, espere; ¡ahora viene lo bueno! Dígame: ¿el hermano segundo de Sergio Privalov ha sido declarado oficialmente loco?

—No.

—Perfectamente. Pues hay que hacerle firmar letras, muchas letras, letras de sumas crecidísimas...

—¿Para qué?

—Para que, al no poder pagar, sea declarado en quiebra y se le nombre a usted liquidador...; nombramiento de cuya consecución me encargo yo.

—Oscar Filipich: ¿es usted un genio!

—A estos proyectos obedece, amigo mío, mi viaje a Uzel.

—¿Y yo que le creía a usted un infeliz pescador de caña!

El viejo bajó modestamente los ojos.

—Pero hay que darse prisa—añadió—. Si no, su cuñado de usted, que es el abogado de Privalov y no se chupa el dedo, tomará el tren para Petersburgo el día menos pensado y se pondrá de acuerdo con el Consejo de Administración. Hay que darse prisa. Y hay que evitar que Privalov vuelva, por ahora, a Petersburgo, pues podría impedir que su hermano firmase las letras.

—Hay que retenerle aquí, ¿eh?

—Sí, hay que retenerle.

—¿Y cómo?

—Aprovechando sus flaquezas. Además de sus millones, ha heredado de sus mayores, entre otras, la de ser muy sensible a los encantos femeninos.

—¿Privalov?

—Sí. Por ahí es por donde hay que atacarle. Las mujeres, a veces, son omnipotentes. Hay que

encontrar una mujer..., una mujer, mejor que una muchacha, que se adueñe enteramente de él, que le captive, que le fascine...

—¡Admirable! ¡Es usted un genio!

VII

Cuando se fué el viejo, Polovodov empezó a pasearse, excitado, nervioso, por el despacho. Luego oprimió el botón del timbre eléctrico y le ordenó al criado, que se presentó a los pocos momentos:

—Tráeme una botella de jerez.

Cumplida que fué dicha orden, se echó al colete, una tras otra, unas cuantas copas del dorado vino andaluz.

Sí; era un proyecto genial el de Oscar Filipich. Había que poner en seguida manos a la obra. Y lo primero que había que hacer era buscar la mujer cuyos encantos retuviesen en Uzel al rico heredero.

Las mujeres más bellas de la localidad desfilaron por la imaginación de Polovodov: Ana Kolchanova, Zosia Lajovskaya, Vera Taranova, María Yurchova... No; ninguna de ellas era apta para semejante misión. No bastaban una cara bonita y un palmito escultural: se necesitaban, además, ingenio, tacto, astucia.

Al par que meditaba, Polovodov se bebía nuevas copas de jerez, y poco a poco iba emborrachándose.

—¡Es admirable ese diablo de Oscar Filipich!—

dijo en alta voz, trasegada la décima o duodécima copa—. ¿Quién iba a figurarse que le habían traído a Uzel tales proyectos? ¡Caramba con el pescador de caña!

Hablaba tan alto, que su mujer, desde el saloncito donde se encontraba, le oyó. La dama llamó a un criado y le preguntó quién había con su marido.

—Nadie, señora.

—¿Cómo! ¿Pues con quién habla?

—Con nadie, señora. Habla solo.

—¿Solo?

Antonida Ivanovna se dirigió al despacho, y dió con los nudillos unos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante!—gritó Polovodov.

Y al ver entrar a su mujer, inquirió:

—¿A qué se debe tan grata visita?

—Te he oído hablar, y suponiendo que tu interlocutor sería algún amigo nuestro, venía a saludarle...

—Hablaba solo, querida Tonia. Tu tío Oscar Filipich me ha dicho una porción de cosas tan divertidas, que, recordándolas, me reía como un loco.

—¿Como un loco o como un borracho?... ¡Estás borracho como un zapatero! Si te vieras la cara...

Polovodov, sin escuchar las reconvenciones de su esposa, la miraba, la miraba... Diríase que sus ojos se fijaban en ella por primera vez. Estaba, en verdad, encantadora: llevaba una bata rosa pálido que realzaba deliciosamente su belleza.

«¡Qué tonto soy!—pensó el atónito contemplador—. ¡Para qué buscar fuera de casa?... Mi Tonia es la mujer ideal, la mujer que yo necesito. ¡Qué busto! ¡Qué ojos! ¡Qué movimientos!»

Y, pintado en los ojos el entusiasmo de un coleccionista que acaba de encontrar un objeto precioso, ansiado durante largo tiempo, balbuceó:

—Tonia..., Tonia mía..., ¡qué magnífica mujer eres!

Ella le miró de alto abajo, soberanamente despectiva, y se fué.

VIII

Privalov se decía todos los días, pensando en su proyectado viaje a Chatrov: «¡Bah!, lo dejaré para mañana.» Cada dos o tres días iba a casa de Bajarev, y solía pasarse veladas enteras jugando a las cartas con María Stepanovna y otras dos viejas, visita asidua de la dama. María Stepanovna estaba muy agradecida a tal atención, y le recibía de un modo casi maternal. El se aburría de lo lindo en compañía de las viejas, que olían a incienso y a cera, y detestaba los estúpidos juegos de cartas; pero un impulso irresistible le llevaba a la vetusta mansión, donde esperaba ver a Nadia.

La joven le atraía con una atracción creciente, y todo en ella le parecía lleno de belleza: la mirada tranquila de sus grandes ojos grises, su serena sonrisa, su andar majestuoso, todos sus gestos, acti-

tudes, ademanes y movimientos. Sentíase turbado en su presencia, como un colegial ante su examinador, y a veces no sabía de qué hablarle. Cuando iba decidido a decirle todo lo que sentía, su tranquila mirada le paralizaba la lengua.

Estaba seguro de que no era correspondido. «Si me declarase—pensaba—, quizá no me diera calabazas; pero no sería por amor, sino por complacer a sus padres.»

Y esta idea le hacía sufrir tanto, que la ahuyentaba, enfurecido, como a un ratón travieso y maligno.

Muchas veces se iba de casa de Bajarev, después de haber pasado toda la velada con las viejas, sin haber visto a Nadia, ya porque había salido, ya porque, so pretexto de que le dolía la cabeza, se encerraba en su habitación. La señora Bajarev—a quien harto se le alcanzaba que Privalov no acudía allí en alas de su afición a la brisca—se indignaba. Y las noches que la muchacha pretextaba, para no dejarse ver, la consabida cefalalgia, solía levantarse, alegando cualquier quehacer urgente, de la mesa de juego y dirigirse al virginal aposento, donde entraba, fruncido el ceño y la mirada inquisitiva, preguntando:

—¿Por qué no vienes un ratito al gabinete? Sergio Alexandrovich...

—Sergio Alexandrovich no es una visita de cumplido. Viene casi todas las noches.

—Eso demuestra que nos quiere, y nosotros debemos manifestarle un poco de cariño.

—Usted se ha empeñado en demostrárselo ca-sándome con él, ¿verdad?

—No creo que ese matrimonio fuera una des-gracia para ti.

—Tal vez no; pero... sépalo usted: no me casaré con Privalov, pese a todos los manejos de usted y de la señora Zaplatin.

El gesto de Nadia era tan decidido, que su ma-dre, considerando el momento poco propicio para continuar la conversación, callaba y tornaba al ga-binete. De nuevo en compañía de Privalov y las ancianas, la dama suspiraba, hablaba de la locura de la juventud contemporánea y hacía jugadas absurdas.

Privalov adivinaba lo que acababa de ocurrir entre madre e hija, y una enorme tristeza inun-daba su corazón. Cuando se iba, le acompañaban hasta la puerta las miradas y los suspiros compa-sivos de la señora Bajarev, que le decía a su ma-rido, luego de irse también las viejas:

—No comprendo a la juventud de hoy. Nadia se conduce como si fuera una princesa de cuento de hadas; se pasa el día leyendo sus libros, y evita las entrevistas con Privalov. El es tímido como un colegial... En nuestra época, los padres lo arre-glaban todo; luego los muchachos se entendían, y ¡al altar! Ahora se pierden lastimosamente me-ses, años... ¡No lo comprendo!

—No somos bastante jóvenes para compren-derlo... ¿Quién sabe? Quizá tengan razón. A veces, los jóvenes son, en realidad, más viejos que nos-

otros, porque les ilustra la experiencia de las generaciones anteriores, la nuestra inclusive.

IX

Una noche, al llegar Privalov a casa de Bajarev —adonde no había ido hacía más de una semana—, la vieja le participó que Nadia se había marchado, tres o cuatro días antes, a Chatrov.

—Suele ir de cuando en cuando a pasar unos días con Kostia, que, como sabes, está reñido con su padre, y viene por aquí muy de tarde en tarde.

Privalov jugó, como de costumbre, a las cartas, y a la noche siguiente volvió. Sus visitas tornáronse diarias. Todas las noches, al llamar a la puerta, pensaba, acelerado el latir del corazón: «¿Seguirá en Chatrov todavía?»

Por fin, tras una ausencia de quince o veinte días, Nadia regresó. Venía animada, contenta. Recibió al asiduo visitante con afectuosa amabilidad.

—¿Qué tal le ha ido?—preguntó él, reteniendo un segundo más de lo que solía la mano leve y blanca de la joven en la suya.

Sentáronse junto al piano.

—El espectáculo de las fábricas en plena actividad—dijo ella—me conforta y me inspira ideas optimistas. Además, Kostia y yo nos hemos querido siempre tanto...

— A propósito: ¿a qué obedece la discordia entre Kostia y su padre?

— Papá quería que se encargase de la dirección de las minas, y él se negó categóricamente.

— ¿Por qué?

— Porque dice que es horrorosa la situación de los obreros.

— Pues que trate de mejorarla...

— Según él, la prosperidad de la empresa se basa en la explotación de los obreros, y cualquier aumento de salario, cualquier disminución de horas de trabajo, cualquier reforma encaminada a hacer menos dura la vida del minero, daría al traste con el negocio; pues la industria del oro es la más atrasada, la más «bandida»—es su palabra—. Y no quiere intervenir en ella. Es un fanático de las fábricas, sobre todo de las metalúrgicas. Mi padre, en cambio, es un fanático de las minas. Como es natural, no podían nunca estar de acuerdo. Un día mi hermano llegó a decirle que toda nuestra fortuna procedía de la explotación bárbara de los trabajadores. Mi padre se puso furioso, y desde entonces no han vuelto a hablarse.

— Y usted, Nadejda Vasilievna, ¿quién de los dos cree que tiene razón?

— ¡Kostia! Nuestra riqueza procede, en efecto, de la explotación de los obreros. ¿Qué duda cabe? Pero Kostia debía hacerse cargo de que papá es demasiado viejo para penetrarse de las ideas nuevas. Yo también sufro al pensar en el origen de nuestra riqueza; pero ¿qué voy a hacer? Las mu-

chachas no podemos tomar, como los hombres, ciertas determinaciones radicales. Yo no puedo irme, como Kostia.

La joven volvió la cabeza hacia la ventana y, mirando al cielo estrellado, añadió, cual si hablase consigo misma:

—Es un verdadero tormento ese peso sobre la conciencia.

—Yo también conozco ese tormento, Nadejda Vasiliévna. También pesa sobre mi conciencia mi riqueza, que también procede de la explotación y toda suerte de injusticias. Y si trato de desembarazarme de la tutela y entrar en plena posesión de las fundiciones, es tan sólo con el fin de pagarles mi deuda y la de mis mayores a los miles y miles de obreros cuyo sudor nos ha enriquecido.

—Su vida de usted no bastará para pagar esa deuda.

—Si no puedo pagarla íntegra, procuraré pagarla en parte.

X

Privalov se dirigió un día a casa de Polovodov para suplicarle que le acompañase, según le había ofrecido, a casa de Lajovsky, a quien no había visto aún.

Como le dijese que Polovodov había salido, giraba ya sobre sus talones, cuando Antonida Ivanovna, apareciendo en el vestíbulo, le preguntó:

— ¡Tanta prisa tiene usted, Sergio Alexandrovich? ¡No quiere usted esperar a mi marido?

Llevaba una bata azul, adornada con encajes y cintas, y un collar de amatistas se destacaba sobre la blancura de su cuello. Su cabellera rubia rutilaba como un casco de oro. Una sonrisa llena de coquetería se dibujaba en el húmedo carmín de sus labios.

— ¡Le asusta a usted la perspectiva— prosiguió— de pasar media hora en mi compañía? Pues le castigaré, por cobarde: mi marido está en su Banca, y tengo orden suya de avisarle si viene usted; pero, en vez de avisarle en seguida, le avisaré dentro de una hora. ¡No quieres caldo? ¡Tres tazas!

Y condujo al rico heredero al salón, decorado y amueblado con una suntuosidad estilo «boyardo».

— Veo que he interrumpido sus estudios musicales... —dijo Privalov, al fijarse en el piano abierto.

— No se preocupe usted... Precisamente no estoy hoy nada filarmónica. Siéntese... Ahí, en esa butaca, estará usted mejor... Anteayer le vi a usted en la calle. Usted se hizo el distraído...

— ¡Por Dios, señora! ¡Le juro que no la vi!

— No es extraño... Se dirigía usted a casa de Bajarev, y seguramente iría demasiado embebido en sus pensamientos para reparar en mi insignificante persona.

La alusión a su silenciosa pasión por Nadia no podía ser más clara; pero Privalov se hizo el desentendido. La conversación, ligera, un poco frívola, llena de graciosas reticencias, una conver-

sación eminentemente mundana, se deslizaba como un arroyuelo a través de la pradera. La hora larga que tardó Polovodov en aparecer en el salón no se lo pareció a Privalov.

—¿Lleva mucho tiempo esperándome nuestro descastado amigo?—le preguntó Polovodov a su mujer.

—Es mi prisionero, Alejandro Pavlovich. Cuando le han dicho que no estabas en casa, ha intentado escaparse; pero yo le he detenido y, en castigo, le he sometido a una hora de aburrimiento.

—¡Las mujeres son implacables!—exclamó el tutor, estrechando la mano del heredero.

Y añadió, dándole una palmadita en el hombro:

—¡Pero yo le resarciré a usted! Voy a llevarle a casa de Lajovsky, y conocerá usted a su hija. Mi mujer me perdonará que la prive de su interlocutor. Hace mucho tiempo que Lajovsky le espera a usted.

Al irse besó a su mujer en la frente, poniendo así de manifiesto ante los ojos de su visitante la idílica ternura de su felicidad doméstica.

Ya en la puerta, volvió la cabeza y le dirigió a Antonida una mirada maliciosa e interrogadora. Lo que leyó en los ojos de ella hizo dibujarse en sus labios una sonrisa de satisfacción.

«He encontrado—se dijo, cogiéndose del brazo de Privalov—la mujer de que hablaba Oscar Filipich.»

XI

Lajovsky vivía en la vieja casa de Privalov, que no había querido instalarse en ella a causa de los tristes recuerdos que despertaba en su memoria. En aquella casa había sido martirizada y había perdido el juicio su madre; entre sus muros habían tenido lugar las abominables orgías paternas. Antojábasele habitada por espectros fatídicos.

Estaba situada en lo alto de una colina, y parecía desde lejos, con sus columnas, sus cúpulas extrañas, su enorme pórtico, en forma de arco de triunfo, un antiguo castillo feudal. A la espalda extendíase, hasta el pie de la colina, un hermoso jardín.

Privalov experimentó una dolorosa sorpresa ante el estado de abandono de la finca. El tiempo, las nieves y las lluvias habían pandeado los tejados y desconchado las columnas; las ventanas de la parte deshabitada de la casa tenían los cristales rotos.

Cuando el coche de Polovodov se detuvo a la puerta, apareció un corpulento criado.

—¿Está el señor?—preguntó Polovodov, subiendo con Privalov la amplia escalinata, guardada por dos leones de piedra.

—Sí, señor—contestó el criado respetuosamente.

El vestíbulo parecía el salón de recepciones de un ministerio: cubría el suelo una espesa alfombra; ornamentaban las paredes zócalos de encina, y el techo, profusos arabescos; palmeras enanas deco-

raban, en lujosos toneles, los rincones, y estatuas mitológicas sostenían enormes lámparas.

El criado abrió la puerta del despacho.

—Tengan los señores la bondad de pasar.

El despacho era una habitación grande, sucia y amueblada de un modo muy pobre. Lajovsky, que estaba sentado ante un enorme escritorio cargado de libros de contabilidad y papeles de negocios, era un hombre exiguo y enjuto, con cara de animalejo friolero; a pesar del buen tiempo, confundaba su desmedrado cuerpo un viejo gabán, y rodeaba su cuello una bufanda nada limpia. Su aspecto era mísero y triste, como el de un cepillo de dientes usado largos años. Los ojos, negros y brillantes, eran lo único que animaba su rostro, afeitado, seco y amarillo.

Frente a él, al otro lado del escritorio, estaba sentado su gerente, Alfonso Bogdanovich: un hombrillo regordete, cuya figura contrastaba pintorescamente con la suya.

—¿Quiere usted arruinarme?—le gritaba en aquel momento el principal al empleado—. ¡No lo permitiré! ¡De ninguna manera!

La entrada de Polovodov y Privalov puso fin a aquella desapacible escena, que amenazaba convertirse en un escándalo.

Lajovsky, confuso, se levantó.

—Les ruego que me perdonen... El señor Privalov, ¿verdad?, Sergio Alexandrovich... ¡Tanto gusto, tanto gusto!—balbuceó, estrechando con su mano escuálida y dura la del rico heredero—.

Hubiera ido a verle hace tiempo...; pero es uno esclavo del trabajo...

—Yo también he estado tan ocupado hasta ahora, que he tenido que demorar el honor de conocer a usted.

—Ha llegado usted muy a tiempo... La desaparición misteriosa de su hermano Tito nos ha colocado en una situación difícil... ¡Qué cosa más extraña!... ¡No han vuelto ustedes a recibir noticias de Suiza?

—El profesor Tideman, en cuya casa estaba, nos escribió hace poco diciéndonos que todas sus indagaciones habían sido inútiles.

—¡Qué cosa más extraña!... En fin, si le parece a usted, hablaremos un poco de nuestros negocios.

El gerente, con tácitos pasos, salió de la estancia. Privalov ocupó su sitio ante el escritorio. Lajovsky sacó de un cajón un rimero de papeles y unos libros de contabilidad, y se dispuso a leer.

—¿Fuman ustedes, señores?—preguntó—. Esperen; creo que tengo cigarros..., buenos cigarros.

Se agachó, sacó del cajón inferior de la mesa una caja de habaños, la abrió, miró atónito su interior, vacío por completo, y profirió:

—¡Ese demonio de Nicolás Verevkin no ha dejado ni un cigarro! ¡Había cien! ¡Cien habanos exquisitos! Como se fuma dos a la vez...

—No se moleste usted, Ignaty Lvovich—dijo Polovodov sonriéndose—; yo llevo cigarros.

—Y yo también—añadió Privalov, a quien em-

pezaban a hacerle gracia las singularidades del original individuo.

—¿Llevan ustedes? ¡Lo celebro! Me gusta respirar el humo de los buenos puros.

Lajovsky dió principio a una prolija exposición de la situación de las fundiciones, ilustrándola con copiosas cifras y exhibiendo en su apoyo numerosos documentos. Como diplomático hábil, comenzó por lo más peliagudo, por lo atañadero a la administración—que era deplorable—, y ocultó los defectos administrativos bajo una espesa capa de cifras y datos que demostraban la prosperidad del negocio.

Privalov, aturdido por aquella avalancha de números, a cada momento entendía menos la larga relación, como si entre ella y sus entendederas se interpusiera una densa niebla.

—Ignaty Lvovich—propuso, mareado, sin ánimos para continuar escuchando—: si tiene usted una copia de esa relación, ¿por qué no me la da? Se evitaría usted la fatiga de una lectura tan larga...

—¡Con mucho gusto!

Lajovsky se levantó y, al dirigirse a un viejo armario-librería de pino en busca de la copia, miró un instante por la ventana.

—¡Perdónenme, vuelvo en seguida!—gritó, precipitándose hacia la puerta.

—¡Venga usted!—le dijo Polovodov a Privalov, entreabriendo la ventana—. Vamos a asistir, probablemente, a una de las curiosas escenas frecuentes en esta casa.

Se oía en el patio la voz irritada de Lajovsky.

— ¡Estáis todos de acuerdo para arruinarme!
¡Esto es una verdadera conjuración! ¡Anteayer
compraste una escoba, y hoy compras otra!

El cochero, contra el cual asestaba el amo los rayos de su cólera, trataba de excusarse, aterro-
rizado; pero Lajovsky no le dejaba pronunciar una
palabra.

— ¡Sois todos unos ladrones!— vociferaba el ira-
cundo hombrecillo—. ¡No tardaréis en despojarme
hasta de la última camisa! Compraste avena hace
tres días, y ya casi no queda...

Volvió a su despacho en un estado de excitación
indescriptible.

— ¡Son unos ladrones todos los criados!— lamen-
tóse—. Dirán ustedes, quizá, que se trata de na-
derías... ¡No, jóvenes, no! Esas naderías se acumu-
lan, y constituyen, a la larga, la ruina de una casa.
Si yo no les vigilase, mis criados me hubieran de-
jado hace tiempo en la miseria...

Sacó del armario un grueso legajo y se lo tendió
a Privalov.

— Ahí tiene usted la copia de la relación. Si quie-
re usted, la comprobaremos.

— ¡Compruébenla, si quieren!— dijo Polovodov—.
Yo me largo. ¡Estoy de negocios hasta la coronilla!
Voy a saludar a su hija de usted, Ignaty Lvo-
vich.

Salió del despacho y se internó en la casa. En el
corredor se encontró con una doncella, pizpireta
y gentil.

—¿Hay alguien con la señorita?—le preguntó, pellizcándole la barbilla.

—¡Estése quieto, picarón!... La señorita está bastante bien acompañada; no le echará de menos a usted.

—¿De veras?

Polovodov le dió a la doncella una palmadita en la mejilla y se dirigió a las habitaciones de Zoya muy contento: las mujeres bonitas le ponían alegre, como si fuesen espumosas copas de champaña.

XII

Media hora después, Lajovsky se levantó y abrió la ventana, para tomar un poco el aire: estaba cansado. Privalov lo advirtió y le dijo:

—Podíamos continuar otro día...

—Como usted quiera. Si le parece, le enseñaré la casa..., su casa.

—Eso le cansará a usted más.

—No, no; al contrario.

Privalov siguió al escuálido sujeto, que le condujo por un largo pasillo a un enorme salón con ventanas a derecha e izquierda. En el fondo se alzaba, sobre ocho macizas columnas de mármol gris, un estrado de nogal y bronce para la orquesta, en el que cabían cincuenta músicos. Decoraban el techo, enmarcadas en un inmenso óvalo, policromas guirnaldas de flores en manos de lindos amorcillos. Una gran araña de múltiples brazos pendía del centro del óvalo.

La pintura de las paredes estaba manchada de moho; los dorados y los arabescos, descoloridos; el suelo, hinchado a trechos por la humedad. Olía a sótano.

—Este salón, Sergio Alexandrovich, es una de las muchas habitaciones deshabitadas de la casa. Yo quisiera conservarla en mejor estado, pero es tan costoso... Le puedo enseñar a usted algunas cuentas de reparaciones...

—No, no se moleste. Otro día.

Las demás habitaciones estaban casi todas no mejor conservadas. Alhajábanlas muebles de caoba con incrustaciones de bronce; preciosos jarrones de malaquita siberiana y de mármol; detestables lienzos en pesados marcos dorados. Resplandecía en todas un lujo loco, extravagante; el padre y el abuelo de Privalov se habían gastado en su moblaje y decorado sumas fabulosas, para deslumbrar a la gente. Aquella acumulación de riquezas producía una impresión extraña en una ciudad como aquélla.

Las lujosas estancias no despertaban en Privalov ningún recuerdo agradable: todo le parecía en ellas frío, hostil.

—Esta parte de la casa sólo se abre una o dos veces al año—prosiguió Lajovsky—. De tarde en tarde, mi hija y yo damos en ella un baile, pero es tan costoso... Sólo en bujías hay que gastarse lo menos cien rublos... Subiremos a la terraza, si quiere usted.

Subieron. Privalov exhaló un suspiro de alivio

ante la bella perspectiva que ofrecían, mirados desde la terraza, la ciudad, la campiña, el río, la línea de ingentes montañas, eslabonadas de Norte a Sur.

Como el verdor de amplios jardines rodeaba las casas, la ciudad, vista desde allí, parecía un inmenso parque, y cada casa, un pabellón. Se adivinaba en ella una vida activa y enérgica. En el espeso bosque de pinos que la circundaba se veían numerosas chimeneas de fábricas.

— Le habrá parecido a usted otra la ciudad, Sergio Alexandrovich.

— Ya ve usted, llevaba fuera quince años...

— No se ha podido aún conseguir que se prolongue hasta aquí la línea férrea; pero creo que no tardará en conseguirse. Entonces, en algunos años Uzel se convertirá en un centro industrial importante.

Privalov, mudo, inmóvil, contemplaba la belleza plácida, risueña, de aquel rincón de los Urales.

— Bueno—añadió Lajovsky—; voy a enseñarle a usted ahora la parte de la casa habitada por mi hija y por mí.

Aquellas habitaciones contrastaban agradablemente con las que Privalov acababa de ver. Allí todo hablaba de la vida, del presente: el libro abierto, el bordado sin acabar, el lazo, la peineta, abandonados sobre una mesa, sobre el almohadón de un sofá. En las otras habitaciones todo hablaba de un pasado triste, doloroso.

XIII

—¡Por aquí, Sergio Alexandrovich!

Lajovsky abrió ante su visitante una puerta que daba al patio.

Pasaron. El escuálido sujeto se dejó caer en una silla verde y, señalando con la mano a una joven que a unos veinte pasos de allí chasqueaba una fusta, dijo:

—Es Zosia, mi hija.

Llevaba un traje de amazona con una larga cola. Bajo las alas de su sombrero azul, levantadas a la Rubéns, amarilleaba el oro desvaído de sus cabellos.

Privalov había oído encarecer la belleza de Zosia Lajovsky, y hubo de confesar que, en efecto, era extraordinaria. Miró involuntariamente a su padre, y se preguntó con asombro: «¿Es posible que este hombrecillo tan feo tenga una hija tan linda?»

Zosia no estaba sola. La acompañaban Polovodov, en cuya actitud y en cuyo gesto se pintaba el afán de agradarla; Víctor Bajarev, con el sombrero negligentemente echado atrás, y el rico minero Lepechkin, individuo dotado de una corpulencia imponente.

No tardó en añadirse al grupo, luego de detenerse un momento para encender un cigarrillo a la puerta de la cuadra, de donde salía, el joven David, hijo único de Lajovsky. Era un asiduo parroquiano de las tabernas y los garitos. Su padre había tra-

tado en vano de apartarle del mal camino, y había acabado por dejarlo como cosa perdida.

En medio del patio, el cochero Iia le hacía describir amplios círculos a un magnífico caballo caucásico de pelo gualdo, al que sujetaba con una larga cuerda. El caballo tiraba a veces con todas sus fuerzas de la cuerda; pero Iia permanecía inmóvil como un monumento de piedra.

—¿Qué le parece el caballito, Sergio Alexandrovich?—preguntó Lajovsky.

—¡Hermosísimo!

—Es un *pur-sang* que me costó, en el Cáucaso, seiscientos rublos, y cuyo transporte me costó otros seiscientos.

—¡Toma, *Tek!*—le gritó al caballo la amazona.

Tek sacudió la breve e inteligente cabeza, piafó, y acercándose con un gracioso trote a la joven y alargando el sedoso cuello, se la apoyó en el hombro.

—Hace usted mal en mirarlo, señorita—dijo el cochero, rascándose detrás de la oreja con el extremo de la cuerda—. El es ya de suyo bastante travieso. Esta mañana, cuando estaba echándole el pienso, por poco me derriba de una coz.

—Es que tú no sabes tratarle—contestó la joven, pasando, acariciadora, por el cuello del hermoso animal su manecita enguantada.

Momentos después, el cochero se llevó a *Tek* a la cuadra, y la amazona se dirigió, seguida de su hermano y sus adoradores, hacia Lajovsky y Privalov.

Hechas las presentaciones de rúbrica y cambia-

das algunas frases triviales, todos, excepto Lepechkin, que se despidió, se trasladaron al comedor.

La joven le ofreció a Privalov, con una amable sonrisa, un sitio junto a ella.

—A mí—dijo Lajovsky—me perdonarán ustedes. Tengo mucho que hacer y me largo.

El criado corpulento y la doncella pizpireta empezaron a servir el almuerzo. Una animada charla se entabló entre los comensales. Provalov miraba de reojo a su vecina. Había en los ademanes, en los gestos, en la manera de hablar, de sonreír y hasta de comer y beber de la joven una exquisita distinción. En el tono de un viejo camarada, le hizo al rico heredero—que sintió al punto roto el hielo entre ambos—numerosas preguntas sobre la vida petersburguesa.

Polovodov trataba de lucir su ingenio. Se advertía que era todo ojos y oídos para Zosia, la cual no parecía preocuparse mucho de él y apenas le reía las gracias.

Privalov pensaba, observándoles: «La señora Polovodov tiene una rival de cuidado.»

XIV

El almuerzo fué largo. A los postres, los comensales—brillantes los ojos, rojas las mejillas—hablaban por los codos. Sólo Polovodov—aunque había bebido mucho—no estaba más locuaz que

al principio. Y seguía haciéndole una corte tan correcta como obstinada a la hija de Lajovsky.

Privalov no tardó en despedirse, pretextando un quehacer urgente. Polovodov se levantó al punto, y le rogó a Zosia que le siguiese a la habitación inmediata.

Ya solo con ella, cerró la puerta y le preguntó, en un tono significativo:

— ¿Qué le ha parecido a usted Privalov?

— ¿Y a usted?

— Mi opinión es lo de menos. Sólo las mujeres pueden comprender a los hombres. Son ustedes muy clarividentes en lo que concierne a nosotros. Su opinión de usted sobre Privalov tiene, para mí, una importancia extraordinaria.

— ¡Jesús, qué tono de misterio! ¡Dígame usted, sin requilorios, de qué se trata!

— Mire usted, Zosia... Privalov intenta apartarnos a su padre de usted y a mí de la tutela. Su abogado es Verevkin.

— ¿Nicolás?

— Sí, Nicolás Verevkin.

— Bueno, ¿y qué puedo yo hacer...?

— Por de pronto, decirme su opinión sobre Privalov.

— Hombre, ¿qué sé yo!... ¡Me parece un poco reservado..., y juraría que es tenaz, receloso...! Desde luego, tonto no es.

— Sí, es más inteligente de lo que parece a primera vista. Pero creo que le falta energía, decisión. Se ve en sus miradas y en sus movimientos. Es la

resultante del cruce de las familias Gulayev y Privalov, y ha debido de heredar sus rasgos característicos, que son: la tendencia al misticismo, el carácter caprichoso, indómito, y una sensibilidad enfermiza. No sólo se heredan los millones. La sangre de sus padres y de sus abuelos corre por sus venas.

—A veces es usted inteligente—dijo, sonriéndose, la joven—. A veces, ¿eh?, a veces...

—Quiere usted decir que de ordinario soy más bien tonto, ¿verdad? Usted tiene la culpa.

—No se tome usted el trabajo de continuar: adivino el resto. El amor que le inspiro a usted paraliza su ingenio, ¿no? ¡Es conmovedor... y gracioso! Tiene razón Verevkin; sus amores de usted dependen de las estaciones: en primavera se enamora usted de las rubias; en invierno, de las morenas; en verano, de las castañas...

—¡Basta, se lo ruego!

—Sí, nos hemos alejado un poco del tema de nuestra conversación.

Polovodov dió algunos pasos nerviosos a través de la estancia, se pasó la mano por la frente y suspiró:

—Graves reveses nos amenazan, señorita.

—¿Sí?

—Su padre de usted no se ha percatado aún de ello. Si Privalov logra apartarnos de la tutela, fíjese usted... Su fortuna de ustedes...

—¡Bueno, si nos quedamos pobres, mejor para usted! Quizá la pobreza me obligue a aceptar su amor...

Reinó un largo silencio.

—Hace tiempo—dijo Polovodov—que no veo por aquí a Loskutov.

—Un rival temible, ¿verdad?

—¡Está usted atroz hoy!

—Como siempre. Hay que tomarme como soy, amigo mío.

XV

El pasado de Ignaty Lajovsky era muy oscuro, como el de muchos ricos de los Urales y de la Siberia. Los orígenes de su riqueza no eran nada diáfanos. Unos decían que le había enriquecido la explotación de minas de oro; otros, que el contrabando; pero todos estaban de acuerdo en que la tutela de las fundiciones había aumentado considerablemente su fortuna.

Tenía una gran fama de avaro. Numerosas anécdotas relativas a su avaricia circulaban por la ciudad. La acumulación de dinero era el único fin de su vida, y cada rublo que gastaba le ponía furioso y le hacía prorrumpir en las consabidas lamentaciones: «¡Quieren arruinarme! ¡Quieren despojarme de la última camisa!...»

El acto de pagarles la soldada a sus servidores era para él una terrible prueba. He aquí una de las estenas corrientes en su casa:

La puerta del despacho se abría sin ruido y aparecía en el umbral el cochero Iliá. Deteníase tímidamente, y para llamar la atención de su amo,

tosía, la mano ante la boca. Lajovsky volvía la cabeza.

—¿Eres tú, Iliá? ¿Qué quieres?

—Vengo a pedirle a usted dinero, Ignaty Lvovich.

Lajovsky se levantaba bruscamente, como si hubiera recibido un latigazo.

—¿Cómo! ¿Dinero?.

—Sí... Me debe usted un mes...

—¿Dinero, siempre dinero! Todo el mundo me pide dinero, como si yo tuviera un cuño. ¿Crees que tengo un cuño?

El escuálido sujeto clavaba en el cochero una mirada inquisitiva. El cochero, confuso, bajaba los ojos.

—¿Por qué no contestas? ¿Crees que tengo un cuño, verdad? Todos lo creéis.

Lajovsky empezaba a pasearse, excitado, nervioso, por el aposento.

—¡Todos venís a pedirme dinero!— declamaba, como un personaje de tragedia en una escena de expoliación—. ¿De dónde creéis que lo saco? ¿Te figuras que tengo una mina en la gaveta?

Cruzado de brazos ante el cochero, le miraba con severidad judicial. El cochero bajaba de nuevo los ojos, como un hombre acusado de un crimen.

—Si no puede usted pagarme—se atrevía, al fin, a contestar—, despídame. Me iré a casa de Panafidin.

—¿Panafidin? ¿Qué Panafidin?

—El comerciante de cueros.

—Bueno; vete a casa de Panafidin, si no puedes vivir entre gentes de condición. ¡Qué ingratitud! ¡Quieres decirme qué queja tienes de nosotros?

—¡Ninguna, Ignaty Lvovich!

—Estás gordo y lucido... como un cerdo en vísperas de la matanza.

—Dios me ha hecho así, Ignaty Lvovich.

—Conque Dios, ¿eh?—gruñía el amo.

Y volviendo a cruzarse de brazos ante el coche-ro, le preguntaba:

—Bueno; ¿qué quieres de mí, bandido?

—Los veinticinco rublos del mes...

—¡Veinticinco rublos al mes! ¡No sabes, imbécil, que hay nobles funcionarios del Estado que cobran mucho menos? La mayoría cobran diez o quince rublos.

—Entonces, Ignaty Lvovich, tome usted de cochero a un empleado del Estado, y verá cómo le luce el pelo a *Tek*...

—¡Deslenguado!—gritaba, furioso, Lajovsky—. Coge tu dinero, ¡bandido! Cógelo, si quieres. Yo no te lo doy. ¡Aquí lo tienes, en el cajón!

Y abriendo el cajón, señalaba con el dedo a un montoncillo de billetes que había en él.

—¡Cógelo! ¡Róbame, arruíname!

—¿No sería mejor que me lo diera usted?

—¡No, no! ¡Cógelo!

Ilia se acercaba a la mesa con un paso tan cauteloso como si anduviera sobre hielo, metía la manaza en el cajón y, bajo la mirada inquisitiva de su amo, sacaba cinco billetes de cinco rublos.

Escenas análogas tenían lugar al cobrar su soldada los demás servidores, incluso el gerente Alfonso Bogdanovich.

Alfonso Bogdanovich había entrado al servicio de Lajovsky siendo aún casi un muchacho, y llevaba en la casa más de quince años. Todos le llamaban Alfonso Bogdanovich, y nadie, ni el propio Lajovsky, sabía su apellido. Lajovsky no podía pasarse sin él. Y el buen hombre era, en verdad, indispensable. Se levantaba a las cinco de la mañana, daba órdenes a la servidumbre, gritaba, juraba, vigilaba el trabajo de los escribientes en el despacho, el del cochero en la cuadra, el del jardinero en el jardín, el de la cocinera en la cocina, y diríase que el cielo le había dotado de veinte cabezas y cuarenta brazos.

Lajovsky, aunque todos los días le armaba terribles escándalos, le apreciaba y tenía en él una confianza ilimitada.

XVI

—Bueno; ¿qué le ha parecido a usted Lajovsky?—le preguntó Verevkin a Privalov, arrellanándose en una cómoda butaca y encendiendo un habano.

Privalov le contó el episodio de los cigarros y el de la escoba. Verevkin se desternillaba de risa oyéndole.

—Es un tipo curioso—dijo—. Se le podría ex-

poner, a título de rareza, en una caseta de feria. Aquí, en Uzel, tiene muchas casas. Un día se declaró en una de ellas un incendio. Todo el mundo corrió al lugar del siniestro, y él también corrió, en el sentido literal de la palabra, pues el cochero de un coche de punto que encontró en el camino le pidió quince copecks por la carrera, y él sólo quería darle diez. Cuando le dijeron que era estúpido, en una ocasión como aquélla, querer economizar cinco copecks, contestó: «Si hubiera llegado diez minutos antes, la casa no se hubiera salvado por eso; y, en cambio, viniendo a pie me he ahorrado quince copecks.»

Privalov llamó al criado y le mandó llevar un refresco para el abogado.

—¿Qué prefiere usted, Verevkin?—preguntó.

—Soy un enemigo encarnizado del alcohol, y lo combato a tragos. Es una estrategia como otra cualquiera, querido cliente.

Momentos después, el criado colocaba ante el abogado una botella de *vodka*.

—No crea usted—añadió el juvenalesco uzelense, escanciándose una copa—que soy alcohólico. El alcoholismo es uno de los siete pecados capitales, y yo no me desví del camino de la virtud. Pero la lucha contra la tentación es dura, y una copa de *vodka* de vez en cuando le arma a uno de valor... Bueno; tiene usted una copia de la relación acerca de las fundiciones, ¿eh?

—Sí, aquí está. Sólo nos faltan algunos documentos.

—Muy bien. Ya lo examinaremos todo con la detención que se merece. En la relación habrá, de seguro, muchos datos falsos; porque Lajovsky y mi querido cuñado Polovodov son, aquí para *inter nos*, dos perfectos granujas. A propósito: vengo por usted para que vayamos a almorzar a casa de Polovodov; no sé si fué Talleyrand el que dijo que debe cultivarse la amistad de los enemigos; además, conviene no perder de vista a mi cuñado, tratar de adivinar su plan de batalla, y, como complemento de tan poderosas razones, hay una, de índole gastronómica, muy digna de tenerse en cuenta: la de que mi hermana nos dará de almorzar admirablemente.

Privalov aceptó, sin sospechar que el abogado le llevaba a casa de Polovodov a petición de Antonida. Verevkin lo hacía con la mayor inocencia, y ni siquiera se preguntaba a qué obedecía el deseo de su hermana: lo único que le interesaba era el almuerzo.

—¡Aquí os traigo a este caballero!—dijo triunfalmente, introduciendo a Privalov en el salón de Polovodov—. Espero, querida hermanita, que premiarás mi celo tratándonos a cuerpo de rey.

El almuerzo, en efecto, fué una maravilla de arte culinario, y lo rociaron exquisitos vinos. La señora Polovodov le prodigó a su convidado sus más delicadas y cariñosas atenciones. De vez en cuando, y como a la buena de Dios, le lanzaba miradas ardientes, que le hacían bajar los ojos.

Cuando pasaron al salón a tomar el café, Verevkin le rogó a su hermana que cantase algo.

—¿Por qué no cantas esa canción del Volga tan bonita y tan evocadora?

—¿Cómo se te afina la sensibilidad, querido hermano, cuando empinas el codo a tu gusto!

Antonida Ivanovna se sentó al piano y, acompañándose ella misma, empezó a cantar con una pura voz de contralto, sonora y patética, la canción favorita del corpulento abogado:

Volga de mi vida,
eres ancho como el mar;
pero tus aguas mi pena
no pueden ahogar.

La bella dama imitaba admirablemente el modo de cantar de los campesinos, alargando mucho las notas altas. Se mezclaban en la canción una honda tristeza y un vehemente deseo de felicidad, de vida amplia, abierta, como la infinita extensión de la estepa.

Verevkin, sentado en el sofá, inmóvil, escuchaba con una atención religiosa, la enorme cabeza entre las manos. Privalov tampoco se movía: casi no respiraba; tenía los ojos cerrados. La canción despertaba en su alma dulces y melancólicos recuerdos de la infancia; parecía ver, entre dos orillas nemorosas, la serena anchura del Volga, dorado por el sol poniente.

El amo de la casa era el único a quien la canción, según lo charlatán que estaba, no debía de conmovérle.

—Sólo la mujer rusa—decía—, y sobre todo la del pueblo, sabe cantar así. Las mujeres orientales también cantan muy bien, pero no me gustan. Son demasiado primitivas, sobre todo en lo que respecta al amor, del que sólo sienten lo fisiológico, lo bestial. Prefiero mil veces a las europeas. Las europeas no son, como ellas, perezosas, dejadas y sucias. Su presencia produce una grata excitación nerviosa, y aviva y aguza los sentidos. A su lado siempre se pueden esperar sorpresas.

XVII

Polovodov, pretextando un quehacer urgente, se despidió de Privalov.

—Le dejo a usted con mi mujer. ¡Valor! Es una prueba demasiado dura, lo comprendo...

—¡Qué crueldad!—exclamó la joven.

—¡Crueldad, señora? — protestó Privalov —. ¡Todo lo contrario!

Verevkin se marchó también.

—A pesar de sus protestas—dijo la señora Polovodov—, creo que mi compañía no le entusiasma a usted.

—Se engaña usted, señora. Si no vengo más a menudo es porque estoy muy ocupado... El oírle a usted cantar ha sido para mí una verdadera delicia. Tiene usted una voz admirable.

Antonida Ivanovna se arrebuja en su chal de lana de Oremburgo y repuso:

—¡Los hombres son ustedes todos iguales! Se creen en el deber de decirnos trivialidades. Todo lo trivial me horroriza...

Clavó los ojos un instante en los de su interlocutor, como si quisiera fascinarle, y le preguntó:

—¿Qué tal lo pasó usted en casa de Lajovsky?

Y añadió, sin esperar la respuesta:

—Se aburriría usted.

—¿Por qué supone usted que me aburriría?

—Porque en este maldito rincón provinciano reina el aburrimiento. ¿Ha visto usted algo en Uzel que se parezca a la verdadera vida? Aquí, todo el mundo se muere de tedio. Los hombres se distraen a ratos jugando a las cartas; pero las mujeres estamos privadas hasta de ese estúpido pasatiempo. Mi marido ameniza su vida haciéndole la corte a Zosia Lajovsky. Yo... ni siquiera tengo con quién *flirtear*.

La ligera sonrisa con que la dama pronunció estas últimas palabras se convirtió al punto en una expresión grave, triste.

«O es, en efecto, desgraciada, o es una gran comedianta», pensó Privalov.

Antonida Ivanovna, cambiando bruscamente de tono y de gesto, como si quisiera ahuyentar o disimular su tristeza, le espetó la siguiente pregunta:

—¿Cuándo se casa usted?

—¿Que cuándo me caso? ¿Con quién?

—¡Con Nadia Bajarev! Todo el mundo habla de esa boda en Uzel, y a mí me parece de perlas. Su elección de usted ha sido acertadísima: Nadia

es una muchacha excelente, seria, instruída. Está cien codos por encima de todas las demás muchachas de Uzel.

—Todo eso es verdad, Antonida Ivanovna. Yo estimo mucho a esa señorita; pero de ahí a pensar en casarme con ella... Le aseguro a usted que ni siquiera se me ha pasado por las mientes.

—No le creo a usted.

—Pues lo que le digo es la pura verdad.

—Mi ánimo, al hablarle de esa boda, no era otro que felicitarle. Le repito que su elección me parece un gran acierto. Y celebraré mucho que se casen ustedes. Este altruísmo en una mujer como yo no es extraño que sea sincero...

—¿Por qué?

—Porque yo soy una mujer de quien no hace caso su marido. Ya ve usted si le hablo con franqueza. Mi marido enamora a Zosia Lajovsky y a otras señoritas, y a mí no me queda otra alegría que la de la felicidad ajena.

—Pues, por lo que a mí toca, no se alegre usted, Antonida Ivanovna. Ni tengo novia ni estoy cansado del celibato.

La dama, clavados los ojos en los del rico heredero, tornó a arrebujarse en su chal. Estaba en aquel momento encantadora. Esto, unido al carácter íntimo de la conversación, fué causa de que Privalov tuviera que hacer un no pequeño esfuerzo de voluntad para despedirse.

—Mi visita se ha prolongado demasiado—suspiró—. Mis ocupaciones...

—Ustedes, los hombres, siempre están ocupadísimos, y sólo nos dedican a las pobres mujeres sus ratos perdidos.

Los ojos de la dama volvieron a clavarse en los de Privalov, como si ella quisiera decirle algo más y vacilase, al estrecharse, en son de despedida, las manos de ambos. Privalov puso en el apretón una calurosa efusividad, y se alejó llevándose la convicción de que un lazo invisible le unía, a partir de aquella tarde, con la hermosa mujer.

Aquella noche Antonida Ivanovna fué a ver a su madre.

—¡Qué soso es ese Privalov!—le dijo—. He pasado con él, después de almorzar, un rato aburridísimo. Otro, en su lugar, no hubiera estado tan respetuoso. ¡Ni siquiera me ha besado la mano!

—¡Paciencia, hija, paciencia! ¡Todo llegará!—repuso la honorable señora Verevkin.

XVIII

Zosia Lajovsky recibía a sus íntimos todas las noches, desde hacía algún tiempo. Los más habituales concurrentes a su tertulia eran Nadia, Víctor, Privalov, Nicolás Verevkin y—¿cómo no?—Polovodov. La señora Polovodov no iba casi nunca, y a las amables quejas de Zosia solía contestar, sonriéndose:

—No quiero cohibir, con mi presencia, a mi ma-

rido en sus tentativas de conquistar su corazón de usted.

Privalov había oído hablar mucho de cierto ingeniero, Máximo Loskutov, establecido en Uzel recientemente.

—Es un hombre muy interesante—le dijo una vez, refiriéndose a él, Nicolás Verevkin—. Posee una instrucción formidable. Es una verdadera enciclopedia viva. Y no se da tono: es modesto, sencillo. En medio de nuestra sociedad se destaca al modo de un águila entre cuervos.

—¡Me asusta usted! Si llego a conocerle, me turbaré en su presencia como un colegial ante su severo examinador.

—Yo, cuándo estoy hablando con él, me siento, a pesar de mi tamaño, un rapazuelo.

El corpulento abogado se inclinó hacia Privalov y añadió, en voz baja:

—Es revolucionario... Después de estar preso no sé cuántos años, fué deportado a la Siberia. Y no puede volver a la Rusia europea. Ha descubierto una mina no lejos de aquí, y la explota por su cuenta y riesgo. La mayor parte del tiempo se lo pasa en Uzel.

Una noche, al llegar a la tertulia de casa de Lajovsky, Privalov, luego de saludar a Zosia y a Nadia, que estaban sentadas en el sofá, y a Víctor, que fumaba un pitillo, sentado, con una pierna sobre la otra, junto a una ventana, le hizo una ceremonia a un tertuliano nuevo, a quien no conocía, y que se había levantado, a su entra-

da, de una butaquita situada en un ángulo del salón.

El desconocido se dirigió hacia él, alargándole la mano.

—Sergio Alexandrovich Privalov, ¿verdad? Yo soy Máximo Loskutov. Tengo tanto gusto en conocerle. He oído hablar mucho de usted.

Loskutov era un hombre de unos treinta y cinco años, de mediana estatura, delgado, de rostro oval y pálido. No era guapo; pero su ancha frente, su espesa cabellera rubia, sus ojos, de un azul oscuro, de mirada triste y cansada, producían una grata impresión. Era el suyo uno de esos rostros que no pasan inadvertidos ni aun en medio de una muchedumbre.

A Privalov le fué simpático en extremo. El rico heredero le estrechó efusivamente la mano, como a un viejo amigo.

—Creo—dijo—que he interrumpido su conversación de ustedes. Les ruego que continúen.

Loskutov empezó a pasearse a lo largo del salón.

—Estábamos hablando—contestó—del abismo que separa a nuestros intelectuales del pueblo. A pesar de nuestras buenas intenciones respecto a él; a pesar de que en ningún país han hecho los intelectuales tantos sacrificios por la emancipación del pueblo como en Rusia, el pueblo no tiene confianza en nosotros...

En aquel momento se abrió suavemente la puerta y penetró un nuevo personaje.

—¿Se conocen ustedes?—le preguntó Zosia a Privalov.

—No tengo el gusto...

—Es nuestro médico. Un viejo y fiel amigo, Sergio Alexandrovich.

El doctor era un caballero como de cuarenta años, muy metido en sí mismo y de pocas palabras. Se afirmaba que estaba desde hacía tiempo perdidamente enamorado de la señorita Lajovsky, a la que había visto nacer; pero él no le había hablado nunca de amor, y se limitaba a velar por ella, con un celo, en cierta manera, de padre y de madre, ya que la madre de la joven había muerto y el padre sólo se cuidaba de los negocios.

Pronunció un «Señores, buenas noches», dirigido a todos los presentes y seguido de un «¡Quietos, quietos!», y se sentó al lado de Víctor Bajarev.

XIX

En el otro extremo de la casa, en el despacho de Lajovsky, hallábanse éste, «el tío» Oscar Filipich y Polovodov.

—Puede usted hablar sin rodeos—le decía Polovodov a su compañero de tutoría—. El tío está al corriente de todo.

Pero Lajovsky seguía lanzándole miradas recelosas y hostiles al viejo pescador de caña.

—¡No sé a qué se refiere usted! ¡No me explico

ese tono de conspirador! Yo no tengo nada que ocultar...

—Le he contado a Oscar Filipich—contestó tranquilamente Polovodov—todo lo referente a la tutela de las fundiciones.

—¡Cómo!

Lajovsky, consternado, cayó en su sillón como un globo de goma al recibir un alfilerazo.

—Antes de hablarle a nadie de mis asuntos—protestó—, debía usted haberme pedido permiso. No quiero que nadie se mezcle en mis asuntos.

—¡Basta de comedias!—replicó, amostazado, Polovodov—. Entre nosotros son inútiles. Si se lo he dicho todo—¿entiende usted?, ¡todo!—a Oscar Filipich será porque me inspira absoluta confianza, y, por consiguiente, a usted también debe inspirársela.

—Puede usted estar seguro, Ignaty Lvovich—añadió Oscar Filipich—, de que no abusaré de la confianza de ustedes. De mí no hay nada que temer.

—¿Qué voy a temer yo de usted, señor mío? Le repito que no tengo nada que ocultar. Me es igual que hable usted o que calle.

—Bueno, Ignaty Lvovich—amenazó Polovodov—; si sigue usted echándose las de hombre intachable, nos retiramos; pero, en ese caso, le advierto que el tío y yo trabajaremos sin consultarle a usted.

La amenaza surtió su efecto.

—Pero, ¡por todos los santos!, ¿qué quieren us-

tedes de mí? ¿En qué puede usted sernos útil, Oscar Filipich?

—Puedo defender en Petersburgo sus intereses de ustedes, Ignaty Lvovich. Tengo allí buenas relaciones...

El avaro miró de alto abajo al pescador de caña.

—¿Usted?... ¿Buenas relaciones?... ¿Sabe usted que Nicolás Verevkin piensa salir un día de estos para Petersburgo, donde defenderá los intereses de Privalov?

—Lo sé, y precisamente por eso le ofrezco a usted mis servicios; es necesario contrarrestar a toda costa las gestiones de Verevkin. Claro es que eso exigirá gastos.

Lajovsky se cogió con ambas manos la cabeza y gimió como si le hubieran arrancado una muela:

—¡Dinero! ¡Siempre dinero!

—Sin dinero no se puede dar un paso, sobre todo en Petersburgo. Hay que ganar tiempo, hay que lograr que se le den largas al asunto. Y para eso tendremos que recurrir a personas influyentes. Conozco a una gran dama cuyas amistades en altas esferas...

—Y cuya codicia...—interrumpió con mordaz ironía Lajovsky.

—Sí, habrá que untarle la mano; pero cuando se encarga de un asunto, ya puede uno considerarlo arreglado.

—¿Y cobra mucho?—gimió de nuevo el avaro.

—Un tanto por ciento: del cinco al diez. Ade-

más, habrá que hacerle un anticipo: quince o veinte mil rublos.

—¿Quince o veinte mil rublos? ¡Qué barbaridad! ¿Habla usted en serio?

Lajovsky se levantó y empezó a ir y venir a través de la estancia como un león enjaulado.

—Esas escenas, Ignaty Lvovich—dijo Polovodov—, no conducen a nada. Deje usted a Oscar Filipich exponer su plan.

—Comprendo—dijo a su vez Oscar Filipich, frotándose las manos—que veinte mil rublos es una suma de bastante importancia; pero ¿qué es eso en comparación con los intereses en juego?... Además, he de advertirle a usted que para ponerse al habla con esa dama hay que servirse de otras damas...

—¿A quienes hay que pagar también?

—Poca cosa: tres o cuatro mil rublos.

—Pero ¿por un servicio tan insignificante?...

—Esas damas, Ignaty Lvovich, pertenecen a la flor y nata de la aristocracia: viven en pisos elegantes, magníficamente amueblados; tienen criados de librea, coches, caballos... Todo eso cuesta dinero.

—Y hemos de pagarlo nosotros, ¿verdad?... En fin, veo que está usted decidido a arruinarme, a despojarme de la última camisa. ¡Arruíneme, pues! Déjeme en la miseria!... Pero dígame: ¿cómo podré yo saber si ese dinero...?

—¿No me lo he guardado yo?—preguntó el viejo, imperturbable.

—¡Eso es! ¿Cómo podré saberlo?

— Le presentaré a usted recibos de las damas.

— ¿Y quién me prueba que esos recibos no son falsos?

Oscar Filipich se encogió de hombros.

— Eso, naturalmente, es muy difícil de probar. Yo no aspiro a que me otorgue usted su confianza; pero en negocios de esta índole, sin esa base... Si yo no se la inspiro a usted, es inútil que sigamos hablando.

El pescador de caña se levantó y dió algunos pasos hacia la puerta.

— ¡Espere, espere! ¡No se vaya!

XX

No se le ocultaba a Privalov que la señorita Bajarev le rehuía. Nadia rara vez salía de su habitación cuando iba él de visita. Bajarev también se fijó en la extraña manera de conducirse de su hija.

— ¿Dónde está Nadia?— le preguntó un día, con enojo, a su mujer, viendo que Privalov, después de una visita bastante larga, se disponía a irse sin haber podido saludar a la joven.

— ¡En su cuarto, leyendo! ¡Le quemaría de buena gana todos los libros!

A veces, Privalov encontraba a Nadia en casa de Lajovsky, casi siempre en conversación con Loskutov.

Zosia, que le hacía antes unas acogidas cariñosísimas a la señorita Bajarev, la recibía ahora de

un modo frío. A menudo, incluso en presencia de Loskutov, le dirigía frases hirientes. Privalov, lleno de extrañeza, se preguntaba a qué obedecería aquello. Y también extrañaba no poco la nerviosidad, cada día mayor, de la señorita Lajovsky, que a veces se retiraba bruscamente del salón y volvía al rato con los ojos enrojecidos. El doctor la miraba silencioso y triste, como una madre a un hijo atormentado por un sufrimiento misterioso.

Una tarde, al salir de casa de Bajarev, Privalov se fué a dar un paseo por el jardín público. Era a mediados de julio, y aunque caía ya la tarde, hacía un calor sofocante.

Luego de pasear un rato a lo largo de las umbrosas alamedas de tilos y chopos seculares, el rico heredero se sentó en un banco oculto entre los árboles.

A poco llegó a sus oídos un vago ruido de pasos y voces humanas, que fué haciéndose más distinto. Y dos nuevos paseantes cruzaron, momentos después, por la alameda próxima: eran Nadia y Loskutov.

El corazón de Privalov latió con violencia.

—Sentémonos en este banco—dijo, pasados algunos instantes y a muy corta distancia, la joven—. Esta soledad es deliciosa. No sé por qué, desde hace algún tiempo detesto a la gente.

—Eres injusta—repuso Loskutov—. Hay gente buena, digna de que se la quiera y se la estime.

—Sí; pero en Uzel...

—En Uzel, como en todas partes, hay personas

excelentes. Vuestro amigo Privalov, por ejemplo... Según tengo entendido, es todo un caballero.

Privalov, al oír a Loskutov tutear a Nadia, sintió como una fuerte puñada en el pecho. «Ahora me lo explico todo», se dijo.

Se hubiera alejado, pero ya era imposible.

—Privalov es un caballero—contestó Nadia—; su venida a Uzel nos ha hecho mucho daño, ha trastornado nuestros planes. Llevaba yo una porción de meses preparando a mi padre para confesarle nuestro amor, y de pronto se presenta el dichoso Privalov...

—¿Y qué?

—Ya lo sabes: mis padres, sin contar conmigo...

—Ya lo sé; pero Privalov ¿qué culpa tiene? Estoy seguro de que, si se enterase de nuestras relaciones, se apresuraría a apartarse de nuestro camino...

Silencio. Un beso.

Privalov bajó la cabeza, y una tristeza amarga, deprimente, inundó su alma.

En pr
Bajar
vestir
ando
Los mi
Uno d
do una
de des
en m
da di
Mal
Re
za a
arga
de l
sa ap
arse
cer
La
ate e
a feli
na r

TERCERA PARTE

I

Un profundo silencio reinaba en la vieja morada de Bajarev. El anciano criado Luka exhalaba, en el vestíbulo, dolorosos suspiros, y de cuando en cuando murmuraba: «¡Qué tristes están todos, Dios mío! ¡Malo, malo!»

Uno de aquellos días le había entregado a su amo una carta que había llevado el cartero, y su amo, después de leerla y de frotarse durante cerca de un minuto, con la mano, la pierna enferma, le había dicho:

—¡Malo, malo, Luka! Los negocios no marchan bien. Recibo malas noticias de la mina Varvarinsky.

Era a principios de septiembre. Por las noches, ya largas, el viento agitaba las ramas casi desnudas de los árboles y hacía volar las hojas caídas. Luka apenas dormía, y oía con frecuencia toser, quejarse o suspirar a su amo, cuya alcoba estaba muy cerca de su cuarto.

—¡La maldita carta!—murmuraba—. Antiguamente casi no se recibían cartas, y la gente era más feliz.

Una mañana oyó llamar a la puerta de la calle.

— ¿Quién es?—gritó desapaciblemente.

Los aldabonazos se repitieron. Dirigióse a la puerta, abrió y retrocedió sobresaltado: el que llamaba era un hombrecillo gordo, de cabellos blancos, nariz aplastada y ojuelos negros, cubierto de polvo y barro.

— ¡Virgen Santa! ¿Eres tú, Danila Semenich?

— ¿No me habías conocido, vejestorio?—contestó, jovial, el recién llegado, entrando en el vestíbulo—. ¡Soy yo en persona!

Y quitándose el viejo sombrero de fieltro, sacó un gran pañuelo encarnado y se enjugó el sudor de la frente.

— ¡Danila Semenich! ¿De dónde vienes? ¿Qué te trae? Nadie te esperaba...

— ¡Caigo del cielo!—bromeó Danila—. O, si te parece mejor, me vomita el infierno.

Luego, en tono más serio, añadió:

— ¡Muchacho, estoy molido! He hecho un viaje de veinte días a caballo.

— ¿Vienes de la mina?

— ¡Claro! ¿Está en casa Vasily Nazarich?

— Sí.

— Bueno, voy a su despacho.

— ¡No, así como vienes, no te deajo pasar! Le asustarías. Lávate y sacúdete un poco.. Parece que no traes buenas noticias

Luka miraba, escrutadora y recelosamente, la expresión del rugoso rostro, al viajero.

— Más valía que, en vez de charlar tanto, me dieras una copa de *vodka*.

—No sé por qué se me figura que ya has bebido bastante en el camino, y no quiero que bebas más. Estaría muy feo que te presentaras borracho a Vasily Nazarich. Espera un poco; voy a avisar a la señorita.

El viejo criado se dirigió, todo lo aprisa que le permitían sus piernas enfermas, al cuarto de Nadia.

—Señorita...

—¿Qué quieres?

—¡Ahí está ese bandido!

—¿Qué bandido?

—Danila Semenich... Creo que trae malas noticias, y convendría que previniese usted al señor...

La joven corrió al vestíbulo, llena de inquietud.

—¡Buenos días, señorita!—le dijo, descubriéndose, Danila Semenich—. ¡Cada día está usted más guapá!

—¿Qué le trae a usted por aquí?

—Ya no tengo nada que hacer en la mina...

—¿Y eso?

—Han tenido que interrumpirse los trabajos... Vengo a hablar con su padre de usted...

—Bueno; espere un momento. Voy a avisarle. Está algo delicado.

II

Vasily Nazarich estaba leyendo un periódico. Al ver entrar a su hija, le preguntó, sonriéndose cariñosamente:

--¿Qué tal desde anoche, pequeña?

--Bien, papá. ¿Y tu pierna?

--El médico me ha asegurado que para la primavera la tendré buena y podré ir a la mina.

--¿Esperas a alguien de allí?

--No. ¿Por qué?

--Porque me ha parecido ver, por la ventana, a Danila Semenich.

--¿No es posible!

--Quizá me haya equivocado...

El viejo clavó una mirada interrogadora e inquieta en su hija. En aquel momento se oyó la bronca risa del recién llegado. Bajarev palideció.

--¿No te has equivocado, no! ¡Está ahí!

--Sí, papá. ¿Me permites asistir a tu conversación con él?

--No, hija mía. Vete y que pase.

Minutos después, Verochka entró, muy asustada, en la habitación de su hermana.

--¿Cómo grita papá! ¡Ve a ver qué sucede, Nadia!

Nadia corrió al despacho de su padre, cuyas destempladas y amenazadoras voces se oían desde el corredor. Danila Semenich, rojo, la frente cubierta de sudor, se había agazapado en un rincón. El viejo, olvidados los dolores de la pierna, iba y venía a lo largo del aposento, como un león enjaulado, mesándose los grises cabellos, y de cuando en cuando se acercaba, cerrados los puños, los labios espumantes, al viajero.

--¡Me has matado!—gritaba—. ¡Sí, me has ma-

tado! Por culpa tuya tendré que pedir limosna en mi vejez. ¡Nos has arruinado, nos has perdido!

—Dios es grande en su misericordia—se atrevió a decir Danila Semenich—, y le ayudará a usted a rehacer su fortuna.

—¡Calla, calla, granuja! ¡Te voy a matar! ¡He dejado un verano de ir a las minas, y todo se lo ha llevado el diablo! ¡Y ese canalla de Rabotkin, aprovechando mi ausencia, se fuga ahora con todo el dinero!

Nadia le ordenó, con un gesto, a Danila Semenich que se fuese, lo que se apresuró a hacer el viajero, silencioso, encorvado, sin atreverse a levantar los ojos del suelo. Luego la joven se acercó a su padre.

—¡Por Dios, papá! Tú, que has sido siempre tan fuerte, tan dueño de ti... ¡Valor! Cuéntame lo que ha sucedido.

—¡Ya lo has oído! ¡A causa de las bribonadas de unos y del abandono de otros, ha tenido que interrumpirse la explotación de las minas! ¡Y, por añadidura, el cajero ha puesto pies en polvorosa con todo lo que había en la caja! ¡Estamos arruinados!

El viejo se desplomó en el sofá, y desgarradores estremecimientos sacudieron su cuerpo. La borrasca se convertía en copiosa lluvia de lágrimas. Nadia le dejó llorar: sabía que el llanto le calmaría.

—¡Estoy solo, estoy solo!—balbuceaba el pobre hombre—. Si hubiera podido depositar mi confian-

za en alguien... Si me hubiera ayudado alguien... La miseria nos espera, hija mía; la miseria y la vergüenza...

III

Danila Semenich Chelojov era un *kirguiz* (1) convertido al Cristianismo. Niño aún, el abuelo de Sergio Privalov lo compró por un saco de harina y un par de botas usadas; era un «año de hambre», y los *kirguiz* lo vendían todo, incluso las mujeres y los niños.

El pequeñuelo fué llevado a Uzel, donde estuvo al servicio de su amo, en calidad de *groom*, hasta que se hizo hombre. Luego le enviaron a las minas de oro, y allí comenzó a desplegar sus verdaderas aptitudes.

Sin dejar de ser un perfecto hijo de la estepa, se entregó con pasión a la agitada actividad de la busca de oro. Dicha actividad, basada en el azar, nerviosa, febril, le encantaba. Y no tardó en gozar de una gran popularidad entre los buscadores. Su destreza y su celo para reconocer terrenos, a caza de arenas auríferas, asombraban a todo el mundo. Dotado de una salud de hierro, recorría a caballo miles de kilómetros, y se pasaba semanas enteras, ya en lo más escondido y bravo de las selvas, ya

(1) Tribu semisalvaje de las estepas del sudeste de Rusia. — (N. del T.)

en lo alto de las montañas nevadas. Su olfato para el oro era maravilloso: adivinaba sus escondrijos, y se le consultaba siempre que cualquier terreno inspiraba esperanzas.

Ganaba mucho dinero; pero, a lo mejor, en unos cuantos días, y en cualquier ciudad adonde le llevaban su capricho o sus trajines, se gastaba íntegros sus ahorros de un año.

—¡Qué! ¿Has acabado ya?—le preguntaba Bajarev, al verle aparecer de nuevo las huellas del insomnio y de la embriaguez en el rostro.

—¡Sí, Vasily Nazarich! ¡Ya no me queda ni un copeck!

La señora Bajarev tenía una fe inquebrantable en su «buen ojo», y estaba convencida de que los negocios de la casa dejarían de ir viento en popa si se prescindiese de sus servicios. Debido a esto, le recibía siempre muy bien, y era sobremanera indulgente con él.

Cuando salió del despacho de su amo, el *kirguiz* se dirigió a las habitaciones de la vieja. Sabía que allí le esperaban el samovar hirviente y la garrafa de *vodka*.

—¿Qué os pasaba? ¿Qué gritos eran esos?—inquirió la buena señora, tratando de poner en su voz inflexiones severas.

—Nada...; hemos charlado un poco—contestó él, enjugándose el sudor de la frente y tratando de sonreírse.

—¿A eso le llamas tú charlar?... ¡Qué grito Señor!

—No ya gritos, María Stepanovna; ¡una paliza me merezco!

—¿Van mal los negocios?

—Sí. Y ese canalla de Rabotkin se ha eclipsado, llevándose los fondos.

La señora Bajarev se santiguó.

—¡Y pensar que Vasily Nazarich tenía tanta confianza en ti! ¡Ese maldito *vodka*!...

—Sí, madrecita, sí; ¡el *vodka* me ha perdido! No puede haberlo inventado un cristiano; debe de haberlo inventado el diablo. Pero no hay que desesperar ni amilanarse...

Danila Semenich se inclinó hacia la vieja y añadió, muy quedo:

—¡He descubierto un filón de oro soberbio! ¡Verá usted cómo volvemos a ser ricos!

La vieja le miró cariñosamente y le escanció otra copa de *vodka*. La conversación tomó un sesgo más cordial.

—¿Sabes que está aquí Sergio Privalov?

—¡Privalov!—exclamó el *kirguiz* lleno de asombro.

María Stepanovna le habló, en tono confidencial, de su proyecto de casar a Nadia con el rico heredero y de sus temores de que tal proyecto no pudiera realizarse.

—No sé qué le pasa a Nadia—suspiró—. Huye de Privalov, y casi no sale de su cuarto. Siempre está leyendo... ¿En qué piensa? Tiene ya veintidós años, y la belleza de las muchachas es una cosa pasajera...

—¡Todo se arreglará, madrecita, todo se arreglará!—dijo Chelejov—. Las muchachas son caprichosas, pero acaban por hacerse razonables.

Y como para remojar este profundo pensamiento, se sirvió una nueva copa de *vodka*.

IV

Privalov no salía de sus habitaciones y no recibía a nadie. La señora Zaplatin se devanaba los sesos tratando de encontrarle una explicación satisfactoria a esta conducta. ¿Se habría declarado a Nadia y habría sido rechazado? Aquella muchacha presuntuosa y desagradable era capaz de todo.

Polovodov, Nicolás Verevkin, Víctor Bajarev, llamaban en vano a la puerta de Privalov; su criado les contestaba a todos:

—El señor no recibe.

Cuando la señora Zaplatin se enteró del gravísimo revés de fortuna del viejo Bajarev, sintió un vivo, un vehemente, un imperioso deseo de transmitirle la noticia a Privalov. Y a pesar de la heroica resistencia de su criado, irrumpió en sus habitaciones.

—¿Sabe usted—le gritó—lo que ha sucedido?

—¿Qué ha sucedido, señora?

--¡Que se ha arruinado Bajarev!

--¡Imposible! ¿Cómo lo sabe usted?

—¿No se habla en Uzel de otra cosa!

—¿Pero es increíble!... Voy a su casa en seguida...

Un cuarto de hora después Privalov llamaba a la puerta de casa de Bajarev.

—¿Está María Stepanovna? — le preguntó a Luka.

—¿No ha de estar, Sergio Alexandrovich? No sale casi nunca... Como tiene su capillita en casa, ni siquiera a la iglesia va...

El viejo parecía dispuesto a detallar prolijamente las costumbres de su ama; pero Privalov le dejó con la palabra en la boca y se dirigió al salón. En el corredor se topó con Chelejov, que se quedó mirándole, sonriente. Los rasgos de aquel rostro tártaro despertaban en la memoria del rico heredero viejas remembranzas.

—¿No me conoce usted?—preguntó Danila Semench.

—¿Es usted Chelejov?

—¿El mismo!

Saludáronse, y empezaron a hablar en voz baja.

—¿Es verdad lo que me han contado?

—¿Qué le han contado a usted?

Que Vasily Nazarich se ha arruinado.

Chelejov se encogió de hombros.

—En la minería, el arruinarse—contestó—es tan frecuente... Se sube muy alto, se cae, se vuelve a subir más alto aún... Burmakin, el famoso rey del oro, se arruinó diez o doce veces... También Vasily Nazarich rehará su fortuna.

Y añadió, bajando aún más la voz:

—Nó le aconsejo a usted que entre ahora a verlo. Está muy abatido... Ha sido un golpe muy duro para su orgullo.

—Bueno. Voy a ver a María Stepanovna.

La señora Bajarev, sentada en un muelle butacón, estaba leyendo un enorme libro religioso. Al oír entrar a Privalov, le dirigió, por encima de las grandes gafas, una mirada severa.

—¡Hola!... Siéntate..., ahí, en esa butaca... ¡Cuánto tiempo sin verte!

—He estado enfermo, María Stepanovna.

—Sí, me lo han dicho. ¿Estás ya bien?

—Sí, señora; gracias.

—¡Me alegro, me alegro!

Privalov esperaba encontrar a la anciana abatida por el desastre, demacrada, llorosa, y le llenó de asombro el encontrarla altiva y serena como siempre.

La austera dama habló, como si nada hubiera sucedido, de mil cosas insignificantes. Y lo hizo en un tono cortés, pero frío, poco cordial. Privalov advertía que estaba enojada con él, y no se le ocultaban los motivos de tal enojo: María Stepanovna no podía perdonarle el que no hubiese pedido ya la mano de Nadia y hubiera dejado de frecuentar la casa. Ignorando las verdaderas razones de dicha conducta, la atribuía a razones fantásticas y vituperables.

La conversación fué interrumpida por la aparición de Nadia.

La joven saludó a Privalov y le dijo a su madre:

—Mamá: Dosifea espera tus órdenes respecto a la comida...

La dama se levantó. Había notado que Privalov se había puesto pálido al ver a la joven, y pensó: «Lo mejor será dejarlos solos un ratito.»

Cuando salió María Stepanovna, Privalov tuvo un arranque de valor, que le sorprendió a él mismo, y le dirigió a Nadia estas palabras:

—Quisiera hablar con usted de cierto asunto...

—O mucho me equivoco, o su visita de usted obedece a los rumores que circulan por la ciudad sobre nuestra ruina.

—No se equivoca usted.

—¿Mamá no le ha hablado a usted de eso?

—No.

—Me lo esperaba. Es demasiado orgullosa, y sabe dominarse y fingirse tranquila aun en las circunstancias más trágicas... Me han dicho que ha estado usted enfermo... Se le conoce en la cara.

—¿No ha sido nada!... ¿Cuál es, en realidad, el estado de los negocios de su padre de usted? No me he atrevido a preguntárselo a él...

—Ha hecho usted bien, tanto más cuanto que de seguro no le hubiera dicho la verdad.

—¿La verdad es lo que se dice por la ciudad?

—Sí. Estamos arruinados.

La joven hablaba en un tono sereno, tranquilo. Vestida de negro, grave el rostro, clara la mirada, estaba encantadora. Privalov nunca la había amado tanto. Le costaba mucho trabajo dominar su emoción.

—Nadia..., yo quisiera ofrecerle mi ayuda económica a su padre de usted... Tal vez aun pudiéramos arreglarlo todo...

—¡Papá no aceptaría, Sergio Alexandrovich!

—¿No podría usted persuadirle?... Ha sido siempre tan bueno para mí...

Nadia movió negativamente la cabeza.

—No podría persuadirle, no... Quizá se trate de una crisis como otras por que hemos pasado...

—Yo estoy seguro de que, si su padre de usted acudiese en seguida a las minas, conjuraría la catástrofe o, al menos, la aminoraría. Su buen nombre, su crédito...

—No sé. Ya veremos. Por muy grave que sea la cosa, creo que no nos moriremos de hambre.

V

El viejo Bajarev recibió a Privalov con cierta frialdad. Le habló de la tutela de las fundiciones; le dió algunos consejos acerca de la dirección de las mismas; pero de su crítica situación no le dijo ni una palabra, como si nada hubiera ocurrido. Los ofrecimientos velados, indirectos, del rico heredero, fingió no entenderlos.

Pocos días después de la llegada de Chelejov parecía calmado por completo y hablaba de sus negocios con una sangre fría desconcertante.

—Tengo que encontrar dinero de aquí a la pri-

mavera—le dijo una noche, en su despacho, a Nadia.

—¿Por qué no te diriges a Privalov?—le preguntó, tímida, la joven—. Ya sabes el gusto que tendría en servirte.

El la miró fijamente y repuso:

—No, hija mía; soy demasiado viejo para ciertas cosas. De Privalov no aceptaría un céntimo. No quiero que se diga que yo he sido uno de los que se han comido su herencia.

Se quedó unos instantes silencioso y meditando, y añadió:

—¡Los tiempos han cambiado, hija mía! Yo tenía antes muchos amigos a quienes dirigirme en las circunstancias difíciles; pero unos se han arruinado, otros se han muerto... Antes me bastaba abrir la boca para que me dieran todo el dinero que necesitaba, y ahora no sé a quién recurrir... Acaso Lajovsky...

—Yo que tú, no recurriría a él.

—El es el único, nena, de quien puedo esperar ayuda. Me debe toda su fortuna. Llegó aquí sin un copeck, y gracias a mí logró desenvolverse.

—Pero ¿y si, a pesar de eso, te niega su ayuda?

—No, no puede negármela. Sería demasiado monstruoso...

Nadia solía ahora pasar largos ratos en el despacho de su padre. Su madre se pasaba casi todo el día en el oratorio o charlando con las consabidas viejas devotas. La indiferencia que la austera dama

manifestaba en lo tocante a los disgustos y quebraderos de cabeza del anciano la enojaba en extremo. Y la atmósfera de devoción que se respiraba en las habitaciones maternas le repugnaba.

Penetrábala toda su amor, que, como un sol, se elevaba sobre su vida y la alumbraba con una luz nueva. Esta luz acrecía a sus ojos la imagen del hombre amado y empequeñecía las de muchos hombres y mujeres, haciendo más visibles la pobreza de su mentalidad y la mezquindad de sus sentimientos. La mentira y la hipocresía circundantes acentuaban la gallardía de los rasgos morales de Loskutov, encarnación para la joven de todo lo grande y lo noble.

La casa paterna, severa, austera, fría, sobre todo la parte habitada por María Stepanovna, se le caía encima a la novia del ingeniero, que, a pesar de lo mucho que quería a su padre, se sentía en ella una extraña. ¡Qué bien había hecho Kostia en marcharse de aquella casa! ¡Qué felices eran los hombres! Podían disponer de sí mismos, irse adonde quisieran, mientras que a las mujeres les impedía su absoluta falta de independencia abandonar, si eran solteras, la casa de sus padres, y si eran casadas, la de su marido.

Desde la llegada de Chelejov con su triste noticia, María Stepanovna no había atravesado ni una vez el umbral de la puerta del despacho de Bajarev, y apenas salía de sus habitaciones, donde unos ratos rezaba, otros se entregaba a piadosas lecturas y otros — los no cortos que le dedicaban sus

buenas amigas las beatas — conversaba o jugaba a las cartas. Esta actitud, como hemos dicho, enojaba en extremo a Nadia. La joven adivinaba las razones—llamémoslas así—a que obedecía: su madre creía merecida la dura prueba por que el cielo hacía pasar a su padre, en castigo de haber olvidado las buenas costumbres y las rancias tradiciones, haber introducido en la casa novedades condenables, haber educado a su hija como a un muchacho, y no ir a misa casi nunca.

Aunque no había hablado con ella una palabra del asunto, Nadia veía en su conducta una especie de *boycott* doméstico que ensanchaba el abismo entre las dos mitades de la casa. Salvo Nadia y Luka, nadie entraba en el despacho de Vasily Nazarich. Hasta Verochka y la vieja criada Dosifea—una y otra bajo la influencia de María Stepanovna—le consideraban, por más que no osaban decirlo, un gran pecador y le miraban con recelo.

Nadia hubiera abandonado de buena gana aquel hogar triste y sombrío; pero ¿adónde iba a ir? ¿A qué podía dedicarse? ¿De qué armas disponía para la lucha por la vida? El más humilde campesino estaba hartamente más adaptado que ella a la vida real, a pesar de que ella poseía todos los medios necesarios para aprender y llegar a ser una mujer socialmente útil...

VI

La señora Zaplatin, que fundaba tantas esperanzas en que Privalov, el millonario Privalov, viviera en su casa, empezaba a llamarse a engaño. Privalov no le hacía caso, y se pasaba semanas enteras sin que le dirigiese la palabra. Ella esperaba que un hombre como él, poseedor de millones, viviera rodeado de amistades selectas, pertenecientes a la flor y nata de la aristocracia local; pero no había tal: vivía aislado, como un topo en su agujero.

Ultimamente había hecho amistad con un comerciantillo de harinas, llamado Naguibin, un hombre insignificante y ordinario. Lo recibía en sus habitaciones, hacía que le sirviesen te y se encerraba con él horas enteras. La señora Zaplatin estaba escandalizada e indignada.

—¡Vaya un millonario!—le decía a la señora Verevkin—. Yo le creía un muchacho distinguido, y ¡ya ve usted qué amigos tiene! Un harinero de mala muerte, que tal vez ni sepa escribir...

Un día Privalov se marchó y estuvo fuera dos semanas. La ex institutriz se devanaba los sesos tratando de conjeturar adónde había ido y cuál había sido el objeto del viaje. ¡Allí había gato encerrado, y había que ver, a toda costa, qué gato era aquel! Las visitas de Naguibin se hicieron más frecuentes, y una tarde—siete u ocho días después del regreso de Privalov—, harinero y millonario su-

bieron, bajo los balcones de la curiosa dama, a un coche de viaje y se alejaron.

Tras largas y laboriosas indagaciones, la señora Zaplatin averiguó que Privalov había proyectado construir un gran molino de vapor y, aconsejado por Naguibin, había decidido realizar su proyecto en la aldea de Garchiki, a cien kilómetros de Uzel. La empresa absorbía por entero la actividad de Privalov. Bajo su dirección y la de Naguibin—en quien tenía plena confianza—, avanzaban rápidamente los trabajos preparatorios. Diríase que quería compensar con aquella laboriosidad febril su ocio de largos meses.

Sus estancias en Uzel, donde no tenía nada que hacer, eran muy breves.

Su indiferencia en lo tocante a la cuestión de las fundiciones contrariaba mucho a Nicolás Verevkin.

—El dichoso molino—decíale el abogado—le ha hecho a usted olvidar completamente las fundiciones. No creo que haya usted renunciado a librarlas de la tutela de Lajovsky y Polovodov...

—Estoy a la disposición de usted, amigo mío...

—Aquí no se puede hacer nada. Mándeme usted a Petersburgo, y verá qué pronto lo arreglo todo.

—Se engaña usted: donde no se puede hacer nada es en Petersburgo. Lo sé por una larga y triste experiencia.

Verevkin estaba furioso, con tanto más motivo cuanto que, desde hacía tiempo, anhelaba hundirse una vez más en el torbellino de la vida petersburguesa.

VII

Cuando todo estuvo dispuesto para la construcción del molino, Privalov emprendió, al cabo, su tanto tiempo demorado viaje a Chatrov.

Una hermosa tarde de noviembre, el coche que le conducía trepó a la cima de una colina, desde donde, en el centro de un anfiteatro de montañas, se veía un ancho lago, en el que verdeaba, a lo lejos, un grupo de islotes cubiertos de arboleda. Entre el lago y la falda de la colina alzábanse, en torno de una iglesita blanca, cuya cruz dorada rutilaba a la luz del sol declinante, centenares de diminutas casas de madera. En la orilla opuesta, la casa señorial, muy antigua, con tejado de zinc ennegrecido por el tiempo y estrechas ventanas, semejaba una fortaleza.

Más allá, tres enormes hornos—que parecían, vistos a distancia, tres cajas de hierro gigantescas—elevaban al cielo espesas humaredas y rojizas lenguas de fuego. Se erguían detrás numerosas chimeneas de hierro.

Aun más hacia el fondo de montañas se extendía un verdadero arrabal de talleres, almacenes, barracas sin ventanas ni chimeneas. El río Chatrovka, después de poner en movimiento un sinnúmero de ruedas, seguía, caudaloso y amplio, su curso a través de la campiña, por entre dos filas de casas de obreros y empleados.

El coche se detuvo ante la escalinata de la casa

señorial, cuyo aspecto de cerca era aún más severo y adusto.

Los *setters* negros salieron al encuentro de Privalov agitando amistosamente la cola, y empezaron a olfatearle sin la menor intención hostil. Momentos después apareció en la puerta una joven con delantal blanco almidonado.

—¿Está Constantino Vasilich?—lo preguntó el viajero.

—No; está en las fundiciones. ¿A quién le anuncio?

—A Privalov.

La joven retrocedió, miró al viajero como a un alma del otro mundo y, girando súbitamente sobre sus talones, echó a correr al interior de la casa.

Por fortuna, en aquel momento Privalov vió doblar una esquina del viejo edificio, y dirigirse a la escalinata, a un hombre de mediana estatura, robusto, con una pelliza muy corta de piel de carnero, en quien reconoció a su amigo Constantino Bajarev.

—¡Kostia!—gritó, saliendo a su encuentro.

—¡Ah!, ¿eres tú?—dijo Bajarev en un tono tan poco efusivo como si se hubieran separado el día antes—. ¡Por fin vienes!... Ya no te esperaba...

Se estrecharon la mano y, tras una corta vacilación, se abrazaron.

Privalov miró, complacido, la figura recia, maciza, de su amigo de la niñez; su sencillo indumento de hombre trabajador; su rostro barbirrubio, marcadamente ruso.

Momentos después, los dos amigos entraban en el despacho, un amplio aposento donde todo respiraba orden y laboriosidad. Había en el centro una gran mesa de trabajo; junto a la ventana, un banco de zapatero; en un rincón, una máquina de tornear; alineados a lo largo de las paredes, grandes armarios con libros y muestras de minerales; en un extremo de la estancia, un ancho sofá forrado de cuero, que le servía de lecho a Bajarev; sobre la mesa, numerosos rimeros de facturas, libros de contabilidad, planos de construcción, piedras, trozos de cobre y de otros metales...

Los dos amigos se sentaron y se pusieron a charlar.

—¿Sabes—dijo Privalov—que los negocios de tu padre no marchan muy bien?

—No es la primera vez que se le tuercen un poco.

—Parece que la cosa ahora es grave... ¿Sabes que Danila Chelejov ha venido de las minas?

—¡Caramba!... Algo serio debe de ocurrir por allí cuando él ha hecho ese viaje. Sin embargo, no creo que mi familia, por muy mal que vayan los negocios, se quede en la miseria. Desde luego, yo no le ofreceré mi ayuda a mi padre. Ya le conoces. Con él no hay reconciliación posible.

La criada colocó sobre la mesa un samovar hirviente, mirando de reojo al recién llegado.

—Ya sé por Nadia—añadió Bajarev—que estás construyendo un molino de vapor. A lo que veo, las fundiciones te interesan muy poco.

—El librarlas de la tutela que pesa sobre ellas

será empresa de bastante tiempo. Y mientras no se arregla ese asunto, quiero trabajar. Estoy harto de no hacer nada, de no ser nada. Todo hombre debe ser, trabajando, produciendo, un tornillo, una rueda, una pieza, en fin, de la máquina del progreso.

— Pero tú no renuncias a ver libres de la tutela las fundiciones, ¿eh?

— No, no renuncio. Tengo que pagarles una deuda histórica a los *bachkirs* y a los obreros.

— También lo sé por Nadia.

— Pero mientras no entro en posesión de las fundiciones, no quiero, como te digo, estar ocioso.

Bajarev movió escépticamente la cabeza. No comprendía, no podía comprender las ideas de su amigo. El era un fanático de la industria metalúrgica, como su padre lo era de la minería. Fuera de las fundiciones que dirigía, nada le interesaba. Era un hombre práctico: le parecían ridículas las deudas históricas y otras «tonterías» por el estilo.

VIII

Cuando hubieron tomado el te, Bajarev invitó a su amigo a visitar las fundiciones.

Nada de lo que vió en ellas le interesó poco ni mucho al rico heredero, que seguía a su «cicerone» a través de los enormes talleres por pura cortesía. No concebía que se pudiera hallar nada de interesante en aquellas salas llenas de hombres sudorosos

y tiznados, entregados a un rudo trabajo en medio del ruido monótono y ensordecedor del agua corriente y de un sin fin de ruedas y de cilindros gigantes. Veíanse por todas partes hornos encendidos, cuyo rojizo resplandor ponía en las paredes, en el techo, en la faz de los trabajadores, lúgubres reflejos.

Bajarev, a quien aquella ciclópea actividad, de la que él era como el alma, animaba en extremo, le explicaba a su amigo, con todo lujo de detalles, el funcionamiento de los mecanismos que le iba mostrando, sin advertir que sus explicaciones eran sermón perdido. Privalov, ni las entendía, ni tenía, a decir verdad, un gran empeño en entenderlas. Creyendo proporcionarle un ameno espectáculo, el joven director de las fundiciones mandó forjar ante él unos rieles. Transformadas, a su vista, en largas y delgadas piezas, al pasar bajo un complicado sistema de cilindros, unas barras informes de acero, Privalov siguió a Bajarev al taller inmediato.

—Voy a enseñarte ahora la rueda monstruo.

Privalov contempló largo rato aquella rueda enorme, desmesurada, que, movida por el agua y girando con un ruido de terremoto, movía a su vez un sinnúmero de ruedas y tornos. Como se aventurase a tocar con la punta de los dedos el soporte del eje, el contacto de una substancia untuosa y tibia le hizo retirar bruscamente la mano. Bajarev se echó a reír; los obreros que le rodeaban cambiaron sonrisas de indulgencia.

Los dos amigos subieron después a los altos hornos Siemens-Martin, donde, entre las innúmeras chispas de un verdadero mar de fuego, los obreros parecían gnomos en las fraguas del dios Vulcano.

Privalov se sentía completamente extraño en aquel reino del fuego y del hierro. Las miradas de los obreros le turbaban, y no se atrevía a hacer preguntas, temeroso de ponerse en ridículo.

El rumor de la llegada del amo de las fundiciones cundía de taller en taller y producía gran sensación. Los obreros se agolpaban al paso de aquel hombre desconocido, casi mítico, poseedor de todas aquellas riquezas. Y su curiosidad hacía bajar los ojos al millonario, avergonzado ante aquellos humildes proletarios que trabajaban para él y de los que él no se había cuidado nunca.

Cuando se encontró, al fin, bajo el cielo abierto, fuera de aquel infierno, exhaló un suspiro de alivio.

—Vamos a comer—le dijo Bajarev—. Tendrás hambre. ¡Has trabajado tanto!

Durante la comida, muy frugal, el director de las fundiciones le expuso a su huésped sus proyectos de reformas. Estas reformas, encaminadas a intensificar la producción y a abaratar los productos, consistían en unir todos los talleres por medio de una vía férrea, usar como combustible carbón en vez de leña, utilizar el calor difuso de los hornos, etcétera, etc. Bajarev hablaba de todo esto con gran copia de detalles técnicos.

Privalov se esforzaba en penetrarse de la grandeza de sus planes; pero apenas le entendía, y el

único resultado de su conferencia, para él, fué un dolor de cabeza atroz.

IX

Bajarev puso a la disposición de su huésped una espaciosa habitación con dos ventanas al jardín. Entre las dos ventanas había una mesita-escritorio, frente a una modesta cama de hierro, y adosado a una de las paredes laterales, un armario-librería. Sobre la mesa había dos vasos con flores y un bastidor de bordar.

—Ese bastidor—explicó Bajarev—es de Nadia. Esta es la habitación que ella ocupa cuando pasa unos días aquí. Si no te gusta, puedo ofrecerte otra.

—¡No, no; estaré aquí divinamente!—contestó Privalov.

Se despidieron, y Privalov se quedó solo.

Eran más de las doce. Se desnudó y se acostó, pero en vano trató de conciliar el sueño: dolorosos pensamientos desgarraban su corazón y le desesperaban. En aquella habitación trabajaba, dormía... y soñaba Nadia; allí leería y releería las cartas de otro, susurraría su nombre, le tendería mentalmente los brazos, una dulce sonrisa en los rojos y frescos labios... El rico heredero intentaba, sin conseguirlo, ahuyentar aquellos pensamientos. Otro había sido más afortunado que él, y él ya no conocería nunca la felicidad de un amor verdadero.

Amanecía ya cuando logró dormirse, con un

sueño pesado, en el que vió a sus mayores en torno de la cama, mirando asombrados y hostiles al último representante de su raza, tan poco parecido a ellos.

Oprimido el corazón, sudorosa y fría la frente, se despertó. El sol matutino inundaba la estancia.

—¡Largo, largo!—murmuró el millonario, dirigiéndose a los espectros de sus mayores—. No quiero nada de vosotros... No quiero vuestros millones; son una carga para mí.

Volvió a dormirse, y no se levantó hasta el mediodía. Con no poca sorpresa encontró a Bajarev en compañía de Loskutov.

—¡Permítanme que les presente!—dijo Bajarev.

—Nos conocemos ya—contestó Privalov, tendiéndole la mano a su afortunado rival.

—Sí—confirmó el ingeniero—; nos conocemos de casa de Lajovsky.

Su serenidad contrastaba con la visible turbación de Privalov.

—Bajarev me ha hablado—añadió, sonriéndole a éste amistosamente—de sus proyectos de usted respecto a las fundiciones. Me parecen laudabilísimos, y le felicito a usted. No concibo que un hombre como Bajarev los desaprobe.

—Son utopías, fantasías irrealizables, que denotan un absoluto desconocimiento de la vida real—profirió Bajarev.

—Al contrario; los que desconocen la vida real en toda su grandeza son ustedes, los hombres de negocios, a quienes, fuera de sus despachos y de

sus talleres, nada les interesa. Su horizonte de ustedes es demasiado limitado. No pueden ustedes elevarse nunca por encima de los intereses mezquinos que se interponen entre su mirada y las amplias perspectivas humanas.

Privalov escuchaba encantado al ingeniero. Era el primer hombre que aprobaba sus proyectos y encontraba naturales sus inquietudes y sus angustias.

Bajarev, un poco nervioso, defendió elocuentemente la industria. El millonario, alentado por el apoyo moral de Loskutov, opuso a sus argumentos las siguientes consideraciones:

—No soy enemigo de la industria. Sería absurdo. La industria es un poderoso factor del progreso. Pero entre nosotros se desenvuelve de un modo anómalo, en extremo perjudicial para las fuerzas vivas del país. La industria minera, por ejemplo, tal y como se practica aquí en los Urales, ¿te parece defendible?... Los privilegios, los subsidios y los monopolios son su única base. Reina en ella la más vergonzosa explotación: los obreros son verdaderos esclavos; viven en la miseria, y los capitalistas medran a costa de sus padecimientos. Se explotan las riquezas nacionales de un modo mezquino y rutinario, sin tratar de aumentar la productividad. En suma, la industria minera en los Urales le cuesta al pueblo diez veces lo que le produce. Su atraso es tan grande, que si el Estado suprimiese los subsidios con que la ayuda, o los derechos de importación sobre los minerales con que la de-

fiende, los capitalistas se verían en la precisión de liquidar sus negocios. Lo mismo les sucedería si se les obligase a pagar los impuestos y las contribuciones en igual proporción que los demás ciudadanos.

—El proteccionismo—replicó Bajarev—no es una cosa privativa de Rusia. Francia, Inglaterra, la misma América, han sido proteccionistas mientras la industria nacional no ha estado en condiciones de competir con la extranjera; lo cual ha contribuído mucho al adelanto industrial de esos países.

—En esos países, el proteccionismo habrá sido muy útil, pero aquí no lo es. Nuestro proteccionismo a ultranza, verdaderamente escandaloso, sólo ha servido para mantener la rutina, los métodos anticuados, para crear una clase parásita, mendiga, que sólo sabe pedir subsidios...

—Olvidas, querido, que tú perteneces a esa clase.

—No, no lo olvido. Lo que hago es lamentarlo. ¡Somos unos parásitos!

El rico heredero tronó contra los propietarios de fundiciones y de minas, que, salvo raras excepciones, gozaban de la vida en la corte o en el extranjero, tolerando y aun aplaudiendo que sus administradores explotasen al infeliz trabajador.

—El almuerzo está servido—dijo la criada, apareciendo en el umbral de la puerta.

La discusión continuó en el comedor.

X

Privalov y Bajarev dedicaron unos cuantos días al estudio de la contabilidad de las fundiciones. Privalov puso en dicho estudio un gran celo. Se consideraba en el deber de informarse minuciosamente de todo, y se fijaba en los menores detalles.

Con honda indignación supo que la población campesina local—40.000 almas—vivía sometida a una terrible esclavitud; privada de la tierra, tenía que trabajar exclusivamente para las fundiciones, si no quería morir de hambre.

—¡Es un crimen lo que se hace con estos desgraciados!—gritó—. ¡Hay que reparar a toda costa esta injusticia!

Bajarev le dirigió una mirada burlona.

—No olvides que las fundiciones están bajo tutela. ¡Habría que oír a Polovodov y a Lajovsky si manifestases el deseo de reparar esa injusticia; es decir, de devolverles la tierra a los campesinos o indemnizarles!

Privalov hizo un gesto de desesperación. ¡Malditos tutores!

Como para poner más de relieve lo injusto del proceder de los Privalov en lo relativo al territorio ocupado por las fundiciones, una delegación de los *bachkirs* vecinos solicitó una entrevista con el millonario. Aquellos semisalvajes, hijos de la estepa, sabedores de su llegada, aprovechaban la ocasión para defender los derechos de la tribu.

Hacia más de cien años, la Administración de las

fundiciones, valida de la protección de las autoridades locales y violando todas las leyes, se había apropiado buena parte de las tierras de los *bachkirs*, que en vano protestaron, enviaron delegaciones a la capital y se gastaron un dineral pleiteando. Una generación de *bachkirs* pasó a mejor vida; la siguiente, después de haber inútilmente demandado justicia, pasó a mejor vida también, encomendando a sus sucesores la defensa de sus derechos; la tercera generación de *bachkirs* expoliados seguía enviando diputaciones, llamando a todas las puertas y viendo estrellarse todas sus gestiones contra la mala fe y la corrupción.

Los pobres hijos de la estepa, reanimadas sus esperanzas por la llegada de Privalov, se apresuraron a ir a hablarle.

Aquellos hombres miserables, harapientos como mendigos, le causaron una dolorosa impresión. Encargado uno de ellos de exponer las quejas de la tribu, los demás permanecieron silenciosos, inertes. En su actitud y en su mirada se adivinaba un fatalismo asiático, una paciencia y una resignación sin límites, una mentalidad formada en el silencio de la estepa durante siglos de miseria.

Quedáronse allí algunos días. A ruegos de Privalov, Bajarev mandó que se les diese de comer y de beber en abundancia. De cuando en cuando, el millonario bajaba a conversar con ellos, y trataba de poner en claro las misteriosas artes de que se habían valido sus mayores para adueñarse de las tierras.

A pesar de todos sus esfuerzos, a pesar de todas sus indagaciones en los archivos de la Empresa, ni Privalov ni Bajarev pudieron averiguar nada concreto.

Desesperado, Privalov decidió regresar a Uzel, a fin de continuar allí sus pesquisas. Cuando les participó esta decisión a los *bachkirs*, prometiéndoles hacer todo lo posible para reparar la injusticia de que eran víctimas, los infelices le saludaron humildemente y suspiraron. El viejo Kochilda, portavoz de la delegación, un hombre calvo, de ojos rojos e hinchados y bigote sin guías, se adelantó y dijo:

—No tener tierra..., no tener caballos..., no tener pan... Los niños morirse de hambre..., las mujeres morirse de hambre..., todos morirse de hambre... Alá verlo todo... Alá te lo pagará, señor.

Privalov sintió una gran vergüenza al pensar que las esperanzas despertadas por su promesa en el alma de aquellos desgraciados eran engañosas: él no podría reparar aquella injusticia; los tutores no consentirían nunca que se les devolviesen las tierras a sus antiguos poseedores.

Aquella noche tuvo un sueño angustioso: miles de *bachkirs* invadían el patio, el jardín, la casa; se agolpaban alrededor de su lecho y le tendían, implorantes, las manos. Había entre ellos muchos niños, desnudos, esqueléticos. Todos guardaban profundo silencio. Sólo el viejo Kochilda murmuraba, inclinado sobre la cabecera:

—No tener tierra..., no tener caballos..., no tener pan...

XI

Cuando Privalov regresó a Uzel, la señora Zaplatin se apresuró a hacerle saber que Lajovsky y su hija preparaban un baile monstruo.

—¡Será una cosa extraordinaria!—decía llena de entusiasmo, como si del éxito de tal baile dependiesen su porvenir y la felicidad de toda la población.

El baile se daba en celebración del cumpleaños de la señorita Zosia, y Lajovsky, a pesar de su avaricia, había dispuesto que no se reparase en gastos.

El gerente, Alfonso Bogdanovich, que dirigía los preparativos, iba y venía sin cesar por la casa, por el patio, por el jardín, distribuyendo órdenes, gruñendo, gritando. Parecía un general en jefe horas antes de una batalla decisiva. Un verdadero artista se había revelado en él. Inventaba mil cosas bonitas, y no paraba de exponerle a Zosia proyectos, en demanda de su opinión. Aparecía a cada momento en la puerta de su cuarto, la saludaba con una galantería exagerada, casi cómica, y le decía:

—Si la señorita me niega sus consejos, me pierdo. ¡La señorita tiene tan buen gusto! ¡Y tanta fantasía!... ¡Yo tengo que pasarme una semana devanándome los sesos para inventar algo, y a la señorita se le ocurren ideas geniales a porrillo!

Le llevaba muestras de lienzo para tapizar las paredes, le consultaba acerca de la vajilla, de las flores, del programa musical.

—Usted abrirá el baile, señorita, bailando una polonesa de Oguinsky. Y su traje de terciopelo amarillo dejará patidifuso a todo el mundo.

—Sí; pero ¿con quién bailaré la polonesa? Ya sabe usted que los caballeros uzelenses la bailan como osos recién salidos de su guarida después de una larga invernada.

—Lo he tenido en cuenta, señorita. Y le he enviado hace tiempo una invitación a un polaco que vive en la Siberia... Es un bailarín maravilloso, conocido en toda Polonia.

Lo que desesperaba al gerente era la mal disimulada indiferencia con que Zosia acogía la exposición de sus proyectos. Diríase que el baile no la interesaba gran cosa. Desde hacía algún tiempo estaba triste y mustia. El doctor, que lo advertía más que nadie, le aconsejaba que pasara todos los días unas cuantas horas en el jardín.

—Así lo haré, doctor—contestaba ella dócilmente—. ¿Ve usted muy a menudo a Nadia Bajarev?

—Sí, muy a menudo. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Por nada... Es una buena muchacha.

Al doctor no se le ocultaba el motivo del súbito interés de Zosia por Nadia: Zosia amaba a Loskutov, y sospechaba que Nadia y el ingeniero estaban en relaciones íntimas. Aquellos amores no eran ya un secreto para nadie en Uzel.

—Está loca perdida la tal Nadia—decía la señora Zaplatin—. ¡Mire usted que enamorarse de ese advenedizo de Loskutov, cuyo origen y cuyo pasado son un misterio para todo el mundo! Tal vez sea un ex presidiario.

Suspiraba, alzaba los ojos al cielo y añadía:

—¡Pobre Vasily Nazarich! ¡El, que pensaba casar a su hija con Privalov!

Zosia, últimamente—ganosa, sin duda, de ser una joven no menos seria que su rival—, había dado en la flor de imitarla. Compraba muchos libros y decoraba las paredes de su habitación con retratos de hombres ilustres; escuchaba atentísima cuando se hablaba en su presencia de problemas sociales y políticos; iba renunciando a sus frívolas elegancias de señorita *comme il faut*. De sus detalles de buen tono, el único a que no podía renunciar era a su hipomanía: seguía consagrándole buena parte del día a su caballo favorito, y conservaba en su habitación, junto a los retratos de Schiller y de Darwin, los de algunos *jockeys* y caballos famosos.

Polovodov, que cada día estaba más enamorado de ella, advertía aquel cambio y trataba de adaptarse a los nuevos gustos de su adorado tormento. Para serle grato, se dedicó a leer libros y revistas trascendentales, de los que hablaba por las noches en la tertulia. De vez en cuando, hasta se atrevía a iniciar discusiones con Loskutov; pero el ingeniero le hacía siempre morder el polvo apenas empezado el combate.

XII

Lajovsky no tomaba parte en la preparación del baile. Apenas salía de su despacho. Nicolás Verevkin le visitaba con frecuencia.

—¿Cómo le va, Ignaty Lvovich?—preguntaba, dejando caer su voluminosa humanidad en una butaca y encendiendo un cigarro.

—¡Mal, muy mal! Todo el mundo se pone de acuerdo para arruinarme. Este baile me costará un ojo de la cara...

—Vengo a hablarle de nuestro asunto...

Lajovsky hacía el gesto trágico de un hombre que ve su vida en peligro.

—Pero ¿qué quiere usted de mí?—gritaba—. Todos los documentos están en casa de Polovodov.

—Polovodov me ha asegurado que los tiene usted.

—¡Yo no tengo nada! ¡Déjeme usted en paz!

—Necesito los documentos —decía Verevkin, muy tranquilo—. Y no saldré de aquí mientras no me los entregue usted.

—¡Esto es intolerable!

El avaro, furioso, empezaba a ir y venir, a grandes zancadas, con las manos atrás, de un extremo a otro de la estancia.

Verevkin le daba apacibles chupadas a su cigarro, esperando el fin de la tormenta.

—¡Ah, ya me acuerdo!—exclamaba de pronto Lajovsky, deteniéndose ante él.

—¿De qué?

—¡De dónde están los documentos! Están en el registro de Ekaterimburgo.

—No es verdad. He escrito a esas oficinas, y me han contestado que los documentos relativos a las fundiciones de Chatrov están en Uzel. Aquí llevo la carta. Mírela usted.

Lajovsky leía la carta, la miraba y la remiraba, como para convencerse de que era auténtica, y respondía:

—¡Esta carta la ha escrito usted!

—¡Basta de bromas! Acabemos esta comedia. Usted es tutor de las fundiciones, y todos los documentos están en su poder. Si no me los entrega, me veré precisado a tomar ciertas medidas... Privalov me ha encargado de inspeccionar la contabilidad, y sin documentos mal puedo hacerlo.

Estas escenas venían repitiéndose desde hacía dos o tres meses, y Verevkin, a pesar de su sangre fría, empezaba a perder la paciencia. Lajovsky, últimamente, había inventado un medio, verdaderamente infantil, de librarse de sus acosos: cuando le oía llamar a la puerta, se escondía en el patio, en el jardín y hasta en la cuadra; pero el abogado había descubierto la estratagema y le buscaba por toda la casa, encontrándole al fin y sacándole de su escondite, como un maestro a un escolar culpable y medroso.

—Oiga usted—dijo un día el avaro—: creo que se podría arreglar todo amigablemente... con un poco de buena voluntad por ambas partes... Si Privalov viniera a verme...

—¡Pero si ha venido una porción de veces, y se ha valido usted con él de subterfugios, como conmigo! Además, ahora no está en Uzel; está en Garchiki... Hay que acabar de una vez, Ignaty Lvovich. Será lo mejor para todos.

Aquella noche, Lajovsky le habló así a Polovodov:

—¡No puedo más! ¡Ese demonio de Verevkin no me deja vivir! ¡Es un bandido!

—Un poco de paciencia, Ignaty Lvovich—repuso Polovodov, estirando bajo la mesa sus largas piernas—. Hay que ganar tiempo. Hay que esperar a que Oscar Filipich arregle el asunto. Entonces ya les diremos a Privalov y a su abogado...

—¿Y si Oscar Filipich nos hace traición? De semejante granuja todo es de temer...

—No, no le conviene. Sabe que a Privalov no le gusta comprar conciencias..., por fortuna para nosotros; pues, si le gustase, hace tiempo que nos hubiera apartado de la tutela.

—¿Qué le ha pasado con Bajarev? Parece que están un poco...

—¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Alfonso Bogdanovich.

—Pues está mejor informado que yo. A propósito: ¿se ha enterado usted de la ruina de Bajarev?

—Sí. ¡Pobrecillo! No sabe usted lo que lo he sentido.

—No lo habrá usted sentido hasta el punto de estar dispuesto a hacer algo por él.

Lajovsky miró a su compañero de tutoría, pintado el espanto en los ojos.

— ¡Por qué me dice usted eso? Todo el mundo recurre a mí, como si yo tuviera un cuño. La gente sólo piensa en sacarme el dinero.

Polovodov se echó a reír.

— Tranquilícese usted, Ignaty Lvovich. Ningún peligro le amenaza. Y si le amenazase, ya sabría usted defenderse.

XIII

Privalov se dirigió a pie, respirando a pleno pulmón el aire puro y frío, a casa de Lajovsky. Hacía mucho tiempo que no había visto a Nadia, y la esperanza de verla en el baile le ensanchaba el alma.

La noche era clara y serena. El cielo estaba como espolvoreado de polvo de diamantes. La nieve parecía profusamente salpicada de azuladas chispas.

Cuando el rico heredero llegó a casa de Lajovsky había ya mucha gente en el vestíbulo. Salvo dos ingenieros y un abogado, a quienes le habían presentado en casa de Polovodov, no conocía a nadie.

Damas ricamente vestidas, con largas colas, subían la escalera, distribuyendo seductoras sonrisas, mirándose al pasar en los altos espejos.

Los invitados se saludaban, se agrupaban, charlaban, reían.

— ¡Usted también, Sergio Alexandrovich? —le

gritó a Privalov el hijo menor de Bajarev—. Yo le creía demasiado serio para asistir a un baile.

—Pues se equivocaba usted, como ve—contestó el millonario.

Se zafó como pudo del joven libertino y se dirigió al salón. Detúvose en la puerta. Llenaba la espaciosa estancia una multitud agitada y alegre; se oía en ella ese ruido sordo de las muchedumbres, aristocráticas o plebeyas, semejante al zumbar de una colmena; decorábanla—cosa punto menos que mágica en los Urales y en invierno—palmeras y otras plantas exóticas. Deslumbrado por el brillante aspecto del salón, Privalov no vió acercarse a él a la señora Zaplatin, acompañada de la señora Verevkin y su hija Alla.

—No hace usted caso de las amigas—le dijo la mujer del topógrafo, tendiéndole la mano—. No es extraño: mirando a tanta mujer guapa, no se fija usted en nosotras. Pero nuestra querida Alla también se merece una miradita...

La muchacha se puso colorada como un tomate y saludó ceremoniosamente, al modo de una colegiala al entrar en el gabinete de la directora. Era la primera vez que asistía a un baile. Estaba, en verdad, encantadora, con su traje amarillo claro descotado, dos grandes rosas en la cabeza y otra en el pecho.

—¿Qué le parece a usted la niña?—prosiguió la señora Zaplatin—. ¡Verá usted cómo eclipsa a todas las demás beldades!

Por fortuna, una ola de gente apartó un poco a

la locuaz casamentera, a la señora Verevkin y a la muchacha, cuyo lugar ocuparon Polovodov y su mujer.

—¡Buenas noches, querido amigo!—gritó Polovodov—. ¡Por fin le encontramos a usted! Se diría que nos huye...

Antonida Ivanovna estaba hermosísima, y Privalov se lo dijo, sin darse cuenta, con los ojos. Ella se sonrió y pareció turbarse un poco.

—Querida: te dejo en la grata compañía de Sergio Alexandrovich—añadió Polovodov, dirigiéndose a su mujer—. Yo vuelvo en seguida. Sergio Alexandrovich te sacará a bailar.

—Sería para mí un gran honor, pero no sé bailar—repuso Privalov.

Polovodov se alejó, muy contento de haberle encontrado un caballero a su cara mitad.

—¿Es verdad que no sabe usted bailar?—preguntó, incrédula, la dama.

—Me avergüenza el confesarlo; pero estoy completamente *in albis* en ese arte.

Antonida Ivanovna se cogió del brazo del rico heredero y echó a andar, lenta y majestuosa, a lo largo del salón.

—Mire usted a Zosia con Loskutov—murmuró—. Está loca por él, pero él...

Sus ojos se clavaron, malignos, en los de Privalov.

—... pero él está enamorado de la señorita Nadia Bajarev. Usted, que es amigo de Nadia, debe saberlo mejor que yo... ¿Por qué no se le ve a usted?

Cuando va usted a casa, siempre es para hablar de negocios con mi marido, y ni se digna usted pasar a saludarme... ¡No, no se excuse! Quien se excusa, se acusa... Además, yo no tengo derecho a imponerle a usted mi compañía, una cosa, sin duda, muy aburrida para usted...

—¡Por Dios, señora!...

—Le ruego, Sergio Alexandrovich, que no prurumpa en galanterías triviales. Estoy de ellas hasta la coronilla. Los caballeros uzelenses me las dicen a cada paso. Y usted no es un uzelense vulgar... ¡Si supiera usted cómo me aburro en este poblachón!

La hermosa mujer bajó los ojos y suspiró.

—Sentémonos aquí un ratito—dijo, al llegar al extremo del salón, señalando a un confidente—. Desde aquí lo veremos todo muy bien.

Se sentaron. La orquesta, en una tribuna situada al otro extremo del salón y decorada con sumo gusto; tocaba una polonesa de Oguinsky. Infinidad de parejas de bailarines pasaban ante ellos. Los caballeros iban muy serios, muy graves, como entregados a una ocupación trascendental. Privalov no conocía a casi ninguno, y la señora Polovodov se los nombraba, y añadía a cada mención algunas noticias biográficas.

—Ese que baila con mi hermana es el ingeniero Beresov. Estaba empleado en una fábrica en Petersburgo, y cometió un desfalco... Ese señor gordo que baila con Verochka Bajarev es el abogado Kromsky. Acaba de separarse de su tercera mujer.

y anda a caza de una heredera... Ese caballero del monóculo es el director de la sucursal del Banco. Cada seis meses cambia de querida. Las encarga a Petersburgo... La pareja de Zosia es un famoso bailarín polaco, a quien ha hecho venir ex profeso de la Siberia Alfonso Bogdanovich.

El polaco era un hombre de elevada estatura, guapo, elegante, vestido de un modo irreprochable. Bailaba a las mil maravillas, con verdadero arte, y atraía todas las miradas.

Al comenzar la orquesta el vals, segundo número del programa, el ingeniero Beresov, el del desfalco, se acercó a Antonida Ivanovna y la invitó a bailar.

Ella miró a Privalov como pidiéndole permiso, se levantó y apoyó la mano en el hombro del ingeniero.

XI

Privalov continuó sentado en el confidente, harto desazonado al sentirse objeto de la curiosidad general. La mayoría de los invitados se habían enterado de que era Privalov, el heredero de las fundiciones de Chatrov, y no disimulaban el vivo interés que les inspiraba su persona. A no ser por su irresistible necesidad de ver a Nadia, se hubiera marchado.

Por fin la vió. Su bella cabeza, noblemente erigida sobre la adorable blancura de los hombros, le pareció la de una estatua antigua. Se paseaba del brazo del doctor. Adornaba sus cabellos rubios

una camelia blanca, y una crucecita de brillantes rutilaba en la nieve de su descote.

—¡Gracias a Dios que lo encuentro!

Privalov levantó la cabeza, y no pudo menos de sonreírse al ver al enorme Nicolás Verevkin de frac y guante blanco.

—Lo he buscado a usted por todas partes—añadió el abogado—. Suponía que estaría usted solo y aburrido. Diógenes, en un baile de sociedad no es de esperar que se divierta... A mí también me aturden el ruido y el brillo de esta feria de vanidades; pero sé de un retiro muy agradable.

Cogió del brazo a Privalov y se lo llevó al ambigú, decorado al modo de una hostería campesina. Agrupados alrededor de numerosas mesitas, entre arbolillos plantados en grandes macetas, charlaban, comían y bebían el presidente de la Audiencia, un viejo alto, patilludo y serio; dos magistrados del mismo tribunal, uno regordete y risueño y el otro flaquísimo y de mirar leonino; el fiscal, provisto de un desmesurado bigote de cosaco y siempre con gesto severo, como si estuviera pidiendo una pena de muerte; unos cuantos ingenieros de minas, tres o cuatro abogados, algunos ricos fabricantes y no pocos aventureros y buscadores de oro.

—Aquí tiene usted—murmuró Verevkin al oído del millonario—a los ministros de la Justicia alternando con una porción de caballeros, el más honrado de los cuales merece veinte años de presidio.

La entrada de Privalov en el ambigú produjo gran impresión. Los invitados de Lajovsky, entregados a la ingestión de sólidos y líquidos, empezaron a hablar en voz baja, dirigiéndole al millonario miradas de casi femenina curiosidad. La mayoría se hicieron presentar a él. Privalov les estrechaba la mano y les declaraba que tenía muchísimo gusto en conocerles. Un ingeniero que se hallaba en un estado de embriaguez rayano en el *delirium tremens* comenzó al punto a tutearle, como si fueran compañeros de colegio.

—Chico: ¿por qué eres tan hurón?—le dijo, mirándole con ojos húmedos y amorosos—. Debías correr algunas juerguecillas con nosotros. Todos somos unos sinvergüenzas, pero muy buena gente.

Y dirigiéndose a los circunstantes, gritó:

—Señores: ¡que hay que casar a Sergio Alexandrovich! Tenemos que buscarle una novia bonita. En cuanto se case, veréis cómo deja de cavilar, de soñar, de perder el tiempo, y se dedica al juego y a la bebida, las dos únicas ocupaciones dignas de un hombre que se respeta. ¡Hay que casarle, hay que casarle! ¡Hay que hacerle crear un hogar!

—¡Es verdad! ¡Habla usted como un libro!—profirió Danila Chelejov, el hombre de confianza de Bajarev.

Chelejov también estaba borracho: le brillaban los ojos y se tambaleaba.

—¡Sí, sí, lo casaremos! ¡En Uzel no le faltará dónde elegir! ¡Hay cada niña!...

La gente más empingrotada de la ciudad se

había reunido alrededor de Privalov. Enriquecida casi toda explotando, directa o indirectamente, las minas de oro, era, salvo raras excepciones, de una incultura semisalvaje. Privalov la miraba y la oía con no menos curiosidad que ella le oía y le miraba a él. La encontraba tan interesante como una colección de animales raros.

Alguien pidió champaña. Se pronunciaron brindis, en los que se le daba la bienvenida a Privalov, el cual se vió obligado a beber y a brindar también.

—¡Bravo, Sergio Alexandrovich!—le gritaba, entusiasmado, Chelejov—. ¡Y yo que te creía un santo, un eremita!

—¡Vámonos!—le dijo Privalov en voz baja a Nicolás Verevkin—. ¡Aquí no se puede respirar!

—Bueno; vamos al salón, a ver mujeres un ratito. En Uzel hay ejemplares magníficos. No ocurre como en Petersburgo, donde las mujeres son a modo de flores de invernáculo cultivadas por jardineros especialistas. Aquí son flores campesinas, naturales, sin artificios...

En una de las habitaciones próximas al ambigú se jugaba a las cartas, alrededor de numerosas mesitas verdes.

—Mire usted a *papachen*: allí, en aquella mesita de la izquierda. Está en su elemento. Las cartas son su pasión, su manía. A veces gana fuertes sumas; pero a los pocos días me pide unos cuantos rublos.

Cuando llegaron al salón, Verevkin sacó a Zosia a valsar, y Privalov se quedó solo. Sentado en el confidente, se sentía más aburrido a cada ins-

tante. Se disponía ya a marcharse, despidiéndose a la francesa, cuando vió venir hacia él a Nadia, del brazo de Loskutov.

—Estoy buscándole a usted hace un rato, Sergio Alexandrovich—le dijo la joven—. Se aburre usted, ¿eh?... Mi caballero también se aburre, y creo que está esperando una ocasión propicia para largarse.

Se sentó junto al millonario. Loskutov le tendió la mano.

—¿No decía yo? ¿Se va usted ya?

—Sí, con su permiso. Me duele la cabeza, y además mañana tendré que madrugar.

El ingeniero se marchó.

—Le sorprenderá a usted verme aquí, Sergio Alexandrovich.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de extraño?

—Habiéndole ocurrido a papá lo que le ha ocurrido, comprenderá usted que no estoy yo en disposición de divertirme. Pero papá se ha empeñado en que venga. Además, Verochka necesitaba una acompañante..., un aya.

La joven se sonrió; pero había en su sonrisa un matiz de desaliento y de melancolía. Privalov la miró, y una tristeza inmensa invadió su corazón. Era de otro, y a él ni siquiera le cabía el consuelo de decirle que hubiera dado la vida por poder llamarla suya.

XV

Cuando Loskutov, luego de despedirse de Nadia y Privalov, se dirigía a la escalera, Zosia Lajovsky le salió al paso.

—¿Se va usted ya?—le preguntó—. ¡Quédese usted un ratito conmigo!

Loskutov le ofreció el brazo.

—Parece que está usted muy cansada. ¡Ha bailado usted tanto!

—No es cansancio, no; no es cansancio. ¡Es tristeza!... Venga usted un rato a mi cuarto...

El ingeniero, aunque de mala gana, se dejó llevar por la joven, a través del salón de baile y de dos saloncitos, al virginal aposento.

Alumbrábalo un quinqué con pantalla azul, y los muebles adosados a las paredes estaban sumidos en la sombra. La joven se sentó en un diván de terciopelo verde. Loskutov no sabía qué hacer. Aquel *tête à tête* le azoraba sobremanera.

—¿Se siente usted mal?—preguntó, al oír respirar anhelosamente a la hija de Lajovsky.

—No..., no...

—¿Quiere usted que le traiga un vaso de agua?

Zosia miró al ingeniero con lánguida melancolía, y repuso:

—No, gracias. Siéntese usted..., aquí, a mi lado.

El ingeniero obedeció.

—Usted me cree—suspiró ella—una muchacha coqueta, frívola... ¡No lo niegue usted! No me considera usted capaz de nada serio...

—No comprendo por qué me dice usted todo eso...

—Acaso tenga usted razón... Sí, soy una muchacha vulgar... Los trapos, las joyas, las fiestas, han sido siempre mis únicas preocupaciones... Sin embargo, ¡si supiera usted lo cansada que estoy de esta vida; lo que me aburren y me enojan tanta trivialidad, tanta mentira, tanta hipocresía!...

—Pero ¿qué le impide a usted—se atrevió a objetar el ingeniero—vivir de otro modo? Su carácter de usted es bastante independiente...

—Aun cambiando de vida, seguiría siendo desgraciada. Si le contase a usted mis penas, creería usted que estaba loca... El doctor..., el único hombre que me quiere de veras..., y con el cual soy tan ingrata..., tampoco me comprendería.

La joven ocultó el rostro entre las manos. Parecía a punto de llorar.

—¡Señorita, por Dios! ¿Qué le pasa a usted? Yo no tengo derecho a sus confidencias; pero...

—Diga usted—interrumpió Zosia, clavando de pronto los ojos en los de su interlocutor—: ¿ha pensado usted alguna vez en mí?

—¡Desde luego!... Como en todas las personas a quienes conozco.

—Como en todas, ¿eh?... ¿Y qué ha pensado usted?

—Que podía usted ser mejor de lo que es...

—Gracias.

—... que es usted un poco... vanidosa...

—Tal vez. Detesto todo lo mezquino, todo lo

mediocre, y me gustaría elevarme sobre la mezquindad y la mediocridad que me rodean. Por eso, al conocerle a usted, tan superior al común de las gentes...

La joven se mordió los labios, como para no seguir hablando, y se soltó, en un movimiento de histérica nerviosidad, los rubios cabellos, que se esparcieron, espléndidos, sobre sus hombros. Su belleza, en aquel momento, hubiera fascinado a cualquiera que no hubiera sido Loskutov.

—Figúrese usted—añadió, tras un largo silencio, bajando los ojos—que una muchacha a quien usted considerase vanidosa, vulgar, incapaz de nada serio, le amase... Figúrese que le dijese: «Le amo a usted..., no puedo vivir sin usted... Déjeme estar a su lado, y trataré de hacerme mejor, de limpiarme de mis defectos.»

—Señorita..., es tan extraño todo eso...—contestó Loskutov—. Prefiero no continuar la conversación.

Y se levantó.

—¡No, no se vaya usted! Si quiere que se lo diga claramente, se lo diré: ¡esa muchacha soy yo! ¡Le amo a usted, le amo!

Zosia pronunció estas últimas palabras casi gritando. Luego ocultó de nuevo el rostro entre las manos y esperó, como quien espera el golpe de gracia.

—Señorita: cálmese usted—dijo con dulzura el ingeniero, tratando de apartarle las manos del rostro—. Estoy seguro de que esas palabras se las han dictado sus nervios excitados, no su corazón.

—Lo que le he dicho a usted es la verdad..., y espero su respuesta.

—Mis sentimientos, señorita, no están de acuerdo con los de usted...

La hija de Lajovsky gimió, y prorrumpió luego en carcajadas estridentes.

—¡Confiéselo usted!—gritó fuera de sí—. Ama usted a Nadia, ¿verdad?... ¡Sea usted franco, como lo he sido yo!

—Sí..., la amo...

—¡Ah, lo confiesa usted! No me equivocaba... ¡Váyase a buscarla! ¿Qué hace usted aquí?... ¡No, no; no se vaya, no me abandone!

Enloquecida, frenética, la joven rodeó con sus brazos desnudos el cuello del ingeniero y empezó a besarle apasionadamente.

XVI

Estaba la fiesta en su apogeo, cuando comenzó a circular por el salón el rumor de que a Zosia le había sucedido algo. Nadie sabía a ciencia cierta de qué se trataba. Las mujeres cuchicheaban y daban rienda suelta a su fantasía. Cesaron la música y el baile. El doctor, muy pálido, corrió a las habitaciones interiores.

—¿Qué ha pasado?—les preguntaba Privalov a cuantas personas conocía.

Pero nadie podía satisfacer su curiosidad.

En el saloncito inmediato al salón de baile, casi

fué atropellado por Lajovsky, que salía, consternadísimo, balbuciendo:

—¡Un vaso de agua, un vaso de agua! ¡Está moribunda!

—¿Quién está moribunda?

Lajovsky desapareció, sin contestar.

Los invitados empezaron a retirarse. Privalov se sumó a la desbandada general. En la escalera se encontró con la señora Polovodov.

—¿Sabe usted qué ha pasado, Antonida Ivanovna?—inquirió.

—Nada grave: le ha dado un patatús a Zosia.

El millonario le ofreció el brazo a la hermosa dama, y en el vestíbulo la ayudó a ponerse el abrigo.

—¿Y su marido de usted?

—Se ha quedado arriba. La salud de Zosia le interesa tanto... ¿Quiere usted acompañarme hasta el coche?

Cuando el coche de Polovodov se acercó, Privalov abrió la portezuela y, ya en el interior del carruaje Antonida Ivanovna, le tendió la mano en son de despedida; pero ella, en vez de contestar a su saludo, le brindó con los ojos un sitio a su lado.

Privalov, sin darse cuenta de lo que hacía, subió y ocupó el sitio que se le brindaba.

El coche comenzó a rodar, abriendo profundos surcos en la nieve. En el mismo instante, los brazos de la dama rodearon el cuello de Privalov, que al sentir su presión dulcísima, al aspirar el cálido aliento de aquella boca perfumada, al ver a dos de-

dos de las suyas aquellas pupilas ardientes, perdió la cabeza. Una embriaguez deliciosa se apoderó de todo su ser. Y en un acceso de locura sensual, arrebatado por un torbellino de pasión, cubrió de besos la cabeza, los hombros y el pecho de Antonida Ivanovna.

—Cuando lleguemos a casa—susurró ella—, vete, y vuelve media hora después. Yo te abriré la puerta... Mi marido no volverá hasta por la mañana: todos los hombres se han citado, para después del baile, en el *club*. ¿Tú has quedado también en ir?

—Sí... Han insistido tanto...

—No importa. Cuando mi marido te pregunte por qué no has ido, le dices que tenías una cita con una casada; es tan tonto, que no sospechará la verdad.

CUARTA PARTE

I

La tristeza reinaba en la vieja casa de Bajarev.

El *kirguiz* Chelejov se emborrachaba casi todos los días en compañía de Víctor.

El orgullo del anciano minero había sufrido un rudo golpe: por primera vez la sucursal del Banco se había negado a descontar sus letras.

Los acreedores, alarmados por los rumores que circulaban, se apresuraban a presentar al pago todos sus créditos contra la casa. El viejo veía con horror acercarse la primavera: en la primavera se desplegaba en las minas de oro una actividad febril; pero se necesitaba mucho dinero para emprender los trabajos, y si él no lo encontraba, la salvación era imposible.

A fines de enero su salud mejoró notablemente y el doctor le aseguró que dentro de poco estaría en disposición de ponerse en camino para las minas.

Tras largas vacilaciones, decidió dirigirse, en demanda de ayuda financiera, a Lajovsky.

Nadia trató de disuadirle, pero no lo logró.

—No; acudiré a él—decía el viejo—. Me debe todo lo que es, y no es posible que se niegue.

Y una hermosa mañana de invierno se encaminó a casa del avaro. El aire puro y frío y el ruido del trineo al deslizarse sobre la nieve diríase que le rejuvenecían. Se sentía animoso y fuerte. Los caballos, el cuello graciosamente arqueado, galopaban, levantando una fina y blanca polvareda.

Lajovsky recibió al viejo Bajarev con exclamaciones de alegría.

—¡Qué grata sorpresa!... ¡Una verdadera fiesta para mí! Siéntese, siéntese... aquí estará mejor...

—Me han dicho que Zosia está delicada... Mi hija Nadia la quiere mucho, y me habla a menudo de ella.

—¡Nadia es un ángel! Es usted un padre dichoso. Zosia está mejor, mucho mejor. El que no está nada bien soy yo... Tal vez no tarde mucho en dejarla huérfana.

—¡Vamos, no sea usted aprensivo! ¡Nos ha de enterrar usted a todos!

—No, Vasily Nazarich, no. Yo haré ya pocas, muy pocas, Navidades...

El avaro suspiró y añadió, lánguido y triste el gesto, la voz desfallecida:

—¡No somos nada! Trabajamos, nos afanamos... y la muerte, tarde o temprano, se nos lleva, con todas nuestras obras, sueños y proyectos, como el viento un grano de polvo... Almorzará usted conmigo, ¿eh?... ¡No, no admito excusas! Si le parece, nos traerán el almuerzo aquí... Estaremos más a nuestras anchas...

Bajarev, conmovido por tanta amabilidad, aceptó.

Cuando estaban almorzando, el propio Lajovsky aludió al reciente revés financiero de su invitado.

—Sobre todo, Vasily Nazarich, no se desespere usted: todo se arreglará. Lo principal es la salud. Los negocios son como el tiempo, que cambia de un día a otro.

—La salud es muy importante, es verdad. Si mis achaques no me hubieran impedido el verano pasado ir a las minas, no me vería ahora en la precisión de molestarle a usted.

En el rostro de Lajovsky se pintó el espanto.

—Usted podía salvarme—añadió Bajarev.

El espanto pintado en el rostro de Lajovsky se convirtió en terror.

—¿Cómo? De numerario, le juro a usted que no dispongo.

—No se trata de numerario. Lo que necesito es su garantía de usted.

—Supongamos que le abro a usted crédito, que mediante mi firma le dan a usted dinero, ¿y después?

—No comprendo...

—Después, si usted pierde el dinero, porque en negocios de minas todo es de temer, tendré que pagar yo, ¿verdad?

Bajarev bajó la cabeza y no contestó.

—No puedo complacerle, querido Vasily Nazarich—continuó Lajovsky, con voz sorda, como un actor trágico de provincias—. Todo mi capital está

comprometido en distintas empresas... Lo siento en el alma; pero no me es posible...

Bajarev bajó aún más la cabeza y sintió que la sangre le arrebolaba las mejillas.

— Ignaty Lvovich—murmuró lentamente —: nada más lejos de mi ánimo que reprocharle a usted; pero... creo que no habrá usted olvidado...

—¿Yo olvidar, Vasily Nazarich?... ¿Por quién me toma usted? No olvidaré nunca, amigo mío, que yo llegué aquí, hace muchos años, más pobre que una rata, y que gracias a usted soy lo que soy ahora. Siempre que hablo de usted lo digo...

—Y, no obstante, cuando vengo a su casa, enfermo, en un momento difícil, se niega usted a ayudarme. Yo, cuando usted no tenía un copeck...

El avaro vaciló un momento, pero sólo un momento.

—No puedo, Vasily Nazarich; no puedo.

Bajarev salió del despacho de Lajovsky sofocadísimo. No esperaba tamaño ultraje. Cuando llegó a su casa, se encerró, y ni a Nadia quiso recibir.

II

Privalov saboreaba la luna de miel de su amor clandestino. Aquello, en verdad, no era amor: era una pasajera locura sensual, la embriaguez de la carne. Al salir de casa de Polovodov, al amanecer, la noche del baile, después de pasar dos o tres horas entre los brazos de Antonida Ivanovna, el rico

heredero se sentía a enorme distancia del amor verdadero; pero recordaba con delicia los ardientes transportes eróticos de aquella mujer.

Las entrevistas amorosas eran muy frecuentes. Solían tener lugar en casa de la madre de ella. La vieja, aunque seguramente no ignoraba el carácter de aquellas relaciones, no parecía escandalizada, y las favorecía, inventando pretextos, a menudo pueriles, para dejar solos a los dos amantes.

Solían también verse en casa del propio Polovodov, a las horas en que éste estaba en sus oficinas bancarias. A veces Privalov llegaba antes de irse el banquero, que le decía:

—Quédese a comer con nosotros, y hágale compañía a mi mujer hasta que yo vuelva. Pero procure que no se aburra.

En cuanto se iba, Antonida Ivanovna se colgaba al cuello de Privalov y le besaba apasionadamente en la boca.

Sus caricias de fuego tenían para él un hechizo irresistible. Sus arrebatos de pasión, sus frenesíes voluptuosos, sus caprichos de gozadora, eran de una inexhausta y peregrina variedad, y parecía en cada batalla amorosa una mujer distinta. Su rostro nunca reflejaba el verdadero estado de su alma. Decía graciosos donaires poniendo una cara muy seria, y revestía a lo mejor de una apariencia trágica sus efusiones de ternura.

Privalov bebía, sediento, insaciable, el veneno dulce, delicioso, de aquel amor, en cuyas llamas parecían consumirse dos vidas. Antonida Ivanovna

se había transformado, a sus ojos, en otra Antonida Ivanovna nueva, insospechada.

—¡No te exijo nada!—suspírala a veces, al despertar de un dulce desvanecimiento de placer—. Tu amor me hace dichosa; pero cuando dejes de amarme no me quejaré. No soy una de esas mujeres estúpidas que se agarran al hombre amado como lapas.

Y a los pocos instantes profería:

—¡Hay momentos en que te ahogaría entre mis brazos, para que no pudieses ser nunca de otra!... Hay momentos también en que me gustaría que me pegases. No me bastan ya tus caricias. En eso soy como las mujeres del pueblo. A una campesina rusa la mejor prueba de amor que puede darle su marido es maltratarla...

Aquel volcán de pasión consternaba al rico heredero.

Las entrevistas, demasiado frecuentes, en casa de Polovodov iban haciéndose peligrosas. Los criados empezaban a sospechar algo y cambiaban miradas significativas.

—¿Eres socio del club de la Nobleza?—le preguntó un día Antonida Ivanovna a Privalov.

—Sí. Hace algunos meses, tu hermano Nicolás me inscribió; pero no he ido por allí nunca.

—Pues bien; es preciso que empieces a ir. Yo iré también. Allí podremos vernos.

III

La atmósfera tabernaria que se respiraba en el club impresionó desagradablemente al rico herebero. En el piso bajo se hallaban las salas de juego. Entre los jugadores, que rodeaban una de las mesas verdes, alternando con las jugadas tragos de cerveza, vino o licor, Privalov vió a Verevkin padre. También se hallaban en el piso bajo la sala de billar y la de lectura. Esta estaba casi siempre desierta. Sólo se utilizaba para ciertas entrevistas secretas, en las que solían firmarse escandalosos pagarés. Y a veces, algún jugador que acababa de perder el último rublo se entregaba en ella a sus tristes meditaciones.

Una estrecha escalera, decorada con plantas cubiertas de polvo, conducía al primer piso. Privalov subió.

El primer piso era el destinado a las damas.

—¡Por fin se digna usted visitarnos!—dijo la señora Zaplatin, saliendo al encuentro del *clubman* novato. Espero que de hoy en adelante lo hará usted a menudo. Aquí encontrará usted a la flor y nata de nuestra buena sociedad: ingenieros, abogados, magistrados, fabricantes... ¡En cuanto a mujeres, le aseguro que no tendrá queja!

Alumbraban el salón diez o doce lámparas de petróleo. Guirnaldas de flores contrahechas, de un gusto muy vulgar, decoraban las paredes. Sentadas en divanes y butacas muy deterioradas, comadreaban numerosas señoras. En un pequeño estra-

do, que servía también de escenario cuando se daban funciones de teatro, una orquesta tocaba bailables de un cursi subido. Quince o veinte parejas de bailarines iban y venían, rápidas, vertiginosas, por en medio de la estancia, levantando un polvo asfixiante.

Alrededor del salón había media docena de gabinetes amueblados con un gusto pésimo, aunque no exento de pretensiones. Uno estaba tapizado de rojo, otro de amarillo, otro de azul, etc.

La señora Zaplatin le hacía a Privalov los honores de la casa y le informaba acerca de la vida y milagros de los circunstantes, sobre todo de los del sexo débil.

—¿Ve usted aquella señora con una rosa en los cabellos? Es la señora Ivolguin. Cambia de amante cada tres meses... Aquella del traje gris es hija de un carnicero enriquecido: una bonita proporción para un cazador de dotes... Fíjese en aquel bocoy vestido de muchacha: se cree irresistible y coquetea hasta con los criados del club.

La retahíla informativa de la ex institutriz fué interrumpida por Víctor Bajarev.

—¡Sergio Alexandrovich!—gritó el joven libertino, estrechándole la mano al millonario de un modo salvaje—. ¿Qué buen viento le trae a usted por aquí? ¡Vamos al *buffet*!

Se advertía que había estado ya en el *buffet* largo rato.

Siguió al rudo apretón de mano un efusivo abrazo, acompañado de sonoros ósculos.

—Tienes que beberte una copita conmigo...
¿Somos amigos o no?

Privalov no pudo resistirse, y se dejó arrastrar al *buffet*, casi desierto a la sazón.

—¿Qué tal en tu casa?—preguntó.

—¡Mal, muy mal! Papá está abatidísimo... Nadia también... Mamá ya no es una mujer; es un icono... ¿Por qué no vas a vernos?

El hijo menor de Bajarev se interrumpió un momento y, clavando en su interlocutor una penetrante mirada, prosiguió:

—¿Crees acaso que te aprecio por tus millones? ¡Nada de eso, querido! ¡A mí tus millones me importan un bledo! ¡Mira lo que hago yo sobre tus millones!

Y escupió en el suelo, pisando después el escupitajo.

—Yo creo—dijo Privalov—que Vasily Nazarich logrará arreglar sus asuntos.

—¿Qué duda cabe? Mi padre... es un hombre, un verdadero hombre, no un sinvergüencilla como todos estos tipejos... El dedo meñique de mi padre vale más que todos ellos juntos. ¡Ya verás! A mediados de marzo nos iremos él y yo a las minas y... ¡ya verás!—repuso Víctor.

Y añadió en voz baja y tono confidencial, tras una breve pausa:

—¿Conoces a Katia Kolpakova?... ¿No? ¡Lo siento por ti! ¡Qué mujer!

—Es la primera vez que la oigo nombrar.

—No es extraño: se trata de una cortesana,

¿sabes? Y, naturalmente, en los salones no se habla de ella... Tengo que presentártela... Ahora está con Lepechkin..., el rey de las minas.

Le costó no poco trabajo a Privalov zafarse del parlanchín. Esperando a Antonida Ivanovna, observaba al público. El club iba animándose por momentos. Numerosos padres de familia, casi todos ricos comerciantes, llegaban acompañados de sus mujeres y sus hijas. Un verdadero ejército de muchachas casaderas, llamativamente vestidas, inundaba el salón y los gabinetes, riendo y coqueteando, bajo la celosa vigilancia de las mamás.

No tardaron en llegar Antonida Ivanovna y su marido. Ella distribuía sonrisas y apretones de manos y buscaba con la mirada a Privalov.

Polovodov, luego de dar con ella unas cuantas vueltas de vals, se la endosó al primer caballero a quien encontró propicio al endoso.

—¡Hola, Sergio Alexandrovich!—gritó al ver a Privalov, abriendo los brazos y dirigiéndose hacia él—. ¡Por fin viene usted a Canosa! ¡Magnífico! Pondremos los cinco sentidos en la educación del nuevo alumno... Vamos un ratito abajo. Quiero vaciarle a usted los bolsillos.

Bajaré en seguida; voy a saludar a su señora de usted.

—¡No me la seduzca usted! ¡Es usted un rival peligroso!... A propósito: ¿conoce usted a Katia Kolpakova?

—No; pero Boris Bajarev acaba de hablarme de ella.

Polovodov se besó las puntas de los dedos, dando a entender que Katia era una criatura encantadora, y se marchó.

Privalov se acercó a Antonida Ivanovna, y se saludaron.

—Vámonos a otra habitación donde haga menos calor—dijo la dama.

Y añadió, en voz baja:

—¿No estás enfadado conmigo?

—¿Por qué?

—Porque te he hecho venir aquí... a esta taberna. ¡Esto es una taberna!

Pasaron al gabinete verde, casi desierto y muy mal alumbrado. No habían hecho mas que sentarse, cuando entró un criado y se acercó a Privalov.

—Preguntan por usted, señor.

—¿Quién?

—Su criado.

Privalov le pidió permiso a Antonida Ivanovna y bajó.

—¿Qué hay?—le preguntó a su ayuda de cámara.

—Una carta para usted, señor. Acaba de traerla un propio.

Era una carta de Kostia Bajarev. El director de las fundiciones había recibido noticias de Petersburgo, según las cuales era absolutamente necesario que Privalov saliera en seguida para la capital y contrarrestase las gestiones de los agentes de Polovodov y Lajovsky, que casi tenían ya de su parte al Senado.

Un sudor frío cubrió la frente de Privalov: aquella carta llegaba en muy mala ocasión.

Cuando subió al gabinete verde, Antonida Ivanovna le dirigió una mirada interrogativa.

El le tendió la carta.

—Entonces, ¿vas a abandonarme?—le preguntó ella, con voz desfallecida, bajando los ojos.

—Se trata de un asunto muy importante para mí, querida. No tengo derecho a descuidarlo. Ya ves, no es una pequeñez: es la suerte de mis funciones...

La hermosa mujer bajó aún más los ojos y no contestó.

—Estaré un mes, todo lo más, en Petersburgo—añadió él, sintiendo que iba perdiendo terreno por momentos.

—¡Un mes! ¡No volverás, estoy segura!... Lo presentía... Verdaderamente, yo no tengo derecho a ser un obstáculo para ti. Haz lo que quieras. Eres libre. ¿Qué soy yo en tu vida sino un episodio sin importancia?

Una amarga sonrisa se dibujó en los labios de Antonida Ivanovna, y sus ojos se humedecieron.

—¡Tonia mía, dame un consejo, dime qué debo hacer! Haré lo que tú quieras.

—Yo no soy quién para darte consejos, Sergio; pero, en tu lugar, enviaría a Petersburgo a una persona de mi confianza, y no me movería de aquí, a fin de no perder de vista a los tutores.

—No te creía—dijo Privalov—dotada de tanto

sentido práctico. Pero has olvidado el más poderoso argumento contra mi marcha.

—¿Cuál?

—¡Nuestro amor, Tonia mía! Si no me voy es porque no puedo separarme de ti.

Los ojos de la hermosa se clavaron fascinadores en los de su amante.

IV

Nicolás Verevkin acogió con gran entusiasmo la proposición de salir en seguida para Petersburgo.

—Ahora empiezo—dijo—a ver claro en el juego de mi cuñado y Lajovsky.

—¿Qué ve usted?—preguntó Privalov.

—¿Se acuerda usted de mi tío Oscar Filipich?

—¿El que vino a Uzel a pescar?

—Eso. Pues bien; es el agente secreto de ambos tutores. Está ahora en Petersburgo, en funciones, desplegando una actividad y una energía diabólicas. Va a tener lugar, entre él y yo, una lucha cuerpo a cuerpo. ¡Veremos quién vence!

Tres días después, el abogado se marchó, cubierto de pieles de pies a cabeza, como si emprendiera un viaje al Polo.

Privalov, cada día más fascinado por la señora Polovodov, casi no se separaba de ella. En una ciudad pequeña como Uzel, aquello no podía pasar inadvertido, y se murmuraba de lo lindo. Privalov lo notaba, y no las tenía todas consigo; pero

Antonida Ivanovna no parecía inquietarse ante los peligros de la situación. Diríase que le placía arrostrarlos y desafiarlos, y que le gustaba exponer a su amante al grave riesgo de ser sorprendido en sus brazos por cualquiera, incluso por el propio banquero. Y se ponía furiosa cuando él protestaba.

—¡Eres un cobarde! — profería, los ojos llameantes.

Muchas noches le retenía en la alcoba hasta el amanecer, y la salida del amante casi coincidía, a veces, con la llegada del marido, de vuelta del club.

Y faltó muy poco una noche para que ocurriera una catástrofe.

No mucho después de las doce, los dos descuidados amantes oyeron detenerse un coche a la puerta de la casa. A los pocos momentos sonaron dos al-dabonazos.

—¡Mi marido! — exclamó ella.

La situación de Privalov era crítica por demás. Se oía la voz — una voz que a la legua olía a borra-
chera — de Polovodov en el vestíbulo.

—¡Escóndete! — murmuró Antonida Ivanovna, empujando al intruso hacia la habitación inmediata—. Está borracho y se dormirá en seguida. En cuanto se duerma te irás.

Privalov obedeció. Ella ocultó precipitadamente cuanto podía revelar la presencia reciente de un hombre en el dormitorio.

Desde su escondite, Privalov oyó a Polovodov entrar y saludar a su mujer, que se restregaba los ojos como si acabara de despertarse.

—¿Estás despierta, querida?—preguntó el banquero.

—¡Si tú no me hubieras despertado, estaría dormida!

—Me aburría en el club, mujercita mía, y me he dicho: «¡Me voy a la cama!»

—A dormir la mona, ¿verdad?... ¡Qué manera más cocheril de emborracharse!

—No te enfades, querida... ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que eres una mujer muy lista.

—Gracias. ¿Lo dices porque he adivinado que estás borracho?

—No; hablo en serio. Nos has prestado un gran servicio.

—¿Ah, sí?

—¿Recuerdas nuestra conversación respecto a Privalov? Te rogué que hicieras todo lo posible para que no se aburriera en Uzel...

—¿Y qué?

—Que ya se murmura... ¡Ja, ja, ja! Un imbécil acaba de decirme en el club que se te atribuyen relaciones íntimas con ese estúpido de Privalov... ¡Me he reído como un loco!

—Bueno, calla. Déjame dormir.

—Estoy muy contento de ti: le has hecho morder el anzuelo al infeliz... A no ser por ti, se hubiera ido hace tiempo a Petersburgo y nos hubiera fastidiado... Acabo de recibir un telegrama de tu tío Oscar Filipich...

—Pero ¿quieres dejarme dormir?

—Sí, mujer; pero no sin decirte antes, para tu satisfacción, pues a ti te lo debemos, que en Petersburgo todo marcha a pedir de boca... A Nicolás no le tememos: Oscar Filipich es un hombre de recursos...

V

A principios de año, Nadia Bajarev cesó casi en absoluto de salir de su cuarto, que parecía una celda monástica: un divancito tapizado de percal a flores; una cómoda y un armario-librería, muy modestos, y dos sillas de rejilla, constituían todo su mobiliario.

Nadia le tenía gran cariño a su cuarto, donde estaba en paz y a sus anchas. María Stepanovna, su madre, había consentido muy a regañadientes en destinarle una habitación para ella sola.

—En mis tiempos—decía—, las muchachas no eran tan caprichosas. En las casas más ricas dormían dos y tres hermanas en la misma alcoba.

La joven estaba desde hacía algunas semanas triste y abatida. Había adelgazado, y una honda y tenaz preocupación se pintaba en sus ojos. Se pasaba horas enteras sentada junto a la ventana que daba al jardín, con el libro olvidado sobre las rodillas y absorta en sus cavilaciones. Solía, por las noches, coser a máquina, y su madre se preguntaba, oyendo el monótono ruido, a qué labor estaría dedicada.

¡Cuál no hubiera sido el asombro de la austera

anciana si lo hubiera sabido! Nadia cosía camisitas, sábanas de cuna y otras ropas de canastilla. Sus manos temblaban, y las lágrimas mojaban a veces la batista.

Iba a ser madre.

Decidía diariamente confesarle a su padre sus amores con el ingeniero y su estado; pero al ir a hacerlo le faltaba el valor necesario para arrostrar la indignación del autor de sus días. Fugarse de la casa paterna era una determinación contra la que se rebelaba su carácter franco. ¿Qué haría, Señor?

Por fin, una mañana pensó: «¡De hoy no pasa! ¡Voy a contárselo todo en seguida a papá!» Y se dirigió, resuelta, al despacho de Vasily Nazarich.

—¡Buenos días, Nadia!—le dijo el viejo, sonriendo cariñosamente.

La miró en silencio unos instantes, y preguntó:

—¿Qué te pasa, nena? ¡Estás muy pálida!

—Nada, papá.

—¿No me ocultas nada, hija mía?

—No, papá...—repuso Nadia—. Venía a decirte...

Se sentó; miró en torno suyo, como dándole un último adiós al aposento, y sus ojos se clavaron, tristes, en los de su padre, que, desazonado, nervioso, empezó a rascarse la pierna enferma.

—¡Papá! ¿Por qué es tan injusta la Naturaleza? ¿Por qué las mujeres están condenadas a sufrimientos que no conocen los hombres? Lo que a un hombre se le perdona, pierde a una mujer para siempre...

—No comprendo... Explicáte...

—Papá..., lo que quería decirte...

—¡Habla sin rodeos, hija mía!

—Supongamos que en una familia hay un hijo y una hija..., ambos mayores de edad... El hijo encuentra una muchacha que le gusta, pero que no les gusta a sus padres. Imagínate que tiene con esa muchacha, sin casarse con ella, un niño. ¿Qué harían los padres?

—Reprobarían de un modo severo su conducta; es una mala acción engañar a una muchacha.

—Supongamos ahora que quien tiene el niño es la hija. Al hijo le perdonarían los padres, y le permitirían, si no es que se lo mandaban, incluso abandonar a la muchacha seducida. En cambio, a la hija no la perdonarían nunca. Todo se revolvería contra ella: la familia, la opinión pública... ¿Es eso justo?

—Nadia: no comprendo...

—Te pregunto por qué los padres maldecirían y echarían de casa a la hija por una cosa que le perdonarían al hijo.

—¡Basta! ¡Habla claro! ¡No me atormentes más!—gritó, palideciendo, Vasily Nazarich.

Había adivinado de pronto la verdad.

—Pues bien, papá... Esa hija soy yo...

—¿Tú?... ¿Tú?... ¿Tú?—balbuceó el viejo, ocultando el rostro entre las manos—. ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza!

Y se irguió, terrible, los ojos inyectados en sangre, apretados los puños.

—¡Tú no eres mi hija!... ¡Vete! ¡No quiero verte!

—Bueno, papá. Esperaba esto. Me iré de esta casa...

—¡No, no te irás!... ¡Ah, Nadia, Nadia!... ¡Quién ha sido el canalla que te ha engañado?

—¡No me ha engañado nadie!—sollozó la joven.

—¡Villano, cobarde! ¡Ha cubierto de oprobio mis canas!

—Papá, cálmate... Tu cólera no conduce a nada. Me voy para siempre, y no quisiera irme bajo la impresión de esas palabras injustas.

—¡No te irás, no te irás! Te encerraré entre cuatro paredes, y no volverás a ver la luz del sol... ¡Maldita seas! ¡Malditos seáis los dos!

La joven inclinó la cabeza, sobre la que temblaban, amenazadores, los puños de su padre.

—Papá—dijo con voz suplicante—, te lo ruego: sé justo, elévate un poco por encima de los prejuicios mezquinos.

Y arrodillándose ante él, le cogió las manos y se las cubrió de lágrimas y besos.

El anciano no pudo cerrar los oídos de su corazón a aquella voz que amaba tanto. Se desplomó en el sillón, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sus manos no se desasieron de las de su hija.

—¡Perdóname, papá! No he cometido ningún crimen. Amo a ese hombre; él también me ama...

—Si te ama, no se negará a casarse contigo...

—Soy yo quien se niega.

—¡Tú?

—Sí, yo. No quiero atarle ni atarme. Viviremos juntos mientras nos amemos. Y luego...

—El amor libre, ¿eh? ¡Sin la bendición de la Iglesia! ¡Quieres a toda costa deshonorar mi vejez!

Vasily Nazarich se puso más pálido aún. Se levantó, miró airado a su hija y, sin añadir ni una palabra, señaló con el dedo a la puerta.

VI

Una noche, la señora Zaplatin entró como una tromba en el gabinete de Privalov.

—¿Sabe usted que Nadia acaba de abandonar la casa paterna?

—¿Cómo!

—Se ha ido para siempre.

—Pero ¿adónde se ha ido?

—Por de pronto, a casa de su hermano Kostia. No se habla en Uzel de otra cosa. Es una historia misteriosa y romántica... ¿Conoce usted a Loskutov? Está enamorado de Nadia... También es el héroe de la novela de Zosia Lajovsky... Cuando se puso mala, la noche del baile, estaba encerrada con él en su cuarto...

—No comprendo qué relación pueda existir entre todo eso y la marcha de Nadia Bajarev.

—¡Eso es un enigma! Lo único que sé es que Nadia corresponde a Loskutov, y que se ha ido de su casa sin despedirse de sus padres... A propósito: Bajarev se ha marchado a la Siberia, a sus

minas de oro... Ha encontrado el dinero que necesitaba...

En cuanto pudo poner fin al parloteo de la señora Zaplatin, Privalov se encaminó a la vieja casa de Bajarev.

—¡Nuestro pájaro ha volado!—suspiró, lloroso, el criado Luka, al ayudarle a quitarse el gabán—. Nuestra princesa se ha ido...

La señora Bajarev le acogió muy fríamente.

—¡Yo te creía en Petersburgo!—le dijo, en un tono de indiferencia ofensivo.

Reinaba en la casa una tristeza desolada, como si acabaran de llevarse a un muerto. María Stepanovna ni siquiera nombró a Nadia, cual si la joven no hubiera existido nunca.

Privalov le hizo una visita de un cuarto de hora, que a los dos les pareció larga. Se fué con el corazón lleno de lástima a la pobre Nadia. Recordaba su bella cabeza orgullosa, la mirada grave y serena de sus grandes ojos, y el viejo amor resucitaba en su alma. ¡Oh, si él pudiera serle útil en aquellos días dolorosos; si él pudiera aliviar sus penas! Pero Nadia era demasiado altiva...

Las relaciones amorosas entre el rico heredero y la señora Polovodov tocaban a su fin. Los dos amantes se veían de cuando en cuando; pero Privalov ya no era el rendido galán de semanas antes: el diálogo conyugal de que había sido testigo involuntario había despertado en él vehementes sospechas de que la hermosa mujer tomaba parte en la conspiración de los tutores. Por lo menos—

esto era indudable—, sus primeros favores no los había inspirado el amor, sino el cálculo.

Harto sé le alcanzaba a Antonida Ivanovna el motivo de aquel repentino entibiamiento. Y trataba de reavivar el fuego de la moribunda pasión; pero todos sus esfuerzos eran vanos.

Al día siguiente de su visita a casa de Bajarev, Privalov recibió una carta de Nicolás Verevkin. El abogado le escribía que sus sospechas respecto a Oscar Filipich se habían confirmado. El «tío» había puesto en juego toda suerte de intrigas para consolidar la tutoría de Polovodov y Lajovsky; pero él había llegado a tiempo y había desbaratado sus planes. Una persona de gran influencia intervenía en el asunto en contra de los tutores, y su intervención sería mucho más eficaz que la de las damas empingorotadas con quienes contaba el maquiavélico amante de la pesca.

«En suma—terminaba Verevkin—: Petersburgo es una inmensa feria, donde todo negocio sucio es factible y donde se puede hacer aparecer lo blanco negro, si se tienen buenas aldabas. Espero que triunfaremos, y le daremos un disgusto a ese vejatorio de Oscar Filipich, que, en vez de meterse en lo que no le importa, podía seguir pescando truchas.»

—¡Muy bien, muy bien!—se dijo en voz alta Privalov—. Mientras Verevkin arregla el asunto de las fundiciones, yo activaré la construcción del molino.

Dos semanas después se marchó a Garchiki.

VII

• Cuando el coche salió de la ciudad, Privalov respiró a pleno pulmón, como si de pronto se hubiera quitado un enorme peso de encima.

Empezaba la primavera. En los campos recién labrados verdeaba la hierba naciente.

Después de vivir unos meses en Uzel, entre intrigas y pasioncillas; después de las estúpidas diversiones del club y de los salones, parecía al millonario resucitar, volver a la vida verdadera.

Al trepar el coche a la cima de una colina, una amplia perspectiva se abrió ante los ojos de Privalov. Las numerosas casas dispersas por el ancho valle parecían sacadas del Laletinka—el río que lo atravesaba—y puestas a secar al sol. Como a dos kilómetros de la colina se alzaba un edificio de ladrillo, rodeado de barracas: era un balneario construido junto a una fuente de agua sulfurosa recientemente descubierta. A la orilla del río, frente al casino—que así era denominada la casa de ladrillo—, había unas cuantas casetas de baño con techo de lienzo. El balneario estaba aún desierto, pues la temporada no empezaba hasta fines de mayo. El médico director y la servidumbre vivían en la aldea en otoño, invierno y primavera.

Cuando el coche se detuvo a la puerta del único hotel de Garchiki, el propietario bajó a recibir a Privalov, le dió la bienvenida y se puso incondicionalmente a sus órdenes.

— Encontrará usted amigos en casa — añadió.

— ¿Amigos?

— Sí. El señor Lajovsky, su hija y el doctor.

La nueva sorprendió mucho a Privalov; los últimos días de su estancia en Uzel apenas había salido, y no estaba al corriente de los últimos acontecimientos locales.

— ¿Cuándo han venido?

— Hace tres días. El señor Lajovsky ha caído enfermo, y el doctor le ha prescrito una temporada en el campo.

Después de lavarse y cepillarse, Privalov fué al cuarto del doctor a pedir noticias respecto a la enfermedad de Lajovsky.

Había con el médico una muchacha cuyos cabellos, cortados casi al rape, androginizaban un tanto su fisonomía.

— ¿No me conoce usted, Sergio Alexandrovich? — preguntó.

— ¡Sofía Ignatievna! ¿Es posible?

En efecto; era Zosia, desfiguradísima por la enfermedad de que a la sazón convalecía.

— Sí, yo soy — repuso, sonriendo —. Estoy tan estropeada, que parezco otra.

— Precisamente estábamos hablando de usted — dijo el doctor —. Su molino le inspira a Zosia un enorme interés.

— Tendré mucho gusto en enseñárselo... ¿Qué le ha sucedido a su señor padre de usted, señorita? Hará unos diez días, su salud era inmejorable...

—Sí; pero una impresión brusca... ¿Conoce usted a nuestro gerente, Alfonso Bogdanovich?

—Sí. ¿Qué ha ocurrido?

—El doctor se lo contará a usted.

He aquí lo que supo Privalov por el doctor.

Una mañana, Alfonso Bogdanovich se presentó en el despacho de Lajovsky con un rimero de impresos en la mano.

—¿Cómo está el señor?—preguntó.

—Bien, gracias. Ya sé que usted preferiría que estuviera enfermo, moribundo, tal vez muerto, para consumir mi ruina, para apoderarse de cuanto poseo.

Alfonso Bogdanovich se sonrió, con una sonrisa que Lajovsky no había visto nunca en su rostro: la sonrisa de un hombre libre, independiente. Aquello le pareció al avaro una insolencia, y se disponía a prorrumpir en gritos de cólera, cuando el otro, tranquilamente, le alargó uno de los impresos. Era un anuncio oloroso aún a tinta fresca.

—Tenga la bondad de leer eso.

Lajovsky cogió el papel y lo leyó. Su contenido era el siguiente:

«Sociedad comercial e industrial Pucilo-Malajinsky. — Esta Sociedad tiene el honor de poner en conocimiento del público que sirve toda clase de pedidos de pieles, jabones, bujías y alcoholes, garantizando la inmejorable calidad de los productos, procedentes de sus fábricas de la Siberia Occidental. — Administrador general, Pucilo-Malajinsky, plaza de la Catedral, Uzel.»

Lajovsky repitió la lectura del prospecto, lo miró por el dorso, se rascó la frente y dijo:

—En mi vida he oído hablar de esta Sociedad. ¿Quién es Pucilo-Malajinsky? Seguramente, algún granuja...

—¿No recuerda usted ese apellido? Es extraño.

—No, no lo recuerdo.

—¡Es el mío!

Lajovsky abrió unos ojos como platos, y quiso decir algo; pero la lengua no le obedeció. Se desplomó en su sillón, y permaneció unos instantes silencioso, con la cabeza entre las manos.

—Pucilo-Malajinsky... Pucilo-Malajinsky—balbuceó al cabo—. Sí, sí... Ahora recuerdo... Entonces, ¿es usted el fundador de esa empresa?... Me ha arruinado usted..., me ha matado... Todo el dinero que ha invertido usted en el negocio es mío...

—Está usted en un error, Ignaty Lvovich—contestó sin inmutarse Alfonso Bogdanovich—. Todo cuanto poseo es producto de mi trabajo, de largos años de trabajo.

—¡Ja, ja, ja!... ¡De largos años de pillaje sistemático!

—Se engaña usted, Ignaty Lvovich. Usted ha hecho, en unos cuantos años, una gran fortuna. Yo, que no soy un genio financiero como usted, he tardado mucho más tiempo en reunir un modesto capital. Hay que ser justo...

—¡Largo! ¡Canalla! ¡Ladrón!—gritó a voz en cuello Lajovsky.

Se levantó y quiso lanzarse, con los puños ce-

rrados, sobre el flamante industrial; pero le faltaron las fuerzas, y volvió a desplomarse en el sillón.

Aquella tarde le dió un ataque de parálisis.

VIII

A fines de mayo, el balneario estaba atestado de agüistas. La mayoría no eran enfermos, sino sencillamente habitantes de las ciudades próximas, que habían acudido allí en busca de aire puro y fresco.

—Señoras y señores—decía el médico director, yendo de grupo en grupo—: ¡tomen el aire, respírenlo a pleno pulmón! ¡El aire hace milagros! ¡Fíjense en las sonrosadas mejillas de la señorita Lajovsky, que no hace aún quince días estaba palidísima!

En efecto; la señorita Zosia estaba más guapa y lozana que antes de caer enferma. El propio Lajovsky había mejorado un poco, y podía ya andar, apoyado en alguien. Pero el ataque había dejado en su organismo huellas indelebles. Su boca seguía torcida, y paralizados, como muertos, su brazo y su pierna derechos.

El doctor, cuando Privalov le preguntó si había esperanzas de curación, sacudió negativamente la cabeza.

—Podrá ir tirando algún tiempo; pero...

Como en todos los balnearios, la gente intimaba fácilmente, sin fijarse gran cosa en la diferencia de

categorías sociales. Excusado es decir que Zosia Lajovsky era objeto de la general admiración masculina, lo que hacía rabiar no poco al resto de las muchachas casaderas y a muchas de las veraneantes casadas. Cuando se presentaba, radiante de belleza, en el casino, era blanco de numerosas miradas femeniles nada dulces. Su calidad de heredera de una gran fortuna—fortuna cuya cuantía exageraba la fantasía de la gente—acrecía la hostilidad de sus enemigas.

—Para ella—decía, parodiando, sin saberlo, a Virgilio, la señora Zaplatin—trabajan en los Urales fábricas de alcohol, pacen rebaños de ovejas, despliegan una febril actividad vidrierías, tejares, serrerías; para ella se siembra y se siega el trigo de miles de acres, comprados a los *bachkirs* por una miseria.

Privalov no visitaba nunca el balneario. Se había instalado en una casita inmediata al molino, al lado de la de Naguibin, su hombre de confianza.

Una tarde, Zosia y el doctor se encaminaron a caballo al molino.

Encontraron a Privalov en plena actividad, vestido como un simple obrero, con botas altas, blusa azul, cinturón de cuero y gorra plana. Cuando Zosia le tendió la mano, enfundada en un largo guante blanco de ante, él escondió la suya.

—Le voy a manchar a usted el guante—dijo, sonriendo.

—No importa, Sergio Alexandrovich... Venimos

decididos a no dejarle a usted trabajar. Tiene usted que enseñarnoslo todo.

Privalov recorrió las obras en compañía de los visitantes. La joven, recogiendo la cola, le seguía incluso a los sitios donde había que entrar encorvándose, y examinaba, llena de interés, las correas sin fin, las ruedas, los engranajes, los cilindros... Luego, en la casita que Privalov llamaba, bromeando, su palacio, Naguibin colocó sobre una reducida mesa, alrededor de la cual se sentaron él, Privalov y los visitantes, un samovar hirviente. Zosia sirvió el te. Se habló del molino, de harinas, de trigos. La joven escuchaba atenta, y de cuando en cuando hacía preguntas que denotaban un sincero afán de ilustrarse en la materia.

Oyendo hablar a Privalov, contemplaba su rostro, curtido por el sol. Le gustaba aquel hombre. Era un hombre fuerte, enérgico, trabajador, muy distinto de la mayoría de sus adoradores, ociosos siempre u ocupados en cosas triviales. Al despedirse, le estrechó largamente la mano.

—Tiene usted que ir a vernos más a menudo— le dijo.

El acompañó a sus visitantes hasta el recodo del camino. El doctor y Naguibin iban detrás, llevando de la brida a los caballos; Zosia y él se les adelantaron veinte o treinta metros.

—¡Qué feliz es usted!—suspiró la joven.

—¿Por qué?

—Puede usted hacer lo que se le antoja, trabajar, ser útil a sus semejantes...

—¿Y usted no?

—Yo no. ¿Qué puede hacer una señorita como yo, ignorante, educada de un modo estúpido, rodeada de gentes que se reírían si intentara ocuparse en algo serio?

—Hay que despreciar la opinión de los imbéciles. En cuanto a ocupación, una señorita, por frívolamente educada que esté y por poco que sepa, siempre puede....

—¿Poner un taller de costura, como las heroínas de las novelas serias? ¿Abrir una escuela? ¿Hacerse estudiante de Medicina?... Nada de eso me satisface. Quisiera hacer algo que exigiera grandes sacrificios, algo heroico... Siempre me ha entusiasmado la vida de los revolucionarios, esa vida llena de peligros y de privaciones... Mi idea de lo que es y de lo que hace esa gente es muy vaga; pero...

—No todos tenemos temple de héroes, señorita.

—Usted sí.

—¿Yo?... El construir un molino es una empresa modestísima, nada heroica.

—No me refiero precisamente a la construcción del molino... He oído hablar de sus proyectos de usted respecto a las fundiciones... Si lograra usted reparar, aunque sólo fuera en parte, las injusticias de que hicieron víctima al pueblo sus mayores, esa reparación sería sublime. Y lo del molino, si no es heroico, es muy noble. El que un millonario se haga molinero, deseoso de ser útil a la población

campesina, es cosa que no se ve todos los días. ¡El gran mundo de Uzel está escandalizado!

—¡Eso casi me enorgullece!—repuso riendo Privalov.

IX

Algunos días después Zosia recibió la visita de Polovodov. El banquero se acercó a la joven, sentada en una butaquita; le besó la mano y dejó en el suelo, ante ella, un gran estuche en forma de huevo, forrado de tafetán azul y provisto de un pie de plata.

—Nunca viene usted con las manos vacías—dijo ella sonriente—. Muchas gracias.

Oprimió un botón, y el estuche se abrió. En el fondo, sobre un almohadoncito de tafetán blanco, un monísimo osezno vivo, de peludo y negro hociquillo, enseñaba un poco los dientes.

La joven lanzó un grito de admiración y estrechó con fuerza la mano de su adorador.

—¡Es una maravilla! Sólo usted es capaz de inventar una sorpresa semejante.

Polovodov se congratulaba del efecto producido por su regalo, cuya invención le había costado meses enteros de cavilaciones.

Zosia sacó del huevo al osezno, que bostezó y miró en torno suyo, pintada la curiosidad en los glaucos ojuelos.

—¡Qué criaturita más rica!—gritó ella, besándole el hocico.

Luego, con el osezno en brazos, le preguntó al banquero:

—¿Trae usted noticias interesantes?

—A usted no le interesa nunca lo que yo le digo...

—¿Ya empezamos?

—Escúcheme usted, déjeme desahogar mi corazón...

—No sea usted pesado.

—Usted es mi diosa, el centro de mi existencia, el objeto de todas mis aspiraciones. Moriré con su nombre de usted en los labios.

—¿Qué romántico!

—¿No se burle usted!... Yo siempre he sido un admirador fervoroso de la mujer. La mujer siempre me ha inspirado un verdadero culto. Admiro en ella, no sólo la belleza, sino también la fuerza..., esa fuerza misteriosa de que está dotada y que es el motor más importante del progreso humano.

—¿Y yo que me creía un ser débil!

Polovodov bajó la cabeza.

—¿Búrlese usted, atórmeme, máteme si quiere!—continuó tras un corto silencio—. Soy su esclavo. Usted es para mí el ideal de la belleza... y de la fuerza femeninas.

—Bueno, ¿y qué? ¿Adónde va usted a parar con todo eso?

—Trataré de ser breve—contestó, en tono seco, el banquero, esforzándose en borrar de su rostro la expresión amorosa y triste que tan poco efecto parecía producir en la joven—. ¿Sabe usted, señorita, que se cierne sobre usted la ruina?

—No.

—No es extraño: su padre de usted ni lo sospecha. Pucilo-Malajinsky...

—¿Pucilo-Malajinsky? ¡Ah, sí, Alfonso Bogdanovich!

—Por desgracia, Alfonso Bogdanovich no existe ya; le ha substituído Pucilo-Malajinsky, que se alza sobre su inminente ruina de ustedes como una seta venenosa. El pasivo casi supera al activo en el último balance.

—Es lamentable; pero no creo que nos espere la miseria. Además, yo no puedo remediarlo...

—¿No ha de poder usted?

—¿Cómo!... ¡A ver, a ver!

—¿Está usted al corriente del asunto de la tutela?

—Así así...

—¿Sabe usted que Nicolás Verevkin gestiona actualmente en Petersburgo mi separación y la de su padre de usted de la tutela y despliega una gran actividad?

—Sí, lo sé.

—Muy bien. Pero lo que acaso ignore usted es que si el asunto se lleva a los tribunales estamos perdidos.

—¿Y eso?

—Los documentos y la contabilidad no están del todo en regla, y se nos podría acusar de abuso de confianza, de negligencia criminal, etcétera, etcétera. Y esos delitos se castigan severamente; podrían incluso deportarnos a la Siberia.

— ¡Sí?

— Sí. Figúrese usted lo funesto que un disgusto así sería para su padre de usted; le repetiría el ataque...

— Pero ¿qué puedo hacer yo?

— Salvarnos.

— ¿Cómo? ¡Acabe usted!

— Se trata de algo muy delicado; pero...

— ¡Dígalo, dígalo!

Polovodov titubeó unos instantes; en su rostro se reflejaba una penosa lucha interior. Al cabo logró hacer acopio de valor y, mirando fijamente a la joven, dijo:

— Debe usted casarse con Privalov... Es un sacrificio indispensable.

Zosia clavó en él una larga mirada enigmática, y repuso en voz baja:

— ¿Cree usted que es un sacrificio casarse con el hombre a quien una ama?

— ¡Cómo! ¿Ama usted a Privalov?

— ¡Sí, señor! ¿Ve usted como todo sale a pedir de boca?

QUINTA PARTE

I

La antigua casa de Privalov, habitada a la sazón por Lajovsky, estaba en plena reconstrucción. Numerosos obreros reparaban las puertas y las ventanas, enlucían y pintaban las paredes, arreglaban los suelos y los techos. En el jardín, tan descuidado desde hacía largos años, reinaba también gran actividad: se restauraban los quioscos y los puentecillos, se limpiaban de hierbas salvajes los senderos, se podaban los árboles.

En la casa y en el jardín, durante tanto tiempo callados y tristes, todo era algazara.

Se habían hecho venir pintores y decoradores de Petersburgo y de Varsovia. Se habían adquirido magníficos muebles, tapices, bronce, cuadros y coches.

Los trabajos debían estar terminados para los primeros días de octubre, fecha en que los Lajovsky regresarían de Garchiki. Inmediatamente después del regreso de los Lajovski se celebraría el banquete nupcial de Privalov y Zosia.

Privalov iba de cuando en cuando a Uzel, a

echar un vistazo a las obras. Todo lo relativo al decorado y al moblaje lo consultaba con su novia, que, a su vez, solía pedirle consejo a Polovodov.

—No comprendo—le decía Privalov a la joven— cómo puedes soportar a ese... estúpido, por no calificarle de un modo más duro.

—¡Es tan divertido...! No es posible aburrirse en su compañía. Además, no olvides que hemos convenido en que cada uno podrá tener sus amistades, sin necesidad de la aprobación del otro.

—Bueno, mujer. Haz lo que quieras.

—Sin perjuicio de que tú luego me digas también lo que quieras, ¿eh?... Eres un egoísta, que hasta de los amigos quieres privarme. Y no será porque tenga muchos, pues sólo son tres, como sabes: mi caballo, mi osezno y Polovodov.

La joven era caprichosilla y de genio un poco violento; pero en sus momentos de ternura hacía el más feliz de los mortales a Privalov, que se prometía ejercer sobre ella una saludable influencia educativa. «Es—pensaba—una muchacha excelente, sin otro defecto que su mala crianza.»

El doctor compartía esta opinión.

—No sabe usted—le decía al rico heredero, con las lágrimas en los ojos—lo que me tranquiliza, respecto a la futura felicidad de Zosia, el que le haya elegido a usted para marido.

Cuando los novios se peleaban, él era casi siempre el pacificador.

—Sin el doctor—bromeaba ella—, nos hubiéramos divorciado hace tiempo, aunque aun no nos hemos casado. Es nuestro ángel guardián.

El doctor se frotaba nerviosamente las manos y se sonreía con una sonrisa forzada, tras la que se adivinaba un hondo sufrimiento. Se quejaba a menudo de fuertes jaquecas y se pasaba días enteros en su cuarto.

La señora Zaplatin, que trataba ahora de atraerse a los Lajovski y les había retirado su protección a los Bajarev, estaba radiante y hablaba de la próxima boda como si fuera obra suya.

—Cuando Sergio Alexandrovich llegó a Uzel—surraba, dirigiéndose a Zosia—, pensé en seguida: «¿Qué novio para la señorita Lajovski!»

A Privalov, cuya amistad estaba empeñada en conquistar, le decía cosas análogas. Pero él no le hacía maldito el caso. Vivía a la sazón entregado por entero a sus amorosos ensueños y se interponía entre sus ojos y el mundo exterior una especie de niebla, a través de la cual sólo veía a la encantadora reina de su alma.

A veces dudaba de su felicidad. ¿Le amaba ella realmente? En vano buscaba en los oscuros ojos de la joven la contestación a esta pregunta.

Sí; le amaba..., pero a su modo. No había en su amor ni un ápice de abnegación, de espíritu de sacrificio, de sumisión al hombre amado. Era el suyo un amor orgulloso, dominante. La hermosa muchacha quería ver siempre al hombre amado prosternado ante ella. Hasta en sus más arrebatada-

dos transportes de cariño se transparentaba una soberbia e indómita altivez.

Esto era, a los apasionados ojos de Privalov, un encanto más.

II

Cuando la casa de la ciudad estuvo a punto, se celebró en la iglesita de Garchiki la boda de Privalov y Zosia.

Luego, los novios, acompañados de Lajovski, el doctor y algunos amigos, se trasladaron a Uzel. En la casa recién restaurada se sirvió una comida, a la que asistió lo más empingorotado de la ciudad.

Excusado es decir que uno de los invitados fué Polovodov.

Cuando volvió, poco después de las diez de la noche, a su casa, el criado le entregó un telegrama que acababan de llevar.

Polovodov lo leyó, lanzó un gemido doloroso y se desplomó en una butaca. Oscar Filipich le participaba que había derrotado a Verevkin.

—¡Si yo hubiera recibido este telegrama algunas horas antes—se dijo—, aun hubiera podido deshacerse ese matrimonio!

Parecía que iba a volverse loco. Rechinaba los dientes de rabia. ¡Si aun fuera posible evitar...!

Se levantó de un salto, se lanzó a la calle y se precipitó en el primer coche de punto que encontró, ordenándole al cochero que le llevase a todo escape a casa de Privalov. Al apearse ante la

vieja morada, el corazón le latía con violencia. Despidió el coche y empezó a pasearse por los alrededores desiertos del edificio, cuya silueta se dibujaba fantasmal en la obscuridad de la noche.

—¡Imbécil! ¡Idiota!—murmuraba—. ¡Esa estúpida boda es obra mía! ¡Maldición!

En el reloj de la catedral sonaron las doce.

Polovodov se alejó lentamente y anduvo largo rato, sin rumbo, a través de la ciudad dormida.

En casa de la señora Zaplatin—adonde le llevaron de un modo fortuito sus pasos—vió una ventana iluminada.

Una idea absurda cruzó por su mente, y, ni corto ni perezoso, decidió ponerla en práctica. Llamó a la puerta.

La señora Zaplatin no se había acostado aún; estaba en el comedor, casi desnuda, sentada ante una botella de jerez.

—¡Quién diablos llamará a estas horas?—gruñó al oír la campanilla.

La criada se levantó y bajó a abrir. Momentos después le entregaba a su ama la tarjeta de Polovodov.

La ex institutriz, llena de asombro, mandó que se hiciera pasar al salón al visitante y, en un periquete, se alisó un poco el pelo y se puso una bata color salmón con aplicaciones humo de Londres. «Sin duda—pensó—ha sucedido algo muy grave y se me necesita.»

—Le pido mil perdones, señora—le dijo Polovodov—, por lo extemporáneo de mi visita. Acabo

de recibir un telegrama muy importante... muy importante, Jiona Alexeyevna. Si tuviera usted la bondad de entregárselo a la señorita Lajovski...

—Querrá usted decir a la señora Privalov...

—Sí; es igual.

—Estoy a su disposición de usted.

—Pero es necesario que se lo entregue usted en seguida, ahora mismo.

—¿Está usted loco?

—¡Jiona Alexeyevna, por Dios! Estoy dispuesto a rogárselo a usted de rodillas.

—Ruéguelo sentado.

El banquero se dejó caer en una butaca.

—Los minutos son horas; ¿comprende usted?

—Pero lo que me pide usted, señor, es imposible. Aunque se me ofrecieran montañas de oro no lo haría. Hay momentos en que la casa ajena es sagrada...

Estas palabras se clavaron como una daga en el corazón de Polovodov. ¡Oh, con qué gusto correría a aquella casa sagrada y la incendiaría!

La ex institutriz, viendo su faz desencajada, sus ojos casi fuera de las órbitas, le preguntó:

—¿Quiere usted beberse una copa de vino? Eso le calmaría.

—Señora, es usted muy amable...

Momentos después, la señora Zaplatin colocaba sobre un veladorcito, ante su visitante, la botella de jerez que ella estaba bebiéndose cuando él llamó a la puerta, y una copa. Polovodov llenó la copa y se la bebió.

—¡Excelente vino!—exclamó, chasqueando la lengua.

Calló. Pareció olvidarse de la presencia de la dama. Se bebió, una tras otra, cuatro o cinco copas, y sus mejillas empezaron a arrojarse.

—¿Cree usted, pues, que no hay remedio?—preguntó de pronto.

—No, ya no hay remedio.

—¿Sabe usted a qué me refiero?

—Lo adivino. Si hubiera usted recibido ese telegrama algunas horas antes... Ocurre a veces que, en plena boda, la novia se pone mala y hay que interrumpir la ceremonia...

—Dígame, Jiona Alexeyevna... Usted es una mujer inteligente, posee el don de la observación... Dígame: ¿Zosia ama a Privalov?

—¿Qué pregunta! Si no le amase, no se hubiera casado con él.

—A veces hay razones... circunstancias...

—Usted trataba de paralizar por medio de esa boda el pleito que en Petersburgo ha entablado Nicolás Verevkin en nombre de Privalov, ¿verdad?

—¿Cómo! ¿Usted sabe...?

—No sé; adivino. Y ahora que ese pleito ha sido ganado por ustedes, quiere usted arrancar a Zosia de los brazos de Privalov...

—¡Calle usted, calle usted! ¡Soy un idiota, un imbécil, un bestia!

III

Los asuntos de Bajarev se arreglaban con una rapidez sólo posible en la minería. Merced al olfato del *kirguiz* Chelejov y a su propia energía, había ganado en poco tiempo gran cantidad de dinero y su crédito se había restablecido. Había pagado todas sus deudas y la riqueza vertía de nuevo sus dones en la vieja mansión.

María Stepanovna parecía por completo indiferente a todos estos cambios. La fuga de su hija Nadia había acrecido su enemiga al espíritu moderno, en el que veía la causa de todos sus males. Estaba convencida de que había sido Vasily Nazarich, su marido, quien había causado la pérdida de la muchacha, instruyéndola como a un hombre y permitiéndole leer aquellos malditos libros.

El nombre de Nadia no se pronunciaba ya en la casa. La joven parecía borrada para siempre de la lista de los vivos. Sólo Dosifea, la vieja criada sordomuda, nombraba mentalmente en sus oraciones a «la esclava de Dios Nadejda». El viejo criado Luka también añoraba a su adorada señorita.

En los meses de verano, hallándose Bajarev en las minas, se habían recibido dos cartas de ella; pero su madre, sin abrirlas, las había quemado y había hecho la señal de la cruz sobre el ángulo de la mesa donde habían estado algunos instantes.

La noticia de la boda de Privalov fué acogida por la vieja con una indiferencia hostil.

—¡Podías haber elegido para mujer a una cristiana!—le dijo al recién casado, cuando éste estuvo a darle parte de la boda.

—Pero si mi mujer es cristiana, aunque heterodoxa.

—No le des vueltas: es una oveja descarriada. Y te apartará a ti también del buen camino; no lo dudes.

La vieja suspiró y clavó en Privalov una mirada dura, casi agresiva.

—Es un gran pecado—añadió—el que hayas cometido a una mujer así en la casa de tus mayores.

—María Stepanovna: usted no ignora que mis mayores cometieron crímenes y horrores en esa casa. En esa casa fué martirizada mi madre.

—Tú no tienes derecho a juzgar a tu padre.

—¿Y usted sí lo tiene a juzgar a mi mujer, que no le ha hecho daño a nadie?

Cuando Bajarev volvió de las minas y el viejo Luka le contó que Privalov se había casado con la hija de Lajovski, se llenó de tristeza: ¡había acariciado tanto tiempo la esperanza de ver unidos a Privalov—a quien quería como a un hijo—y a su Nadia...!

La riqueza ya no le ilusionaba. ¿Para qué la quería? ¿A quién iba a legársela? Se sentía terriblemente solo en aquella casa. ¿Por qué habría desoído los ruegos de Nadia? ¿Por qué no la habría perdonado? ¿Por qué la habría dejado irse?

Estas preguntas le afligían en sus interminables

noches de insomnio. Le parecía oír aún la voz suplicante de su hija pidiéndole perdón. ¿Por qué habría sido tan duro con el único ser que le quería de verdad? ¡La necesitaba tanto, era un bálsamo tan suave para la tristeza de ver acercarse la muerte el consuelo de su presencia! A veces se levantaba de la cama, se arrodillaba ante la imagen de la Virgen y le rogaba fervorosamente a la Madre de Dios que se apiadase de Nadia y la hiciera volver a la casa paterna.

IV

La luna de miel del matrimonio Privalov entró muy pronto en su cuarto menguante.

La casa estaba dividida en dos territorios domésticos: en uno vivía, como antes, Lajovski con su hijo David y su servidumbre; en el otro habitaba el joven matrimonio.

Sólo los grandes salones de recepción y el vestíbulo eran de posesión común.

Privalov esperaba que, pasados los primeros días del matrimonio, una vida apacible, familiar, sucedería a la vida de diversión perpetua de que había sido inauguración el banquete de bodas, pero se engañaba. Pasaron semanas enteras y la casa siguió llena a toda hora de gente que comía, bebía, bailaba, reía y hablaba por los codos. Siempre estaban organizándose funciones de aficionados, jiras... Privalov se sentía cada día más fuera

de su centro en medio de aquella sociedad y, más que el amo de la casa, le parecía ser un huésped. Esto le inquietaba y le hacía temer un porvenir no muy dichoso.

Zosia lo adivinaba; pero no se daba por enterada. Cuando él le decía que ya era hora de ponerle término a aquella vida estúpida, a aquella fiesta continua, se encogía de hombros, como quien oye decir tonterías. Poco a poco, un abismo iba abriéndose entre los dos esposos. Las discusiones no tardaron en convertirse en escenas tempestuosas. Y llegó un momento en que Privalov se dió cuenta, con profundo estupor, de que entre él y su mujer no había nada de común.

Los más asiduos contertulios de Zosia eran Polovodov, que le dedicaba todo su tiempo libre; el impenitente jugador Verevkin padre, Víctor Bajarev, el opulento minero Lepechkin y unos cuantos ingenieros. Eran todos gente de humor regocijado, y Zosia se reía como una loca oyéndoles decir donaires y viéndoles toninear. El tiempo que no estaba con ellos lo pasaba con su caballo favorito o con su oso, a quien había puesto el significativo nombre de *Diablo*. *Diablo*, que había crecido mucho, seguía viviendo en el interior de la casa y era en ella un verdadero azote: destruía los muebles, maltrataba a los perros, entraba a saco en la despensa; una tarde salió a la calle y estuvo a punto de aplastar a una niña.

Pero cuanto más bruto y desaforado se hacía, más le quería Zosia. No podía vivir sin él. Le acos-

taba en la alcoba, donde no dejaba zapato ni vestido sano. Un día, agotada la paciencia, Privalov le dijo a su mujer que si el oso seguía viviendo en la casa le echaría un veneno. Zosia, temiendo por la vida de su valido, decidió al fin mudarle de domicilio, y mandó hacerle en el jardín una especie de cueva, con las paredes y el suelo recubiertos de cemento. Allí le enviaba a diario conejos, liebres y hasta perritos vivos.

Las raras noches que el matrimonio estaba solo, la recién casada se encerraba en un mutismo hueraño, como si se aburriese y se sintiera desgraciada sin la alegre compañía de sus habituales tertulianos.

Privalov se desesperaba al pensar que su mujer no le quería; que tal vez no le hubiera querido nunca, y habían él y ella tomado por amor lo que sólo era un capricho de muchacha mimada.

Todo el mundo estaba de parte de Zosia, y un ambiente de hostilidad mal disimulada se iba formando en torno del desventurado marido. Cuanto ella hacía se consideraba encantador, y el que él lo censurase provocaba una indignación general.

—No sabe usted apreciar el tesoro que ha caído en sus manos—gruñía Lajovski, mirándole con ojos severos.

Zosia se quejaba de que no sabía conducirse en sociedad.

—¡Es usted ridículo, querido!—le decía—. ¡Parece usted un seminarista en visita!

—¿Pero qué quieres que haga, mujer?

—¡Hablar, reírse, estar amable con la gente!

—Es una gente tan insípida y tan estúpida la que viene a vernos...

—Sí, ¿eh?... ¡Está usted celoso, no lo niegue! Adivino sus intenciones: quiere usted aislarme, emparedarme, continuar la tradición familiar. Pero yo no me prestaré a eso. ¡Yo no soy su esclava de usted!

—¡Zosia, eres injusta!

—¡Un reproche más!

—No, mujer... escucha...

—No, no quiero escuchar... no quiero oír piropos. Hemos convenido en que soy ligera, frívola, injusta; en que se reúnen en mí todos los defectos, todos los vicios; en que soy un monstruo... ¿Qué vamos a hacerle?

—Zosia, atiéndeme...

—¡Déjeme usted en paz! ¡Estoy harta de escenas estúpidas!

V

A principios de noviembre, Privalov regresó al molino, del que desde el día de la boda apenas se había ocupado. Placiale alejarse unos días de aquella casa, donde reinaban Polovodov, Lepechkin y otros intrusos.

Naguibin le acogió con gran alegría.

—¡Le esperábamos a usted impacientes, Sergio Alexandrovich!—le dijo—. ¡Todo está ya dispuesto para la primera molienda!

En efecto; el molino estaba ya a punto, y sólo faltaba ponerlo en movimiento. La inauguración tuvo lugar el mismo día de la llegada de Privalov. Además del cura y el personal del molino, con Naguibin a la cabeza, asistió a ella casi toda la población de Garchiki, muy emperejilada.

A una señal de Naguibin fué puesto el molino en movimiento. Se oyó el ruido sordo de las ruedas y las correas, el silbido del vapor. La harina empezó a deslizarse por los planos inclinados de debajo de las muelas, exhalando su cálido olor.

—Mis felicitaciones—le dijo Naguibin a Privalov, estrechándole la mano—. ¡Que el molino prospere, para satisfacción de usted y bien de la comarca!

Los mecánicos, los obreros y los campesinos estrecharon también la mano del millonario y le felicitaron. El pope pronunció un discurso en el que comparó a Privalov con el hijo pródigo, al tornar a sus lares, y con José, al volver de Egipto.

Luego todos los asistentes tomaron asiento alrededor de largas mesas dispuestas en el interior del molino y abundantemente provistas de pasteles, dulces, vino generoso y *vodka*.

En los primeros momentos, los invitados se condujeron como personas serias; pero, trasegadas las tres o cuatro primeras copas, empezó a reinar una animación un tanto dionisiaca, empezaron a oírse canciones populares, gritos y hasta algún terno. Hombres con la faz arrebolada y los cabellos en desorden se acercaban a Privalov, le daban fuer

tes apretones de manos y le abrazaban. Entre las mujeres, cuya mesa, a causa de los vivos colores de sus trajes, parecía un arriate de flores rojas, amarillas y azules, la algarabía era mayor, pues el vino y el *vodka*, como es natural, les producían triple o cuádruple efecto que a los hombres.

—¡Música, música!—gritaron varias voces.

Oyéronse algunos acordeones y balalaikas. Una moza y un mozo se levantaron y se pusieron a bailar. Se unió al punto a la música un canturreo general, acompañado de un rítmico palmoteo.

Media hora después casi todos los asistentes bailaban como peonzas, armando una batahola de dos mil demonios. El propio Privalov, que había bebido mucho y cuyas piernas no estaban muy firmes, bailó, obligado por los campesinos, con una moza vestida de encarnado, entre aclamaciones entusiásticas.

Al día siguiente empezó el molino a trabajar. De toda la comarca acudían carretas de trigo. La afluencia de encargos era cada día mayor. El patio estaba atestado de sacos blancos con un sello verde que rezaba: «Molino Privalov». El numeroso personal no se daba punto de reposo transportando el trigo y la harina, llenando los sacos, pesándolos. Ante la casita de Privalov, convertida en Administración del molino, se agolpaban multitud de campesinos, esperando turno para arreglar las cuentas.

Privalov estaba contentísimo en aquella atmósfera de actividad febril y no añoraba su casa de Uzel.

Casi todos los días le escribía a Zosia, detallándole la marcha de los trabajos. Ella le contestaba con unas cartas muy lacónicas y nada efusivas; pero un día le escribió una que le llenó de alegría: le decía que le echaba mucho de menos y que, a no ser por no dejar solo a su padre, se iría ella también a vivir al campo.

Privalov, muy conmovido por tan cariñosa misiva, se puso en seguida en camino de la ciudad; pero una dolorosa decepción le aguardaba: Zosia le hizo una acogida fría, casi hostil.

—Has hecho mal en escribirme esa carta—le dijo él—. Me has engañado. Creía que te alegrarías de mi venida, y veo que estaba en un error. ¿Qué vamos a hacerle? Me vuelvo a mi molino y procuraré no molestarte más con mi presencia.

El tono de Privalov y su brusca decisión de marcharse asustaron un poco a la joven, que repuso:

—¡No seas así! ¡Tienes un carácter!... ¡Conságrame unos cuantos días!...

El se quedó; pero al día siguiente empezaron de nuevo las discusiones agrias, cada vez más violentas.

VI

Dos días después de su llegada a Uzel, Privalov se encontró, en el Banco, a Bajarev padre. Los dos se azoraron en extremo y no sabían qué decirse.

—¿Hace mucho que ha vuelto usted de las minas, Vasily Nazarich?—preguntó Privalov.

--Hace un mes. ¿Qué tal tu molino?

--Muy bien. Estoy satisfechísimo.

--¡Me alegro, me alegro! ¡Y te felicito por tu matrimonio!

--Gracias. He estado tan ocupado, que no he tenido tiempo de ir a verles a ustedes... Sus asuntos de usted tengo entendido que marchan muy bien.

--Sí; no puedo quejarme.

Sin embargo, el viejo estaba triste y abatido, y Privalov adivinaba la causa: el oro que extraía de sus minas no podía hacerle olvidar a Nadia.

Como María Stepanovna había quemado las cartas de la joven, el rico minero no sabía qué había sido de su hija.

Privalov, aunque sintió vehementes impulsos de hacerlo, no se atrevió a preguntarle por ella. Y se separaron como gentes a quienes sólo une una amistad muy superficial.

Cuando el heredero de las fundiciones volvió a su casa, el criado le entregó una tarjeta de Kostia Bajarev.

--¿Cómo! ¿Está en Uzel?

--Sí, señor. Y no vuelve ya a Chatrov, según me ha dicho. Se hospeda en *El Ancla de Oro*.

Privalov se dirigió en seguida al hotel.

Kostia le recibió con una frialdad burlona.

--¿Vienes para mucho tiempo?—inquirió Sergio

--Para siempre.

--¿Para siempre? ¿Y eso?

--Me han echado.

—¿Que te han echado? ¿Quién?

—Polovodov.

—No comprendo...

—Pues es muy sencillo: mientras tú saboreabas los goces de la luna de miel, Polovodov ha conseguido que le nombren delegado general del Gobierno en las fundiciones, con plenos poderes administrativos. Antes sólo era tutor, y ahora casi es el amo.

—¿Y cómo lo ha logrado?

—Por mediación de Oscar Filipich; le ha hecho firmar a tu hermano unas letras...

—¿Pero si mi hermano es idiota!

—No importa; no ha sido declarado idiota oficialmente, y, por lo tanto, puede firmar letras. Pues bien; como se trata de una suma que no puede pagar la Administración, el mismo Oscar Filipich ha obtenido que se nombre un Consejo de vigilancia de las oficinas, presidido por Polovodov. ¿Comprendes ahora? En cuanto ha entrado en funciones, Polovodov me ha quitado de en medio. Mi puesto ha sido ocupado por un tal Kochnev, pariente de Oscar Filipich.

—¿Qué canallas!... ¡Hay que tomar una determinación!

—Yo ya la he tomado: me voy de director a una gran fundición de la Siberia Oriental. Me ofrecen cinco mil rublos de sueldo y el cinco por ciento de los beneficios.

Bajarev calló unos instantes y meneó, con expresión de reproche, la cabeza.

—¡No comprendo tu abandono, Sergio! ¿Por qué no te fuiste el invierno pasado a Petersburgo, cuando te escribí aconsejándote que lo hicieras?

Privalov no contestó nada e hizo un gesto de desesperación. ¡Si él hubiera podido prever las consecuencias de aquel abandono! Mientras se olvidaba de todo entre los brazos de Antonida Ivanovna, el marido de la enloquecedora mujer minaba el terreno y se adueñaba de las fundiciones...

—Mi hermana me ha dado recuerdos para ti— dijo Bajarev, tras un largo silencio.

—¿Cuál?

—¡Nadia!

—¡Ah!... ¿La has visto? ¿Cómo está?

—Bien... Ahora vive en las minas de Loskutov. Hacen la gran pareja: siempre están hablando de asuntos trascendentales y se preocupan mucho de la felicidad del género humano.

—¿Crees que se reconciliará con tus padres?— preguntó Privalov, en cuyo corazón el viejo, el primer amor, no estaba muerto, sino adormecido.

—Con mi padre, quizá; pero con mi madre, jamás. Mamá es dura y rígida como una roca. Nadia es, a sus ojos, una pecadora que ha perdido su alma para siempre, y los veredictos del cielo deben ser respetados. Tal es la filosofía de mi madre, que mataría a su hija antes que desacatar lo que ella llama el Juicio Supremo...

Cuando salió de *El Ancla de Oro*, Privalov erró largo rato por la ciudad, retardando todo lo po-

sible su vuelta a aquella casa donde en otro tiempo habían vivido sus mayores, de quienes se sentía tan distinto, y vivían ahora unos seres a los que no le unía ningún lazo cordial. No le parecía su casa. Y la de Bajarev, la única que le atraía, la de sus más dulces recuerdos infantiles, la que evocaba en su memoria la imagen de Nadia—tan cara a su alma—, la consideraba cerrada para él.

Involuntariamente, comparó a Zosia con la hija mayor de Bajarev y exhaló un profundo suspiro.

VII

Lajovski parecía un poco mejorado; pero no era el mismo hombre enérgico, resuelto, de espíritu astuto y maligno. Diríase, a veces, que había vuelto a la infancia: tenía caprichos infantiles, se quejaba e incluso lloraba como un niño cuando se tardaba algo en satisfacerlos. Sólo al oír pronunciar el nombre de Pucilo-Malajinsky se animaba. Muy excitado, juraba que lucharía hasta la muerte con aquel canalla. Era su idea fija.

Sarayev, el doctor, no se hacía ilusiones y veía que el desenlace se acercaba. Aprovechando los momentos que juzgaba más oportunos, trataba de preparar al enfermo.

—Está usted mucho mejor—le decía—; pero la vida humana es tan insegura... Le aconsejo que, por lo que pudiera ocurrir, tenga arreglados sus papeles.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que debe usted pensar en el porvenir de su hija...

—¡Me entierra usted vivo, doctor!... He hecho ya testamento en favor de mi hija. Le dejo toda mi fortuna. A mi hijo David sólo le dejo una rentita de trescientos rublos. ¡Que trabaje y se gane la vida! Para los holgazanes como él, el mejor tratamiento es ése. En cuanto a mi hija, puede usted estar tranquilo... Todo se halla a punto.

Y, para confirmar sus palabras, sacaba de un cajón del bufete el borrador del testamento y lo leía en alta voz.

—Pero se engaña usted si piensa que voy a morir pronto—añadía—; usted sabe que una idea obsesionante ata, a veces, a un hombre a la vida, aunque esté muy enfermo. Yo tengo una de esas ideas...

—¿Y qué idea es?

—La de vengarme del canalla de Pucilo-Malajinsky. ¡Le aseguro a usted que no me moriré sin aplastarle! Sigo todos sus pasos y acecho la ocasión de asestarle el golpe mortal.

Privalov le contó a su suegro lo que acababa de decirle Kostia Bajarev. El viejo le escuchaba atento, y su frente iba cubriéndose de un sudor frío.

—Verevkin debe de haberme escrito; pero no he recibido su carta.

—¿Tiene usted absoluta confianza en Verevkin?
¿No le habrá traicionado?

—¡No! El que lo ha maquinado todo ha sido un tío suyo, Oscar Filipich...

El viejo se dió una palmada en la frente.

—¡Ah, ahora recuerdo!—dijo—. Aquí, en este despacho, urdimos una conspiración contra usted ese Oscar Filipich, Polovodov y yo... ¿Cómo iba yo a suponer entonces que usted se casaría con Zosia?

Gimió sordamente y empezó a tirarse de los pelos, como si quisiera arrancárselos.

—¡Ese canalla de Polovodov es capaz de todos los crímenes!—continuó—. ¡Con qué diabólica habilidad le ha minado a usted el terreno, en unión del indigno pescador de caña!

Y le refirió a su yerno, sin omitir detalle, la visita del banquero y el alemán.

Privalov le escuchaba indignado y asqueado.

—Lo que no comprendo es por qué no me contó usted todo eso cuando pedí la mano de Zosia.

—Me lo impidió Polovodov. Me obligó a darle mi palabra de honor de que no le diría a usted nada. Además, aunque él no me lo hubiera impedido, yo quizá no me hubiera atrevido a confesarle a usted, mi futuro yerno, aquella canallada, sobre todo estando seguro, como lo estaba, de que mi confesión sería inútil, pues las poderosas influencias de Oscar Filipich en la capital hubieran hecho ineficaces todas sus gestiones de usted, aunque usted se hubiera ido a Petersburgo y hubiera tomado personalmente cartas en el asunto.

—Quisiera saber una cosa: ¿Zosia estaba ente-

rada de todas esas maquinaciones? Polovodov no debe de ocultarle nada...

—¡Le juro a usted que la pobrecita ni sospechaba...!

Privalov salió del despacho de Lajovski en el estado de excitación que es de presumir.

Ahora se explicaba muchas cosas. No le cabía duda de que su casamiento con Zosia había sido arreglado por Polovodov, a fin de paralizar su acción contra los tutores. Sacrificándole a Zosia, el banquero salvaba su propia pelleja...

Aquella noche, Lajovski tuvo un nuevo ataque.

Los esfuerzos del doctor Sarayev para salvarle fueron vanos. Momentos antes de morir pidió pluma y papel por señas y, con mano trémula, escribió: «Pucilo-Malajinsky».

Entre las contadas personas que rodeaban su lecho de muerte se encontraba la señora Zaplatin. Nadie sabía cuándo ni cómo se había introducido allí; pero ella daba órdenes como si estuviera en su casa.

—¡Hay que buscar el testamento!—murmuró al oído de Zosia, que lloraba, sentada a la cabecera de su padre.

—Déjelo, déjelo... Ya se buscará.

—¡No, no! ¡Hay que buscarlo en seguida! ¡No faltaba más!

Pero aunque revolvió — sin pedirle permiso a nadie— los papeles de todos los cajones, la ex institutriz sólo encontró dos borradores de testamento sin valor jurídico alguno.

Al día siguiente se lanzó a la calle muy de mañana y visitó todas las Notarías de la ciudad, preguntando por el testamento de Lajovski; pero en ninguna de ellas lo halló.

—¡Pobre amiga mía!—le dijo a la hija del difunto—. ¡El único heredero de su padre de usted es, según la ley, su hermano David!

Estaba tan indignada como si la desheredada fuera ella.

VIII

Declarado único heredero, David compró, poco después de la muerte de su padre, una lujosa casa, adonde se trasladó, para vivir más a sus anchas. Y se entregó de lleno al libertinaje y al derroche.

Zosia estaba muy triste y muy alicaída, y ni del caballo ni del oso hacía ya caso.

La señora Zaplatin, con gran enojo de Privalov, se había convertido en la acompañante más asidua y la consejera íntima de la joven, que no podía vivir sin ella, y cuando ella no iba *motu proprio* a hacerle compañía, enviaba en su busca a la doncella.

Privalov trataba a su mujer con una cortés indiferencia, como si fuera una extraña. Zosia advertía que había dejado de amarla, pero no se apuraba.

—Me es igual—le decía a la ex institutriz—. A veces hasta me olvido de que existe.

—¿Sabe usted por qué está tan frío y tan re-

servado con usted? Es muy sencillo: él se creía que heredaría usted la fortuna de su padre, y por eso se le declaró. Y como se ha llevado chasco... Todos los hombres son lo mismo: egoístas, materialistas. ¡Créame, querida, los conozco!

—En esta ocasión se engaña usted, Jionia Alekeyevna. A mi marido no le ha guiado el interés al casarse conmigo. Mi marido no es ambicioso; es tonto. Por lo demás, se lo repito a usted, no existe para mí...

Al regresar de Petersburgo, donde se había pasado cerca de un año, Nicolás Verevkin informó minuciosamente a Privalov de sus trabajos en la capital: había visitado casi a diario los ministerios, había solicitado el apoyo de una porción de autoridades y personajes influyentes—ministros inclusive—, que le habían prometido desposeer de la tutela a Lajovski y a Polovodov; pero todo había sido en vano: Oscar Filipich, con una habilidad verdaderamente diabólica, había logrado conquistar gente en todas partes.

—No obstante—añadió el abogado—, yo hubiera conseguido vencerle, a no ser porque, en el momento decisivo, se atrajo, interesándola en el negocio, a una dama que goza de enorme influencia, una especie de ministra, no consorte, sino efectiva. ¡Qué lástima no habémosla atraído nosotros!

—¿Cómo?

—¡Pagándole, y pagándole bien! Acostumbra a cobrar muy caro. Yo he logrado, poniendo en juego un sin fin de buenas relaciones, que me con-

ceda una entrevista. Y me ha parecido una mujer listísima.

—¿Es joven?

—Tendrá unos treinta años. Es una heroína de Balzac. Está dotada de un encanto *sui generis*, que debe de impresionar mucho a los viejos magistrados. Me han asegurado que tiene chochos a dos ministros. Cuando le he expuesto el objeto de mi visita, me ha dicho: «¡Pero por qué viene usted tan tarde? Ahora ya no puedo hacer nada. Su rival de usted se ha anticipado... Le aconsejo que se vuelva a su tierra. El tiempo que siga en Petersburgo será tiempo perdido.» Y cuando yo me he levantado, en son de despedida, me ha dado otro consejo que revela un admirable espíritu práctico. «Esperen ustedes un año—ha añadido—. Embriagados por el triunfo, los tutores no tendrán a raya su codicia y al presentar el balance anual será fácil cogerles en falta... en falta grave.»

—Bueno, ¿y qué cree usted que debemos hacer?

—Lo que nos aconseja el ministro con faldas: esperar. En el momento propicio tomaremos el desquite, ayudados por tan servicial dama... Claro es que habrá que untarle la mano.

—¡No estoy dispuesto a eso! Prefiero perderlo todo a recurrir a semejantes medios.

—Hace usted mal, amigo mío. Sus enemigos de usted no son tan escrupulosos. Si renuncia usted a combatir con sus mismas armas, no les vencerá.

—Se puede vencer sin imitarles en los procedimientos: nuestra causa es de una justicia evidente.

Por lo demás, esa mujer tiene razón: hay que vigilar a Polovodov y sorprenderle *in fraganti*.

—¡Con tal que no sea demasiado tarde...!

IX

Privalov iba con frecuencia al molino, donde se trabajaba cada día más; pero, no obstante, le quedaba mucho tiempo libre. Su casa se le caía encima y, para matar el tiempo, empezó a ir por las noches al club. A pesar de la atmósfera de taberna que allí se respiraba, no se aburría del todo. No queriendo estar siempre de mirón, tomaba asiento a veces entre los jugadores y jugaba él también. Algunas noches se retiraba al amanecer.

Poco a poco fué acostumbrándose a aquel ambiente, y hasta llegó a encontrar soportables a los jugadores. Observándolos, hizo de ellos la siguiente clasificación: los había que, como él, sólo iban a matar el tiempo; los había que iban a principios de mes a jugarse la paga, y casi siempre la perdían; los había, en fin, profesionales, y entre éstos existían verdaderos magos del juego.

Aquel invierno, los héroes del tapete verde eran Verevkin padre y el minero Lomtiev. Siempre habían jugado asociados; pero recientemente habían reñido y parecían haberse jurado una guerra sin cuartel. Su duelo «a naipes» despertaba un apasionado interés entre los concurrentes al club, que se agolpaban alrededor del verde palenque y se-

guían con emocionada atención todas las peripecias de la partida. Los espectadores hacían pronósticos, y faltaba poco para que surgieran apuestas: ambos contrincantes eran considerados los mejores jugadores de *whist* de la comarca.

—¡Verevkin es un verdadero Napoleón!—decía uno de los mirones—. ¡Cómo acorrála a su adversario!

—Sí—replicaba otro—; pero no olvides que Napoleón encontró al cabo la horma de su zapato en Alejandro primero.

Privalov se pasaba horas enteras mirando jugar a los dos adversarios. El famoso duelo había comenzado a fines de otoño y sus alternativas llevaban camino de prolongarlo todo el invierno.

—El señor Verevkin—le dijo una noche, en tono confidencial, a Privalov el portero del club, ayudándole a quitarse el gabán—será el vencedor. No cabe duda. ¡Tiene una suerte...! Esta madrugada había ganado ya treinta y seis mil rublos. El invierno pasado ganó más de cuarenta mil; pero entonces jugaba asociado con el señor Lomtiev...

David Lajovski se había hecho un jugador terrible; pero jugaba muy mal, sin aplomo, y perdía diariamente grandes cantidades: lo que iba empezando a mermar la fortuna que había heredado de su padre.

Una noche, Privalov, como entrase sin ser notado en una de las salas de juego, oyó una conversación entre dos de los jugadores que se hallaban de

espaldas a la puerta que le hizo ponerse encarnado hasta la raíz de los cabellos.

—Está casado con la mujer más guapa de Uzel, la hija del difunto Lajovsky.

—¡Ah, Zosia Lajovsky! Tuve el gusto de bailar con ella una vez... Es muy amiga de Polovodov, ¿no?

—¡Muy amiga! En todas partes se hacen sabrosos comentarios de esa amistad. El único que no ha reparado aún en ella es el marido, aunque los dos «amigos» maldito lo que disimulan... Ahora parece que se han hecho un poco más prudentes y celebran sus *tête à tête* en casa de cierta señora Zaplatin, una dama muy complaciente, que, mediante regalos en metálico o en especie, protege los amores ajenos y pone a la disposición de los amantes un aposento confortable... Polovodov es un cuco: no contento con ser casi el amo de las funciones de Privalov, es, por añadidura, copartícipe de la mujer.

Aquella noche Privalov no pudo conciliar el sueño. ¿Era posible que Zosia le engañase, se burlase de él, le estuviera poniendo en ridículo?

Trataba de recordar los gestos, las actitudes, las palabras de su mujer en presencia de Polovodov. Quizá, quizá... ¡Pero, en caso de ser cierto lo que había oído, él no quería seguir siendo el clásico cornudo en Babia mofa de las gentes! Obligaría a Zosia a decirle la verdad y...

«¿Y qué?», se preguntó, sentándose en la cama.

¿Qué haría si ella le confesaba que, en efecto, era

la amante de aquel canalla? ¿Matarla? ¿Matar a Polovodov? ¿Matarlos a los dos?... ¡No! Aquello sería una salvajada. Además, ¿qué derecho tenía él a exigirle fidelidad a una mujer a quien no quería? Lo único que podía exigirle era que respetase su casa, su nombre, su honor. Si le era infiel, la devolvería la libertad, se divorciaría... Pero, ante todo, era necesaria una franca explicación entre ambos.

Hacia el mediodía le despertó Nicolás Verevkin.

—¿Sabe usted—le contó, sentándose junto a la cama—que mi padre ha perdido esta noche todo lo que le había ganado a Lomtiev y diez mil rublos más? Piensa ir a desquitarse a la feria de Irbit. Todos los jugadores que han perdido mucho van a Irbit en busca del desquite, como a un balneario los enfermos en busca de la salud.

Tocó el timbre, pidió *vodka* y añadió:

—Y yo también pienso ir a Irbit.

—¿A jugar?

—No; tengo allí algunos asuntillos. ¿No ha estado usted nunca? Es muy interesante. Si no le retiene a usted aquí ningún quehacer urgente, véngase conmigo. Le aseguro que se divertirá.

Privalov reflexionó un instante.

—¿Es una buena idea!—dijo—. Le acompaño.

—¿Magnífico! No perderá usted el viaje: a la feria de Irbit acuden muchos tratantes en granos y en harinas, entre los que podrá usted encontrar buenos clientes.

La decisión de ir a Irbit animó a Privalov. Au-

sentándose una temporada, podía demorar la solución de su problema conyugal.

Algunos días después se marchó, en compañía de Nicolás Verevkin.

X

Bastante antes de llegar a Irbit empezaba a notarse la proximidad de la feria.

El coche avanzaba difícilmente por el camino lleno de baches, se atollaba en los surcos que un tránsito rodado insólito había abierto aquellos días.

—Se marea uno como en un barco—decía, riéndose, Privalov—. Parece que ha pasado por aquí un ejército con numerosa artillería pesada.

Irbit, que en tiempo ordinario no es mas que una gran aldea, parecía ahora, no una ciudad—que eso no lo parece nunca—, sino un enorme campamento, donde se habían reunido representantes de todas las nacionalidades, lenguas y religiones. Aquella feria era como un mar agitado, en cuyo oleaje se perdía, como una gota de agua, todo el que llegaba. El afán de ganar dinero había congregado allí una abigarrada multitud, hirviente y ruidosa. Producía la impresión de una rueda gigantesca que arrastrase en su giro miles y miles de seres humanos, todos gritando como locos.

—Hay que buscar a *papachen* — dijo Verevkin cuando el coche se detuvo ante una hospedería —.

No será difícil encontrarle, pues él y Lomtiév, su adversario, gozan aquí de gran popularidad.

La habitación que les dieron a Privalov y a Verevkin—la única desocupada que había—era sucia, maloliente y de un mobiliario indecoroso, a pesar de que se cobraban por ella tres rublos diarios. Después de tomar una taza de te y descansar un poco, Privalov se fué a pasear un rato por la feria. La primera persona conocida a quien se encontró fué Víctor Bajarev. Se abrazaron.

—¿Qué te trae por aquí?—preguntó Privalov.

—Vengo en alas del amor.

—¿De qué amor? ¡Tú cambias de amor tan a menudo...!

—Se trata de Katia Kolpakova. ¡Una perla! Hace seis meses que le hago la corte sin resultado. ¿Y quién dirás que es mi rival?

—¿Quién?

—¡Verevkin padre! Su suerte en el juego le proporciona grandes éxitos entre las cantatrices y las bailarinas. ¡Pero yo no me dejaré tomar el pelo! La muy piruja lleva seis meses burlándose de mí. ¡Y conmigo no se juega!

Aquella noche, Privalov, Nicolás Verevkin y Víctor Bajarev se reunieron en una indecente taberna, donde resonaba el horrible estruendo de un órgano mecánico. Víctor estaba un poco borracho, y Verevkin se divertía haciéndole rabiar.

—Parece mentira—le decía—que un muchacho como tú se deje vencer por un viejo de sesenta años como mi padre.

—¡Ya verás, ya verás el día menos pensado...!— contestaba Víctor con acento amenazador, dando terrible puñetazos sobre la mesa.

—¿Piensas desafiar a *papachen*? No estaría mal. Un duelo a la americana, a dos pasos de distancia...

—Te ríes, ¿eh?

—¡Claro, infeliz...! ¿No te haces cargo de que Katia Kolpakova se burla del amor? Ha venido aquí, como todos nosotros, a ganar dinero, y como tú no puedes pagarle sus favores según acostumbra ella a cobrarlos, es muy natural que busque clientes más adinerados.

Los tres amigos bebían como esponjas. Privalov había olvidado sus hábitos de sobriedad. En aquella feria se emborrachaba todo el mundo. Sin *vodka* no se vendía ni se compraba nada, no había trato posible. Se bebía al comenzar las negociaciones, se bebía al cerrar el trato, se bebía con cualquier pretexto y sin pretexto alguno. El no beber se consideraba casi ofensivo.

—¿Adónde iremos esta noche?—preguntó Víctor Bajarev.

—Vamos al hotel de la Bolsa o al «Metropole» —propuso Verevkin—. Son sitios muy típicos.

Hay que enseñarle a Sergio Alexandrovich lo más genuino y pintoresco de esta famosa feria de Irbit, donde se dan la mano, por decirlo así, Asia y Europa.

XI

La noche había refrescado mucho cuando Privalov, Verevkin y Víctor, abriéndose camino a través del barro y la nieve, se dirigieron al hotel de la Bolsa. Las calles, a pesar del pésimo alumbrado de petróleo y de lo tarde que era, estaban muy animadas. Numerosos carruajes circulaban por ellas, con no poca dificultad a causa del mal piso y de lo desordenado de su tránsito; los cocheros juraban y molían a latigazos a los desgraciados caballos. Casi todas las casas, transformadas en tabernas, garitos o prostíbulos, estaban alumbradas. En su interior sonaban gritos, risas, canciones de borrachos, musiquitas de balalaikas, guitarras y acordeones.

Ante el hotel de la Bolsa había una larga fila de carruajes.

Cuando Privalov, Verevkin y Víctor entraron, el ruido ensordecedor de la muchedumbre que llenaba los salones—a través del cual se oían los cantos de las cantatrices medio ebrias—les aturdió.

La primera impresión de Privalov fué tan desagradable, que el abogado tuvo que agarrarle de un brazo para que no huyese.

—¡Hay que verlo todo!—le dijo—. La feria de Irbit es una cosa única en el mundo. Además, la vida es la vida, amigo mío.

En el gran salón reinaba un desorden infernal. En torno de las mesitas mojadas de vino y de *vodka*, multitud de hombres, en su inmensa mayo-

ría borrachos, gritaban, reían, golpeaban el mármol con los vasos. Había entre ellos comisionistas de Moscú, comerciantes de Odesa, ricachones siberianos, rumanos, chinos, franceses, ingleses. Junto a los hombres de negocios que habían ido a Irbit llevados por sus asuntos se veían no pocos de esos personajes sin profesión fija que acuden al olor de los millones y que lucen en todas las ferias sus gruesas cadenas de oro y sus deslumbrantes solitarios.

En el reducido tablado cantaba, con una mímica indecente, una canzonetista vestida de un modo no mucho más honesto que sus ademanes. El público la coreaba.

—¡Bravo! ¡Bravo!—gritaba de cuando en cuando, poniéndose en pie, un obeso anciano que ocupaba una de las mesas próximas a la de los tres amigos.

Y como advirtiese que éstos le miraban con curiosidad, les hizo saber, muy orgulloso, que aquélla era la sexagésima feria de Irbit en que él expansionaba el ánimo.

Privalov pensaba, contemplando a toda aquella gente: «He aquí la fuerza que mueve millares de máquinas y millones de obreros; he aquí el capital sin careta, en toda su salvaje brutalidad, despojado de la apariencia de civilización de que se reviste en las casas de banca, en las oficinas mercantiles.»

—¡Hombre, el *kirguiz* Chelejov! — dijo Verevkin—. ¡Con quién está? ¡Ah, sí, con Lepechkin! Se han hecho muy amigos. ¡Ya nos han visto!

En efecto; el *kirguiz* y el rey de las minas se habían levantado y se dirigían, a través de la muchedumbre, a la mesa del abogado, el millonario y el joven libertino.

—¿Usted aquí?—exclamó Chelejov, con grandes aspavientos—. ¿Sergio Alexandrovich en el infierno donde los pobres pecadores perdemos nuestras almas?

Verevkin les preguntó cómo encontraban la feria aquel año.

—¡Admirable!—contestó Lepechkin—. ¡Y es uno de los años que más me divierto! Este sinvergüenza de Chelejov no para de armar escándalos. Anoche, delante de todo el público, cogió por la cintura a una cantatriz y la puso cabeza abajo. Excuso decirles a ustedes que la pobre enseñó, sin querer, algo más de lo que acostumbra a enseñar. Esta mañana ha destrozado un acuario, intentando bañarse en él. Ha habido que pagar los vidrios rotos y los peces muertos. ¡Ja, ja, ja!... ¡Eh, mozo! Doce botellas de champaña.

—Si no me equivoco—dijo Chelejov—, ésta es la quinta docena de hoy. A este paso, al terminar la feria nos habremos bebido toda una mina de oro.

Privalov, bebiendo champaña se animó un poco. Chelejov, que se había sentado a su lado, le rodeó el cuello con el brazo y murmuró:

—¿Por qué no vas nunca a casa del viejo Bajarev? ¡Haces mal, Sergio! Te quieren como a un hijo... ¡Por qué te has casado con la hija de

Lajovski? No es digna de atarle los zapatos a Nadia...

— ¡Hombre, *papachen!* — profirió Verevkin—. ¡Creo que es el único concurrente que no está borracho! ¿Sabe usted cómo van sus asuntos, Lepechkin?

— ¡Admirablemente! Ha ganado estos días cincuenta mil rublos. Lo malo es que no sabe detenerse a tiempo y volverá a perderlo todo... Parece que se dispone a irse. Apostaría cualquier cosa a que va a casa de Catalina Ivanovna, donde tienen lugar las partidas de juego más desaforadas de esta feria. Déjense ustedes caer por allí. Se divertirán. Que les lleve mi *troika*. Pregunten en la puerta por el *troika* de Lepechkin.

— ¡Sí, sí, vamos! — gritó Verevkin.

Los tres amigos se despidieron y se dirigieron a la puerta.

Momentos después subían al *troika* de Lepechkin, famoso en toda la región. El coche estaba tapizado con magníficos tapices persas; los caballos costaban una fortuna cada uno; el cochero, un viejo de lengua barba blanca, tieso como un huso, era considerado el mejor cochero de la Siberia.

— ¡A casa de Catalina Ivanovna! — le ordenó Verevkin.

El viejo lanzó un grito salvaje y el *troika* partió, veloz como una flecha, hacia el extremo sur de la aldea, con un alegre tintineo de cascabeles, deteniéndose a los pocos minutos ante una casa de dos pisos, a través de cuyas ventanas se veía luz.

Una doncella salió a la escalinata y miró un si es no es recelosa a los recién llegados.

—No tengas cuidado—le dijo Verevkin—. Son amigos.

XII

En un gran salón, lujosamente amueblado, los tres amigos fueron recibidos por Catalina Ivanovna. La aventurera vestía un traje de terciopelo obscuro que hacía resaltar la mate palidez de su rostro. Una mariposa de brillantes adornaba sus cabellos.

—¿Es ésta la Katia Kolpakova de quien está Víctor tan encaprichado?—le preguntó en voz baja Privalov a Verevkin.

—La misma, amigo mío. ¡Una mujer encantadora! Les cuesta un riñón a todos estos ricachones. Esta casa, estos muebles, esos brillantes, todo lo pagan ellos...

—Permitame, Catalina Ivanovna —añadió—, que le presente a Sergio Alexandrovich Privalov.

Ella estrechó, sonriendo amablemente, la mano del millonario.

—He oído hablar mucho de usted—dijo—. Y hace tiempo que deseaba conocerle.

—Es un amigo—interpuso Verevkin—algo peligroso para usted.

—¿Por qué?

—Porque es un moralista terrible, y a lo mejor nos la convierte a usted.

El abogado, que parecía conocer muy bien la casa, se llevó a Privalov al salón inmediato, dejando a Víctor con Catalina Ivanovna.

—Va usted a ver, querido Sergio Alexandrovich, una timba interesantísima.

Los jugadores, sentados alrededor de una larga mesa verde, ni siquiera levantaron la cabeza al entrar el abogado y el millonario: tan absortos estaban en el juego. Jugaban en silencio y con una solemnidad que tenía algo de religiosa.

—Mire usted a *papachen*.

Verevkin padre, pálido, la mirada huraña, llevaba la banca, y sus manos finas como las de una mujer distribuían las cartas. Sentado al otro extremo de la mesa había un señor, joven aún, pero en cuyo rostro habían dejado sus huellas avejentadoras las noches sin sueño y las largas tensiones nerviosas del jugador profesional. Ocupaban las sillas laterales diez o doce industriales y comerciantes opulentos. Numerosos mirones, de pie, seguían, atentos y ansiosos, las peripecias del duelo entre el viejo Verevkin y su adversario.

—¿Quién es ese señor? —le preguntó Privalov al abogado.

—Korobov, un antiguo oficial de la Guardia imperial, de una gran familia. Es un jugador impenitente, que ha perdido toda su fortuna en el juego y acabará por ser protagonista de algún escándalo formidable, si su mala suerte le arrastra, como a otros jugadores de oficio, a hacer fullertás.

—Los señores Verevkin y Korobov llevan treinta

y seis horas jugando casi sin interrupción—susurró al oído de Privalov un hombrecillo calvo, de aspecto servil—. ¡Siéntense ustedes!

Les acercó dos sillas a los recién llegados y se retiró modestamente.

—Y este señor, ¿quién es?—inquirió Sergio.

—No sé. Debe de ser uno de esos cortesanos de timba que rodean siempre a los grandes jugadores y que son como sus satélites.

El salón parecía un *boudoir*: muebles muelles, tapices, flores; una lámpara con pantalla rosa; numerosos cuadros, en casi todos los cuales el pincel había rendido culto a la belleza femenina.

Korobov perdía y perdía sin inmutarse. El montón de monedas de oro y de billetes que había ante Verevkin padre crecía por momentos.

—¡Desde anteanoche ha ganado más de treinta y seis mil rublos!—murmuró alguien al oído de Privalov.

Este puso algunos billetes a una carta y perdió; jugó dos veces más, y perdió también.

En cinco minutos había perdido 600 rublos. Se levantó, se cogió del brazo de Nicolás Verevkin y ambos se retiraron al otro extremo del salón, donde había una mesa con vinos, licores, *vodka* y fiambres.

Papachen tiene hoy una suerte diabólica. Va a dejar sin un copeck a ese pobre Korobov.

Momentos después se acercó a la mesa el ex oficial de la Guardia imperial. Se bebió una tras otra tres copas de *vodka* y salió del salón.

—¡Finita la comedia!—dijo, señalándole con los ojos, Nicolás.

—¿Ha perdido?

—Debe de haber perdido hasta el último rublo. ¿Qué vamos a hacerle? ¡Que no hubiera jugado!

XIII

Se oyó en el vestíbulo ruido de voces, y a los pocos momentos irrumpieron en el salón el *kirguiz*, Chelejov y Lepechkin, turbando el silencio solemne que allí reinaba.

—¡Pero esto es un convento!—gritó Lepechkin.

—¡Es un colegio de doncellas nobles!—rectificó Chelejov.

Y ambos se pusieron a contar, interrumpiéndose el uno al otro, el escándalo que acababan de armar en el hotel de la Bolsa. Chelejov se había fingido loco y había empezado a gritar y a romper copas y botellas; luego había saltado al tablado y había comenzado a abrazar a las artistas.

—¡No pueden ustedes figurarse el pánico que se ha apoderado del público!—decía Lepechkin—. La gente se ha creído que en efecto se trataba de un loco. Los concurrentes más valerosos se han lanzado sobre él, le han atado los brazos y las piernas y, por indicación mía, lo han metido en mi *troika*. ¡Y aquí nos tienen ustedes!

El rey de las minas sacó la cartera y añadió, dirigiéndose a Catalina Ivanovna:

—Voy a jugar para ti; todo lo que gane...

—Lo mejor sería que me regalases el dinero que vas a jugarte. Lo has de perder...

—¡No, no! ¡Quiero probar suerte!

El juego se animó. El sitio de Korobov había sido ocupado por un rico comerciante de Irkutsk.

El rico comerciante perdía también sin cesar y se impacientaba, juraba, trémulas las manos.

Lepetchkin jugó fuerte desde el primer momento. Algunos mirones, excitados por su ejemplo, abandonaron su actitud meramente contemplativa. Entre ellos figuraba Privalov, que recobró en un instante lo que había perdido, y comenzó a perder de nuevo.

El juego se intensificaba: las posturas eran mayores cada vez. El montón de monedas de oro y billetes de Banco de Verevkin padre seguía creciendo y despertaba en los «puntos» un vehemente deseo de tomar a toda costa el desquite. Privalov, un poco borracho, estaba furioso contra el viejo y afortunado jugador y jugaba con arrebatado denuedo; pero perdía siempre.

De pronto sintió que le tiraban suavemente de la manga. Se volvió, y su mirada se encontró con la de Catalina Ivanovna, que le llamaba con los ojos. La siguió al salón inmediato.

—¡No quiero dejarle a usted jugar!—dijo ella, cerrando la puerta.

—¿Por qué?

—Porque estoy segura de que perderá usted.

—¿No cree usted posible que gane?

—No. Verevkin es un rival muy peligroso. Además, se impacienta usted y eso trae desgracia.

—¡Tiene usted razón, me conduzco un poco absurdamente! Estoy algo borracho. ¡No juego más!

—¿Quiere usted que demos un paseo en coche? Eso nos despejará. Voy a decir que enganchen.

Privalov volvió al salón de juego, donde estaba a punto de ocurrir algo trágico. En el montón ingente de las ganancias de *papachen* se veían ya, además de billetes y monedas, algunas sortijas con magníficos solitarios, un alfiler de corbata y dos relojes de oro.

—¿Conque no quieres abrirme crédito?—le gritaba Lepechkin a Verevkin padre.

—No puedo, no puedo...

—¿Cómo que no puedes? ¡Aunque te firme un pagaré?

—No juego nunca contra pagarés.

—¡Pero conmigo bien podías hacer una excepción, marrano! ¡Han visto ustedes qué canalla? Yo le he salvado muchas veces en el momento crítico, y ahora él...

El escándalo iba tomando caracteres alarmantes. Lepechkin y algunos otros puntos estaban dispuestos a darle al viejo una paliza.

Catalina Ivanovna, atraída por las voces, acudió presurosa.

—¡Vamos, señores!—gritó—. ¡No están ustedes en una taberna! ¡Basta, se lo ruego! Me deben ustedes un poco de respeto...

Verevkin padre tiró las cartas y declaró:

—¡Se acabó! No juego más. Tengo que descansar un poco.

Y cogiendo un puñado de oro del montón, se lo tendió a Lepechkin:

—¡Toma!

El otro tomó el oro y preguntó:

—¿Por qué te has negado a abrirme crédito y ahora me das dinero?

—Porque si te hubiera abierto crédito hubiera empezado a perder en seguida.

—¡Eso son tonterías!

En aquel momento se oyó un sonoro tintineo de cascabeles.

—¡Señores, ya han enganchado!—dijo Catalina Ivanovna—. ¡En marcha!

Toda la tertulia, después de tomar un bocado y beberse algunas copas de *vodka*, se dirigió a la puerta. Ante la escalinata había tres trineos *troikas*, muy amplios y lujosos, en cada uno de los cuales se había dispuesto una buena provisión de botellas y comestibles, como para una excursión de cientos de kilómetros. También estaba allí el *troika* de Lepechkin. Ocupáronlo éste, Catalina Ivanovna, Privalov, Chelejov, Verevkin padre y Verevkin hijo. Catalina llevaba una magnífica pelliza de piel de zorro y un gorro de lo mismo, muy coquetón.

—¡Guiaré yo!—anunció.

—¡Guía tú, madrecita—repuso Lepechkin—, y llévanos adonde quieras! Contigo iríamos gustosos incluso al infierno.

Cogió ella las riendas y la fusta y lanzó, sin duda imitando al cochero, un grito salvaje. Los caballos emprendieron una carrera loca. Los trineos no tardaron en quedarse muy atrás.

Las estrellas empezaban a palidecer; aparecía por Oriente un blanco resplandor. El *troika* atravesaba como una exhalación el bosque, subía y bajaba cuestras, parecía una frágil barca, juguete de las olas. La nieve levantada por el galopar de los caballos salpicaba profusamente las pellizas, los gorros, los rostros. El aire frío y la carrera vertiginosa, en vez de despejar a Privalov, diríase que le emborrachaban más. El exponía, ansioso, la faz al viento campesino, que se la azotaba, y a la nieve, que parecía clavar en sus mejillas afiladas agujas. Se sentía como arrebatado por una fuerza misteriosa, a la que se abandonaba, perdiendo poco a poco la conciencia.

Recordaba de un modo muy vago lo que ocurrió después. Los *troikas* se detuvieron ante una rústica casita. Los excursionistas bajaron a calentarse un poco. Privalov vió, a través de su borrachera, a algunas muchachas campesinas a quienes los excursionistas hacían beber vino, abrazaban y besaban. Otra vez a los *troikas*. Una nueva carrera vertiginosa, recibiendo el azote del viento y las cegadoras salpicaduras de la nieve. Luego, otra parada ante una casa donde había música y muchas mujeres. Bailoteo general. Lepechkin y Chelejov, tan ebrios que apenas podían tenerse en pie, bailaron el *kamarinsky* en

medio de un corro de curiosos, entre aplausos y bravos entusiásticos.

—¡Mesas! ¡Juntad mesas!—gritaron varias voces.

Con unas cuantas mesas se formó una especie de tablado. Y Privalov vió, siempre a través de su borrachera, a Catalina Ivanovna, en camisa, sobre el improvisado escenario. El público aulló de alegría, como una manada de lobos hambrientos al echárseles carne. Delirante ovación. La cortesana fué levantada en volandas por sus admiradores. Entreacto de inconsciencia, de sueño casi comatoso. Al despertar, Privalov se encontró en una habitación desconocida. Las blancas y sedosas manos de Catalina Ivanovna le acariciaban los cabellos. Veíanse por todas partes botellas rotas. Unos cuantos hombres dormían en el suelo, en las posturas más fantásticas. Sobre unas cuantas sillas puestas en hilera, el macizo Nicolás Verevkin roncaba estrepitosamente.

—¿Qué hora es?—preguntó Privalov.

—Las nueve... de la noche—contestó, riendo, Catalina Ivanovna.

Luego, palmoteando, gritó:

—¡Arriba, señores! ¡Ya es hora de ir al teatro!

XIV

El teatro de la feria—una enorme caseta—estaba rebosante.

En un palco muy próximo al escenario, Privalov y Nicolás Verevkin, que no habían seguido al *buffet* a sus compañeros de juerga, charlaban, contemplando el patio de butacas.

Congregábase allí toda la «gente conocida» de los Urales y la Siberia: los más ricos tratantes en granos, en maderas, en pieles, los reyes del petróleo, los magnates de la Bolsa, los propietarios de las minas más famosas.

—Nuestra burguesía—decía Verevkin—carece, a pesar de su enorme riqueza, de la importancia social de la burguesía de América y de la Europa Occidental. No tiene el menor influjo político ni aspira a tenerlo. La riqueza es su única aspiración. De ahí que sea la más estúpida, la más salvaje de las burguesías...

Privalov vió, de pronto, en un palco vecino a Polovodov. Le acompañaba David Lajovsky.

El banquero hablaba en tono doctoral y el joven le escuchaba atento y respetuoso.

—David está ahora educándose bajo la dirección de Polovodov—añadió el abogado—. Ese jabbalí quiere conquistar el derecho a figurar entre la juventud dorada.

No tardó el palco en ser invadido por Verevkin padre—que se había convertido en el héroe de la feria y era objeto de la admiración general—, Lepechkin, Chelejov, Korobov y algunos otros señores a quienes Privalov no conocía. Casi todos ellos eran jugadores cuyos bolsillos había vaciado el viejo Verevkin, y que le seguían a todas partes,

como orgullosos de que hubiera sido él y no otro su vencedor.

—*Papachen* tampoco ha dormido esta noche. Mientras nosotros hemos dormido la mona, él ha seguido trabajando. ¡Lleva ya ganados ochenta mil rublos! Yo le he aconsejado que no juegue más; pero se le ha metido en la cabeza llegar a los cien mil... ¡Calla! Yo me creía que Víctor Bajarev estaba en brazos de Morfeo y está allí, en la primera fila de butacas. ¡A ver si arma un escándalo! Voy a poner sobre aviso a mi padre.

Verevkin se acercó al autor de sus días y le dijo algunas palabras al oído.

—¿Le crees capaz...?—preguntó el viejo.

—¿No he de creerle? Debías prevenir a Katia.

—No hay tiempo: va a salir en seguida a escena.

En aquel momento se alzó el telón y una salva de aplausos acogió a Catalina Ivanovna. La cantatriz, vestida de griseta parisién, saludaba, sonriente, al público y le enviaba besos. Un acomodador le entregó, por encima de las candilejas, un enorme ramo de flores. Ella estrechó el ramo contra su pecho y le dirigió a Verevkin padre una encantadora sonrisa.

El director de orquesta levantó la batuta y los sones de una música juguetona apagaron el ruido de los aplausos. Un poco inclinada hacia adelante, Catalina Ivanovna comenzó a cantar. Luego, recogiendo la falda hasta la rodilla, inició una graciosa danza. Se oyeron «bravos» entusiásticos. La cantatriz envió un beso al palco de Verevkin.

Y algo brutal, terrible, interrumpió la música, hizo cesar de pronto los «bravos». Sonó un disparo de revólver. Sobre la primera fila de butacas se elevó una nubecilla de humo blanco. Catalina Ivanovna se llevó la mano al costado izquierdo, vaciló y cayó cuan larga era junto a la concha del apuntador.

El público se levantó, atropellándose, gritando. Unos cuantos espectadores sujetaron al joven que había disparado.

--¡Es Víctor!—gritó Lepechkin—. ¡Ha sido el canalla de Víctor!

Privalov temblaba de pies a cabeza.

—¿Qué le pasa a usted?—le preguntó Nicolás Verevkin—. ¡Está usted pálido como un cadáver! Vamos al *buffet* y beberá algo.

—No, no... ¡Esto es un manicomio! ¡Qué vergüenza! ¡Señor, qué vergüenza!

Los dos amigos corrieron al escenario, adonde habían acudido ya todos sus compañeros de palco. En la puerta del camerino de la cantatriz se encontraron a Lepechkin llorando a lágrima viva.

—¿Qué ha sucedido?

—La pobre Catalina acaba de entregar su alma a Dios—contestó el rey de las minas, santiguándose.

Privalov, instintivamente, se santiguó también.

XV

A la mañana siguiente, Privalov se levantó con la cabeza pesada y el corazón oprimido, y aquella tarde se marchó.

En Uzel, la vida seguía su curso habitual. Zosia le recibió con fría indiferencia, como a un extraño. Casi no cruzaron la palabra.

Una semana después, el yerno de Lajovsky salió para Garchiki. Pero, aunque en el molino todo era actividad, animación, vida, se aburrió al poco tiempo y decidió volverse a Uzel. Desde su regreso de Irbit estaba como desconcertado, y en todas partes se sentía fuera de su centro, que no sabía ya cuál era.

Una mañana recibió la visita de Nicolás Verevkin. El abogado le puso en autos de las últimas novedades. El viejo Bajarev le había encargado de la defensa de Víctor. Su padre había perdido cuanto había ganado y estaba á la sazón sin un copeck.

— Cuando había reunido ya cerca de noventa y cinco mil rublos, conseguí que emprendiera el viaje de regreso a Uzel; pero sus adversarios le siguieron, y en la primera posta le emborracharon y lograron que se volviese a Irbit, donde en tres noches le vaciaron completamente los bolsillos. La vuelta a Uzel tuve que pagársela yo...

El abogado calló unos instantes y añadió:

— ¿Sabe usted que Nadia Bajarev está aquí?

— ¡Cómo! ¿Aquí? ¿En Uzel?

—Sí. Hace diez días. Su marido está muy enfermo.

—¿Qué tiene?

—No sé. El doctor Sarayev, que les ha dado hospitalidad en su casa, dice que está muy grave... Una enfermedad psíquica...

Cuando el abogado se fué, Privalov empezó a pasearse, desasosegado, nervioso, por la estancia. Nadia... ¿Cómo había podido olvidar a aquella muchacha tan altiva, de un espíritu tan selecto y tan noble? ¿Cómo había podido sustituirla en su corazón una criatura como Zosia? ¡Oh, si le fuera dable arrancar del libro de su vida aquella vergonzosa página!

Sintió un vehemente deseo de verla, de oír su voz, de ayudarla. ¿Pero le recibiría ella?

Se vistió y se encaminó a casa del doctor Sarayev, sin otro propósito que el de acariciar con la mirada las paredes y las ventanas de la morada que tenía la dicha de albergarla. Pero ya allí no pudo luchar contra la tentación y llamó a la puerta.

—¿Quién es?—preguntó una voz que le conmovió profundamente.

La puerta se abrió y ante los ojos del cuitado apareció Nadia, vestida de obscuro y con un chal gris sobre los hombros.

—¿Sergio Alexandrovich! ¿Qué agradable sorpresa! Yo le creía a usted en Irbit. El doctor me había dicho...

—Sí; he estado en Irbit unos días... y luego en Garchiki...

—Pase usted, pase usted. Por aquí, Sergio Alexandrovich.

Privalov sentía la dulce emoción de un hombre que regresa a su hogar tras una larga ausencia. La joven le llevó a la sala y le dijo, señalando a una butaca:

—Siéntese... ¡Cuánto tiempo sin verle!

Parecía más alta; su rostro conservaba su belleza grave y serena; la expresión de sus ojos era un poco triste y más dulce que antes.

En breves palabras le contó su vida desde que había abandonado la casa paterna. Residía en las minas de Loskutov y era muy feliz.

—¿No ha visto usted aún a sus padres?

—No. A lo que parece, son irreductibles. Y a usted ¿cómo le va? Me han dicho que el molino está dando un resultado magnífico. Estará usted muy contento...

Privalov, un poco turbado al comienzo de su relato, y luego con tranquilo, con familiar aplomo, le contó sus disgustos y sus decepciones, sin aludir siquiera a los de su vida conyugal y sin nombrar para nada a Zosia. Nadia, adivinando que no era un marido feliz, no se atrevió a preguntarle por su mujer.

—En fin—terminó Privalov—, la vida es una cosa muy triste. Cuando está uno en sus umbrales, se la imagina un campo de batalla donde la energía, las nobles aspiraciones, la honradez, bastan para vencer; pero, en realidad, de nada sirven contra la resistencia pasiva ambiente, contra enemi-

gos cuya fuerza reside en que son invisibles y no hay armas para combatirles... Y acaba uno por depone-
ner las que posee, por someterse, por adaptarse
al medio...

Calló. Nadia le miraba compasiva, como se mira
a un ser querido en quien se descubre de pronto
una enfermedad incurable.

—No me explico su pesimismo y su abatimiento
de usted. Un hombre como usted, lleno de energías,
poseedor de todo lo preciso para la lucha... puede
hacer mucho... La noble misión que se había us-
ted impuesto de pagar la deuda histórica de las
fundiciones es un ideal cuya realización le resar-
ciría a usted de todos sus desencantos, sinsabores
y enojos... ¿Ha tratado usted ya de cumplirla?

—Gracias a las intrigas de Polovodov—repuso,
turbado como un acusado ante el juez, el millona-
rio—soy ahora menos dueño aún de las fundicio-
nes que cuando llegué de Petersburgo.

—La culpa es de usted. ¿Por qué no ha comba-
tido por todos los medios a ese intrigante?

—Envié a Petersburgo a Nicolás Verevkin...

—¡Eso no es suficiente! Debía haber ido usted
mismo, haber puesto en juego todas sus influen-
cias...

—Para conseguir algo hubiera tenido que recu-
rrir a corrupciones, a sobornos...

—¿Y qué? No hubiera sido en provecho de usted,
sino de los miles y miles de acreedores históricos
de su familia. Ante un fin tan grande y tan noble
no hay que reparar en esos ridículos obstáculos.

Pensamos demasiado en nuestra limpidez moral, tememos mancharnos, valernos de medios poco lícitos. Y nuestros enemigos, que son mucho más prácticos y mucho más listos que nosotros, se aprovechan de nuestro absurdo puritanismo y nos derrotan casi siempre. No sabemos luchar y, como es lógico, la vida nos hace sufrir un descalabro tras otro...

La joven se interrumpió de pronto y una sombra de angustia pasó por su rostro.

—¡Ahí está Máximo!—dijo.

En efecto; la puerta se abrió y entró Loskutov.

Privalov, al verle, comprendió que estaba realmente enfermo. Demacrado, los ojos hundidos, la mirada como perdida en misteriosas lontananzas, parecía minado por un mal invisible.

—¿No le conoces?—le preguntó, inquieta, Nadia—. Es Privalov, Sergio Alexandrovich... Un viejo y fiel amigo...

—¡Ah, sí, ya recuerdo!... Hacía tanto tiempo...

Los dos hombres se estrecharon la mano.

Privalov le habló de las minas, de la feria de Irbit, del molino; pero el ingeniero sólo contestaba con monosílabos y parecía sumido en hondas meditaciones.

—Bueno—dijo el millonario, levantándose—; me voy. Es muy tarde.

Nadia le acompañó al vestíbulo.

—Venga usted a menudo. Charlaremos...

—Sí, sí, vendré a menudo.

—¿Cómo ha encontrado usted a Máximo?—

preguntó en voz baja la joven—. Está muy cambiado, ¿verdad?

—Sí, bastante... ¿Hace mucho tiempo que está así?

—Hará unos seis meses. Al principio se quejaba de fuertes dolores de cabeza; luego cayó en un estado de apatía profunda... Tiene alucinaciones... El doctor le ha aplicado corrientes eléctricas; pero sin resultado hasta ahora.

—No me ha dicho usted nada de su hijita. Creo que es una monada...

Nadia se animó y en sus ojos brilló el orgullo maternal.

—¡Sí; es una criatura adorable! Ya se la enseñaré cuando venga usted otra vez. No tardará, ¿eh?

XVI

El estado de Loskutov empeoraba de día en día.

—Lo que necesita sobre todo—le decía el doctor a Nadia—es vida tranquila, aire puro, alimentación sana. Una larga temporada en el campo le probaría muy bien.

—En el campo... ¿pero dónde?

—Privalov tiene una casita en Garchiki y podrían ustedes instalarse allí. Si usted me lo permite, le hablaré...

—Espere usted unos días, doctor... Lo pensaré, y si me decido...

Privalov iba casi todos los días. Disipado por

completo su encogimiento ante la joven, le hablaba de cosas acerca de las cuales no se había expandido hasta entonces con nadie. Ella le escuchaba atenta y grave.

— Yo, en su lugar de usted — le aconsejaba —, haría todo lo posible por entrar en plena posesión de las fundiciones. Debe usted armarse de valor y resolución y no dejarse vencer por un canalla como Polovodov.

Con frecuencia llevaba a la sala a su Mania, una niña de ocho meses, en cuyos hermosos ojos grises se pintaba una curiosidad de cabrita. Privalov la cogía por debajo de sus brazos y la levantaba en alto: lo que la regocijaba mucho.

Nadia agradecía en el alma aquellas visitas; no salía nunca; el doctor se pasaba el día visitando a sus enfermos; Loskutov apenas hablaba, y la pobre joven se sentía terriblemente sola.

La enfermedad del ingeniero hacía rápidos progresos.

Una noche, el enfermo despertó a Nadia y murmuró:

— Ya lo he visto todo.

— ¿Cómo...? — preguntó ella, muy asustada.

— Lo he visto y lo he comprendido todo. Ha sido como una revelación. He encontrado la solución de lo que para tanto espíritu noble es el más arduo de los problemas...

— ¿Pero qué es lo que has visto? Ante todo, serenate... Toma una cucharada de bromuro.

Loskutov apartó la cuchara que su mujer le

acercaba a los labios, se sentó a los pies de la cama y, la mirada fija en algo remoto y arcano, sólo visible para él, continuó:

—He visto la realización del gran sueño de la Humanidad. Todos felices... Ni pobres ni ricos, ni sanos ni enfermos, ni buenos ni malos... Es tan sencillo, que no comprendo cómo no se ha resuelto el problema hace tiempo... Lo principal es la armonía. Como en una orquesta. Sin armonía entre los instrumentos, no hay música posible. Con la Humanidad pasa lo mismo. La Humanidad es una orquesta en que cada instrumento suena en completa discordancia con los demás. Necesita un buen director, un espíritu superior, que cree una religión capaz de reunir en su seno a todos los hombres, a todos los pueblos.

El enfermo expuso una extraña teoría acerca de tal espíritu superior. Las gentes, convencidas de la necesidad de grandes cambios, debían ir a buscarlo al Asia central, cuna de los supremos movimientos religiosos. Allí lo encontrarían.

Nadia escuchaba aquellas locuras y temía perder ella también el juicio.

El doctor, al oírle contar, al día siguiente, lo ocurrido, sacudió la cabeza.

—Eso es grave, muy grave...

—¿Qué debemos hacer, doctor?

—Por de pronto, trasladarle a Garchiki.

—¿Y qué dirá la mujer de Privalov cuando sepa que nos hemos instalado en la casa de su marido?

—No se preocupe usted de eso. Ella no tie-

ne derecho a intervenir en los asuntos de su marido.

Nadia se decidió, al fin, a irse a Garchiki, para donde salió, pocos días después, con Loskutov y su hijita.

Era a fines de abril, y la nieve se iba fundiendo. Comenzaba a verdear el campo.

Garchiki le gustó mucho a Nadia. Loskutov parecía también muy contento, daba largos paseos y se pasaba horas enteras en el molino, observando los trabajos.

En la casita de Privalov la vida se deslizaba placidamente. Naguibin se desvivía por hacérsela a los forasteros lo más agradable posible.

—Sólo falta aquí Sergio Alexandrovich—decía.

A Mania le probaba muy bien aquel clima. Estaba de muy buen color. Naguibin la quería mucho y le consagraba todos sus ocios. Solía llevársela a la orilla del río, y, para divertirla, se revolcaba en la hierba, imitaba al gallo y a otros animales y hacía gestos y ademanes grotescos. Casi lloró de felicidad la primera vez que la rapaza, con una adorable torpeza de lengua, le llamó «abuelito».

La vida de los campesinos le parecía ahora a Nadia llena de interés. Abríase ante ella como un libro no leído hasta entonces y saturado de doliente y honda emoción humana. Lo que sobre todo la interesaba era la vida de las mujeres, infinitamente más triste que la de las que, en la ciudad, se creían más desventuradas. La campesina era

una verdadera esclava del trabajo, y sobre sus débiles hombros pesaba una carga abrumadora. Su vida era un perpetuo martirio, no sufrido en aras de ningún ideal terreno ni celeste.

La joven no tardó en conquistarse el afecto de las campesinas, que iban a verla con frecuencia y le contaban sus penas, sus miserias.

La boda de una de ellas, a la que había sido invitada, le produjo una dolorosa impresión. Los *mujiks* bebían sin medida y las mujeres cantaban canciones que más bien parecían lloros. Diríase que asistían, no a una boda, sino a unos funerales. Y, en efecto, a unos funerales asistían; pues la boda, para una muchacha campesina, significa la muerte de su juventud, la pérdida completa de su libertad y casi de su dignidad humana.

—Es un crimen—le dijo un día a Privalov—vivir espiritualmente alejados de la gente del campo. Sobre todo en nosotras, las mujeres intelectuales. Nuestro deber es ayudar a nuestras pobres hermanas abandonadas, olvidadas por Dios y los hombres.

Una de las primeras cosas que pudo observar fué la necesidad de poseer algunos conocimientos médicos cuando no se quiere vivir en el campo como un parásito, sino como un ser útil. Y encargó a Uzel unos cuantos libros de medicina, que se puso en seguida a estudiar, utilizando, sin pérdida de tiempo, los conocimientos que adquiriría en provecho de los *mujiks*. La casita de Privalov no tardó en convertirse en una especie de clínica campes-

tre. En los casos difíciles, Nadia consultaba por cartas al doctor Sarayev y a veces le llamaba.

Algún tiempo después se encargó de la instrucción primaria de una docena de chiquillos.

La horrorizaba el pensar que algún día tendría que irse de allí.

—Eso sería un crimen—le contestaba Privalov al oírle manifestar tal inquietud—. ¿Qué necesidad tiene usted de irse? ¡Quédese! ¡Es usted aquí tan precisa!

—¡Qué buena obra sería, Sergio Alexandrovich, fundar aquí un hospital y una escuela!

—Eso equivaldría quizá, mi buena amiga, al pago de una parte de la deuda histórica...

XVII

Privalov, alentado por Nadia, decidió apartar a toda costa a Polovodov de la tutela y entrar, al cabo, en plena posesión de las fundiciones. Esperaba con impaciencia la presentación del primer informe administrativo de Polovodov.

—Verá usted—le decía Nicolás Verevkin— cómo encontraremos motivos sobrados para desembarazarnos de él.

Al fin llegó el día tan impacientemente esperado. Nicolás Verevkin fué a casa de Polovodov a pedirle cuenta de su gestión. Privalov le aguardaba ansioso.

—¡Mis felicitaciones!—gritó el abogado, entrando en su despacho—. Ya le tenemos en nuestras manos. Ha olvidado toda prudencia y ha robado de un modo escandaloso. Bajo la dirección de Kostia Bajarev, las fundiciones producían cuatrocientos mil rublos de beneficio neto, y este año han producido, según las cuentas de Polovodov, setenta mil rublos nada más. ¡Y de esos setenta mil rublos, treinta mil corresponden a la venta del metal sobrante del año pasado!

Privalov le escuchaba estupefacto.

—¡Qué atrocidad!—dijo—. ¡Ese hombre ha perdido el juicio! Sabía que robaría; pero creía que lo haría con cierta prudencia. No le consideraba capaz de tal audacia. ¡Mejor para nosotros y peor para él!

—¡Vaya!... ¡No tiene escape! Si llevamos el asunto a los tribunales, es hombre al agua. Supongo que estará usted dispuesto...

Al día siguiente, Nicolás Verevkin le envió al gobernador de la provincia una exposición detallada del asunto, en la que pintaba con vivos colores las hazañas de Polovodov. Ocho días después, el gobernador ordenó, por telégrafo, la separación de Polovodov de la tutela.

El abogado se lo notificó a Privalov frotándose las manos.

—¡Ahora, a los tribunales con él!

Privalov salió aquella tarde para Garchiki, ansioso de darle a Nadia la buena nueva.

—¡De hoy en adelante—le dijo—puedo hacer de las fundiciones lo que se me antoje!

La misma mañana de su regreso a Uzel recibió la visita de Sarayev. El doctor estaba muy pálido y temblaba de pies a cabeza.

—¿Qué le pasa a usted, doctor? ¿Está usted enfermo?—preguntó Privalov asustado.

El médico, sin contestar, le tendió un billetito rosa, en el que una mano apresurada y trémula había escrito las siguientes líneas:

«Querido doctor: Cuando reciba usted esta carta yo estaré ya lejos de Uzel. Usted es el único hombre a quien he querido, y por eso me dirijo a usted. Usted es la única persona de Uzel a quien dejo con pena. Por lo demás, mi marcha tampoco apenará a nadie. No puedo continuar en este maldito poblacho.

Puede usted escribirme, a lista de correos, a Viena y, pasada Navidad, a París.

Estrecha por última vez su honrada mano y le abraza su indigna amiga,

Zosia.»

El doctor y Privalov permanecieron silenciosos algunos instantes.

El doctor volvió la cabeza y un mal dominado estremecimiento recorrió su cuerpo.

—¿Se ha ido sola, doctor?

—No, con Polovodov... ¿Quién iba a creer...? Sarayev no pudo hablar más. Perdido por com-

pleto el dominio sobre sí mismo, empezó a sollozar como un niño.

—¿La quería usted mucho, doctor?—preguntó Privalov.

—¡Oh, sí!... Era mi vida... Al principio amé en ella a una niña; luego, a una mujer... ¡Ah, si yo pudiera hacerla volver, salvarla! Pero ya es demasiado tarde...

Cuando Nicolás Verevkin se enteró de la fuga de Polovodov y Zosia, gritó, dirigiéndose a Privalov:

—¿Comprende usted ahora por qué se daba ese canalla tanta prisa en robar?

XVIII

Días después, un doloroso drama tuvo lugar en Garchiki: Loskutov perdió el juicio de un modo total.

Se imaginaba ser un mesías, venido al mundo para salvar a la Humanidad. A veces se consideraba sin fuerzas para cumplir su alta misión y se desesperaba, gritaba, lloraba, se mesaba los cabellos. Y era necesario atarle a la cama, en evitación de que se rompiera la cabeza contra la pared o hiciera cualquier otra atrocidad.

El período agudo de la insania duró unos doce días, en el transcurso de los cuales el pobre demente

no durmió ni un segundo. Luego, de pronto, se calmó.

—Se inicia la parálisis—dijo el doctor Sarayev.

—¿No hay remedio?—le preguntó Privalov en voz baja.

—No. El desenlace no se hará esperar. Felizmente para él y para Nadia...

Quince días después Loskutov dejó de existir.

Se le enterró en el cementerio de Garchiki. Nadia iba a diario a visitar su tumba y la cubría de flores.

Aunque se leía en su rostro el hondo dolor de su alma, nadie la había visto llorar.

—Preferiría que llorase—decía el doctor.

—Decididamente—declaró ella una tarde—, me quedo en Garchiki. Soy aquí muy necesaria. Me dedicaré de lleno a la enseñanza y a la curación de los enfermos. Mi único consuelo es el trabajo...

Tras largas vacilaciones, Privalov, a instancias de Nadia, decidió al cabo irse a Petersburgo y desembarazar por completo de la tutela las fundiciones.

—Me voy—le anunció a la joven—dentro de una semana...

—¡Por fin! ¡Gracias a Dios!

—Pero con una condición...

—¿Cuál?

—Que me reemplace usted en el molino durante mi ausencia. Tengo desde luego completa confianza en Naguibin; pero él necesita a menudo consultarme a mí o a alguien que me represente. Además, su trabajo es excesivo.

Nadia repuso:

—Lo pensaré, Sergio Alexandrovich.

Y como Privalov, a los pocos días, insistiese, le contestó:

—Puede usted irse cuando quiera. Acepto.

XIX

Pasó cerca de un año.

Nicolás Verevkin, que había obtenido la absolución de Víctor por el Jurado y se había hecho íntimo amigo de los Bajarev, pidió la mano de Verochka. Ella aceptó, y los viejos consintieron.

—Pero con la condición—dijo Vasily Nazarich—de que renuncies a tu indecente oficio. Eres, por desgracia, un buen abogado; es decir, un hombre que sabe mentir a las mil maravillas, presentar lo blanco como negro. La absolución de Víctor es una prueba de lo que digo: Víctor, en justicia, debía haber ido a presidio.

Todas las objeciones de Verevkin fueron inútiles.

—¿Y en qué quiere usted que me ocupe, Vasily Nazarich?—preguntó.

—Ya encontrarás ocupación en mis minas. Precisamente necesito allí una persona de mi absoluta confianza.

Verevkin acabó por someterse al ultimátum del anciano.

Una semana después se celebró su boda con Verochka, que le consideraba el hombre más inteli-

gente del mundo y se desternillaba de risa oyendo sus donaires.

Bajarev se opuso a que el joven matrimonio se instalase en casa aparte, como pretendía el abogado.

—No, querido, no. Os quedaréis con nosotros. La casa es bastante grande. Además, como no tardarás en venirte conmigo a las minas, Verochka, así, no se quedará sola.

Nicolás hizo un gesto de cómica desesperación.

—¡Una capitulación más!—exclamó.

—Tienes que someterte a mi terrible yugo... hasta que yo también capitule y deponga para siempre las armas. No tardaré mucho, descuida...

XX

Una tarde de noviembre, Nicolás entró en el despacho de su suegro con cara de hombre deseoso de decir algo que no acaba de atreverse a decir.

—¿Hay alguna novedad?—le preguntó el viejo.

—No..., nada de importancia. He visto a Privolov, que llegó anoche de Petersburgo.

—¡Qué! ¿Han tenido éxito sus gestiones?

—Sí. Las fundiciones no están ya bajo ninguna tutela... Desgraciadamente, se hallan en un estado de abandono lastimoso y pesan sobre ellas enormes deudas.

—No importa. Con un poco de energía y buena voluntad, todo se arreglará...

—Privalov me ha dicho que quiere venir a verle a usted.

—¿Que venga cuando quiera, hombre!

—Y...

—¿Y qué? ¡Acaba!

—Nadia...

El viejo frunció las cejas.

—No me hables de ella nunca, ¿sabes?

—Bueno, Vasily Nazarich—dijo Nicolás.

Y se dirigió a la puerta.

—¡Espera!

Nicolás volvió sobre sus pasos.

—¿Qué iba yo a decirte?... ¡Ah, sí!... ¿Cómo le va?

—Muy bien, Vasily Nazarich. ¡Es una mujer admirable! ¡Los campesinos la adoran!...

—¡Basta, basta!... ¿No has olvidado aún tu indecente oficio de abogado?

Aquella noche, cuando Nicolás se disponía ya a acostarse, el criado Luka llamó a la puerta de la habitación.

—Señorito...

—¿Qué hay?

—Vasily Nazarich le llama.

Nicolás acudió presuroso al despacho del viejo.

—¿Qué se le ofrece a usted, Vasily Nazarich?

—Mañana temprano nos vamos.

—Muy bien.

Verevkin había comprendido, por el tono de su suegro, que cualquier pregunta pecaría de indiscreta.

Al amanecer, un buen *troika* esperaba en la

puerta a los viajeros. Hacía mucho frío, y los árboles estaban cubiertos de escarcha.

Suegro y yerno subieron al coche, y el cochero arreó los caballos.

Bajarev, agazapado en un rincón, envuelto en su amplio abrigo de piel de oso, callaba y le largaba chupadas a su cigarro.

Llevarían ya cerca de una hora cuando le preguntó a Nicolás:

—¿Piensa Privalov estar muchos días en Uzel?

—Creo que tres o cuatro.

—Bien.

Al anochecer después de comer como un buitre y beberse una taza de té caliente en un parador, Verevkin se arrellanó en su asiento del coche y se durmió con el sueño de los justos. No faltaría mucho para la media noche cuando se despertó.

—¡Qué modo de roncar, amigo!—le dijo el viejo—. Tú hubieras derribado, sólo con echarte a dormir, las murallas de Jericó... Creo que estamos llegando.

Nicolás se restregó los ojos y miró por la ventanilla. Se dibujaban en la obscuridad, en lo hondo de un valle, las siluetas de un caserío y de una iglesia. Se oía el canto lejano de los gallos.

Minutos después, el coche se detuvo ante una casa de madera, de construcción sólida. El cochero llamó a la puerta. No tardó en abrirla un campesino entrado en años, con una linterna en la mano.

—Tú eres el alcalde, ¿verdad?—le preguntó Bajarev.

—Para servirle, señor.

El campesino miró al viejo a la luz de la linterna, y lanzó una alegre exclamación de sorpresa.

—¡Qué honor para mí, Vasily Nazarich! Pasen, pasen...

Verevkin adivinó que se encontraban en Garchiki, y una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.

El alcalde hizo pasar a los viajeros a una estancia muy limpia, donde ardía un buen fuego.

—Manda a buscar a Naguibin—le ordenó Bajarev—. Que venga en seguida: se trata de un pedido importante.

Un cuarto de hora después, el alcalde, los dos viajeros y Naguibin estaban sentados en torno de una mesa, en cuyo centro hervía un enorme samovar.

—¡Aquí me tienes!—le dijo a Naguibin el viejo—. Vengo a comprar harina, porque en casa está terminándose. Como mi yerno es tan tragón, necesitamos mucha.

Cuando hubieron tomado el te, se quedó mirando con ojos burlones a Verevkin.

—Tienes cara de sueño. ¡Como sólo has dormido hoy quince horas! Vete a acostar. Yo me quedaré un ratito con Naguibin, regateando la harina.

Una vez solos él y Naguibin, inquirió:

—¿Cómo está mi hija?

—Bien. Trabaja mucho. No tiene un momento

de reposo. Es el ángel guardián de la aldea. ¡Qué bien ha hecho usted en venir!

Los ojos del buen hombre se llenaron de lágrimas.

—¡Cuánto se acuerda de usted!—añadió.

—¡Ya está bastante castigada! ¡Hasta Dios perdona a los pecadores! ¡Verdad, Naguibin?

El anciano bajó la cabeza y suspiró.

—Si no hubiera sido por la vieja, hubiera venido hace mucho tiempo. Esta separación me ha hecho sufrir mucho... ¡Podré verla en seguida?

—¡Desde luego! Se levanta al amanecer. ¡Dios mío, qué contenta se va a poner!... Pero voy a prevenirla. Si no, la impresión sería demasiado fuerte... Le diré que voy a llevarle una visita con la que ni a soñar se atreve.

XXI

Nadia, enlutada, pálida, enrojecidos los ojos por el llanto, esperaba a su padre en el vestíbulo. Al verle entrar, se lanzó a su cuello, gritando:

—¡Papá, papaíto! Al fin, al fin...

El anciano le cubrió de besos la cabeza y, apartándola luego un poco, clavó en ella una tierna mirada.

—¡Aquí me tienes, nena!—balbuceó—. ¡Ves cómo he venido?... Me voy haciendo ya tan viejo, que no he podido esperar más... No he querido

morir separado de ti..., que eres lo que más amo en el mundo.

Se dejó caer en una silla, y los sollozos sacudieron su cuerpo.

—Casi nunca he llorado—dijo, cuando el llanto le permitió hablar—. Dios me perdonará este momento de flaqueza...

Naguibin, en un rincón, se secaba los ojos con un gran pañuelo de seda encarnado.

Ya un poco serenados los dos, Nadia llevó a su padre a la habitación inmediata.

—Mi casa, papá, ni es grande ni lujosa; pero yo no necesito un palacio, ni mucho menos. En esta habitación recibo a mis enfermos, y en ésa de al lado vivo yo...

Cuando entraron en la segunda habitación, Nadia se apresuró a esconder los juguetes esparcidos por el suelo y sobre la mesa. El viejo miró con ojos severos la camita que había en un rincón, y apartó en seguida la vista de ella. Nadia lo vió, y sintió una profunda pena. La niña dormía tranquilamente, sin sospechar que era una de las actrices de un doloroso drama.

Bajarev y la joven se sentaron.

—Tú siempre entregada al cuidado de tus enfermos y a la enseñanza de tus discípulos, ¿eh? Ya me han contado... Pero ¿eso es vivir?

Bajarev miró con tristeza los muebles modestos, el techo de vigas desnudas, los visillos de percal claro de las ventanas.

—Creía que vivías mejor—añadió.

—¡Pero, papá, si vivo muy bien! Nunca he vivido tan a mi gusto. El lujo siempre me ha desagradado.

—Todo eso será cierto; pero tú estás pálida, delgada...

—¡He sufrido tanto, papá! ¡He pasado por tan rudas pruebas! La vida, la verdadera vida, es así. Y la prefiero a la vida estúpida de las muchachas distinguidas, que se consumen entre cuatro paredes sin saber qué hacer...

El anciano escuchaba, oprimido el corazón, a su hija, comprendiendo que el pasado no podía volver, que ella no tornaría ya a la casa paterna, que un abismo se interponía entre su vida de antes y su vida de ahora. Como para cerciorarse de ello, preguntó con voz sorda:

—¿No quieres, pues, volver a casa?

—No, papá. No debes exigírmelo. Yo ya no podría vivir como vivía...

—Sí, tienes razón... Eres una rama cortada. Lo eras ya antes de abandonarnos; saltaba a la vista.

Vasily Nazarich bajó la cabeza, como bajo el peso de dolorosas reflexiones.

—Sí—continuó—, debes vivir aparte, vivir tu propia vida... ¡Pues bien, que Dios te bendiga! Sigue aquí, si ese es tu gusto...

La joven le abrazó y volvió a cubrirle de besos.

Mania se despertó, se sentó en la cuna, clavó en el anciano sus ojos negros y soñolientos y se sonrió.

—¡Mania: ¡el abuelito acaba de llegar!—le dijo su madre, sacándola de la cuna.

— ¡Cuál?

— ¡El abuelito de verdad!

La niñita miraba atenta al viejo.

— ¡No! — gritó, abrazándose al cuello de su madre.

— ¡Es preciosa! — exclamó Bajarev.

Y tratando de darle un beso, le preguntó a su nieta:

— ¡Quieres que seamos amigos?

— ¡No!

La pequeña se estrechaba contra su madre, como buscando amparo, llena de temor a aquel viejo desconocido.

— ¡No! — repitió cuando él intentó cogerla en brazos.

Y sus ojos se volvieron, interrogadores, a Nadia, como diciendo: «¡Por qué no tomas medidas enérgicas en mi defensa?»

— ¡Vamos, Mania! ¡Es tu abuelito, que te quiere mucho! Dale un beso.

Poco a poco fué rompiéndose el hielo, y media hora después Bajarev, con la niña sobre las rodillas, Nadia y Naguibin estaban sentados alrededor de un samovar, cuyo hervor parecía un alegre canturreo. Los celos de Mania se habían disipado, y la pequeña estaba ya convencida de que el viejo de la barba blanca no había ido allí con propósitos hostiles. En la faz del buen Naguibin se pintaba una gran alegría.

— ¡Ves, muchacho — le dijo Bajarev —, cómo nos hemos entendido... en lo de la harina?

—¡Sí, Vasily Nazarich! Desde que existe el molino no he hecho un negocio igual.

—Bueno; enséñame el molino. Me han hecho de él tales elogios, que estoy deseando verlo.

Cuando volvieron del molino—que le había gustado mucho a Bajarev—se encontraron en la casita a Nicolás Verevkin. El abogado, a gatas en medio del vestíbulo, representaba a las mil maravillas el difícil papel de oso, con gran regocijo de Mania, que le llamaba el «tío gordo», y hasta se dignaba tirarle de las guías del bigote.

XXII

Bajarev le hablaba a Nadia de sus negocios, que marchaban viento en popa. Sus minas de oro producían mucho, y había en ellas filones no explotados aún que prometían beneficios de millones de rublos. Nadia le hablaba a su vez de sus alegrías y sus penas. Charlaban sin cesar, como si quisieran resarcirse de su larga separación.

—Bueno, nena—dijo Bajarev al cuarto día de su estancia en Garchiki—; tengo que dejarte. Mis quehaceres me llaman... Hemos hablado un poco de todo; pero hay un asunto del que no hemos tratado en nuestras conversaciones...

Ella, adivinando qué asunto era aquél, se turbó, y hasta se puso pálida.

—Hablemos como viejos amigos, Nadia. Tú sa-

bes que tu felicidad es mi principal preocupación. Soy ya muy viejo. El camino que Dios me ha trazado en la vida toca ya a su término. Pues bien, antes de irme de este mundo quisiera ver tu porvenir menos incierto... Te quedas sola con tu hija. La vida es dura, y una mujer es demasiado débil para defenderse sin ayuda de nadie de sus crueles rudezas. Ya sé que trabajo no te ha de faltar, pero eso no basta. Lo temible es la soledad. Aun eres joven; te queda un largo camino por recorrer... Voy a hablarte con toda franqueza, Nadia. Perdóname que me mezele en tus asuntos... Ponte en mi lugar. Tú, que tienes una hija, ¿podrías despreocuparte de su porvenir?

—No, no podría. Pero no le impondría nunca mi voluntad. Cuando sea mayor, su libertad será sagrada para mí.

—Sin embargo, Nadia, si la vieras tomar un camino que no era el bueno, le indicarías el camino que debía seguir. Yo no intento imponerte mi voluntad; pero...

El anciano atrajo hacia su pecho la cabeza de Nadia y, acariciando sus cabellos, añadió:

—Hija mía: hay un hombre que te ama hace mucho tiempo, y que es capaz, en mi sentir, de hacerte feliz... Tú quizá no lo hayas notado; pero yo lo sé...

—Papá: olvidas que no me he quitado aún el luto...

—Eso no es óbice, hija mía, para pensar en el porvenir. Los vivos deben pensar en la vida. No

se puede llevar el luto eternamente. Eso sería contrario a las leyes de la Naturaleza. Una espesa capa de tierra nos separa de los muertos. Ellos yacen en paz, y los vivos tienen que luchar, que sufrir...

— ¿Te refieres a Sergio Privalov?

— Sí, nena. Mi sueño dorado ha sido siempre veros unidos. Es un hombre bueno, honrado, trabajador. ¡Y podríais ser tan felices!...

— Pero, papá...

— Déjame acabar, no me interrumpas. Como ya te he dicho, soy en la actualidad inmensamente rico. Y una idea fija me atormenta desde hace algún tiempo: ¿a quién le dejaré mis millones? ¿A Víctor? Víctor es un botarate, incapaz de nada serio, que derrocharía en pocos años mi fortuna con cantatrices y bailarinas. Y con esos millones se puede hacer tanto bien... Tú lo sabes mejor que yo. Hay tanta pobreza, tanta miseria, tanta ignorancia... Privalov no es un egoísta: su constante preocupación es el bien ajeno. En eso os parecéis mucho. Pues bien; ¿por qué no ir de la mano por el camino de la vida? ¿Por qué no reunir vuestras buenas voluntades, vuestras energías y vuestros capitales? Si te casaras con Sergio, yo pondría, tranquilo y confiado, mi fortuna en vuestras manos.

— Pero, papá, eso que me propones...

— ¿Quieres dejarme hablar? Y si de vuestro matrimonio naciera un hijo, sería mi único heredero. ¡Dios mío, qué feliz sería yo entonces! Moriría contento, viendo realizado el sueño más ardiente de

toda mi vida... ¡Nadia, hija de mi alma, no me niegues esa inmensa alegría!

—Papá: hace tan poco que murió el pobre Máximo... ¡Y yo le adoraba!

—¡Si no hay prisa, nena, si no hay prisa! Sólo quiero que no me quites la esperanza...

La joven no contestó nada. Se limitó a abrazar a su padre.

—¡Me lo prometes, pues?

—No sé, papá, no sé... Privalov me es muy simpático, y creo que podríamos ser felices; pero... ¡me da una pena hablar de eso!... Tal vez más adelante..., dentro de un año... Si entonces sigue amándome...

—Bueno, hija mía, no insisto más. Ahora estoy tranquilo... ¡Gracias, gracias!

Dos horas después, Bajarev y Nicolás Verevkin salían para Uzel.

—¡Qué! ¡Estás contento del viaje?—preguntó el anciano, sonriéndose.

—¡Mucho, Vasily Nazarich! La compra de harina que ha hecho usted es para mí de una gran importancia, dado mi soberbio apetito.

—Si yo hubiera sabido que eras tan comilón, no te hubiera aceptado por yerno. Afortunadamente, espero tener pronto otro más buena persona.

—¡De veras? No lo creo posible; pero cuando usted lo dice...

—¡No adivinas quién es?

—¡No, Vasily Nazarich!

—¡Indecente abogado! Es más fácil convertir al

kirguiz Chelejov en abstemio que hacerte a ti decir la verdad.

Al día siguiente de su llegada a Uzel, Verevkin recibió la visita de Privalov. El millonario parecía muy impresionado.

—¡Qué! ¿Ha ocurrido alguna desgracia?— preguntó, inquieto, Nicolás.

—Acabo de ver al doctor Sarayev. Se va mañana a París.

—¿A París? ¿A qué?

—Ha recibido un telegrama de Zosia, diciéndole que Polovodov se ha levantado la tapa de los sesos.

—¡Cómo!...

—No era de esperar ese fin trágico, ¿verdad?

—Sí, sí era de esperar. El sabía que tarde o temprano la Policía le echaría el guante. Y ha preferido suicidarse a morir en presidio. Ha hecho bien. Lo que no me explico es la marcha del doctor.

—Zosia le llama. Y le dice, además, que ha obtenido el divorcio.

—¡Qué atrocidad!

Privalov se fué aquella tarde a Garchiki.

* * *

Han pasado tres años.

Los días claros, entre once y doce de la mañana se suele ver por las calles inundadas de sol de la ciudad de Uzel a una niña como de cinco años, de

hermosos ojos negros, en compañía de un anciano de elevada estatura y larga barba blanca. Son Mania y Vasily Nazarich Bajarev. El viejo, siguiendo la prescripción del doctor Sarayev, va a pie todos los días a casa de Sergio Alexandrovich.

Algunas veces también le acompaña un rapaz de grandes ojos grises, que representa unos dos años; es su nieto legítimo, el hijo de Nadia y Privalov. Bajarev, cuyo sueño se ha realizado al fin, va muy orgulloso. No hay abuelo en el mundo tan feliz como él.

FIN

INDICE

Páginas

PRIMERA PARTE

I.....	7
II.....	13
III.....	21
IV.....	25
V.....	28
VI.....	32
VII.....	35
VIII.....	38
IX.....	40
X.....	44
XI.....	46
XII.....	48

SEGUNDA PARTE

I.....	55
II.....	58
III.....	60
IV.....	63
V.....	65
VI.....	68
VII.....	73
VIII.....	75
IX.....	78
X.....	80
XI.....	83
XII.....	88
XIII.....	91
XIV.....	93
XV.....	96
XVI.....	99
XVII.....	103
XVIII.....	106
XIX.....	109
XX.....	113

TERCERA PARTE

I.....	117
II.....	119

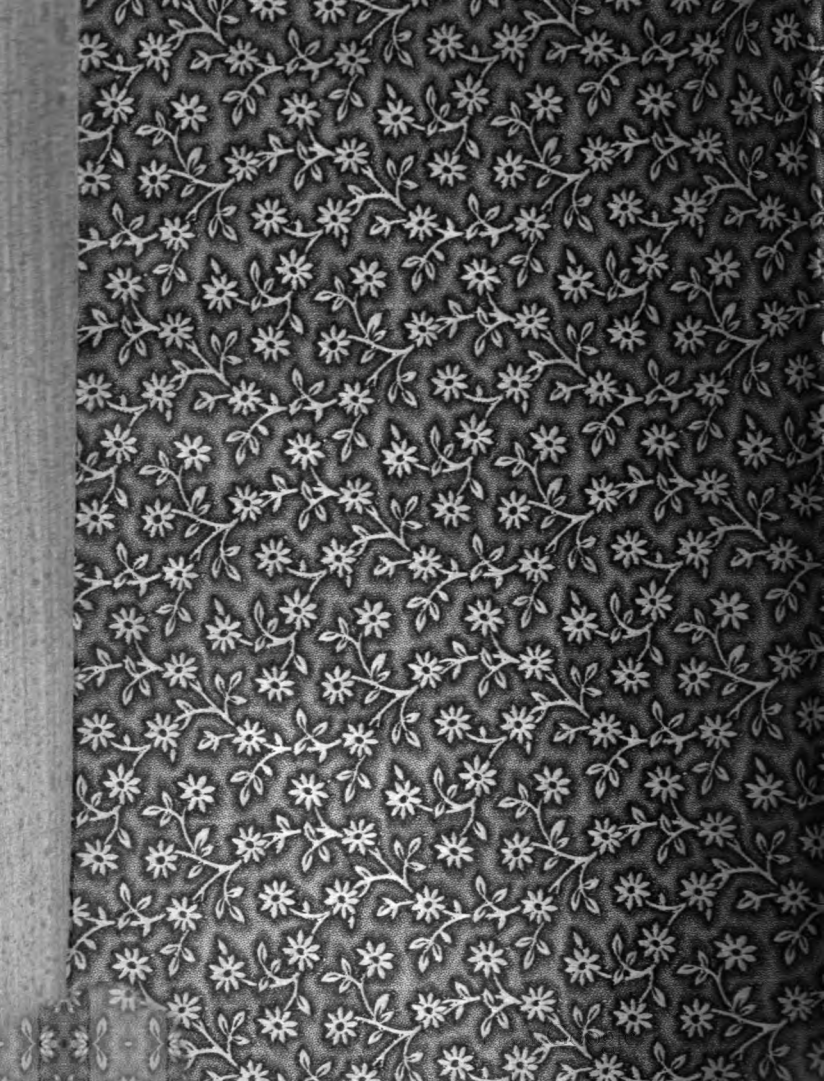
III.....	122
IV.....	125
V.....	129
VI.....	133
VII.....	135
VIII.....	138
IX.....	141
X.....	145
XI.....	148
XII.....	151
XIII.....	154
XIV.....	158
XV.....	163
XVI.....	166

CUARTA PARTE

I.....	169
II.....	172
III.....	175
IV.....	181
V.....	184
VI.....	188
VII.....	191
VIII.....	195
IX.....	199

QUINTA PARTE

I.....	203
II.....	206
III.....	210
IV.....	212
V.....	215
VI.....	218
VII.....	222
VIII.....	226
IX.....	229
X.....	233
XI.....	236
XII.....	240
XIII.....	243
XIV.....	248
XV.....	252
XVI.....	257
XVII.....	262
XVIII.....	265
XIX.....	267
XX.....	268
XXI.....	272



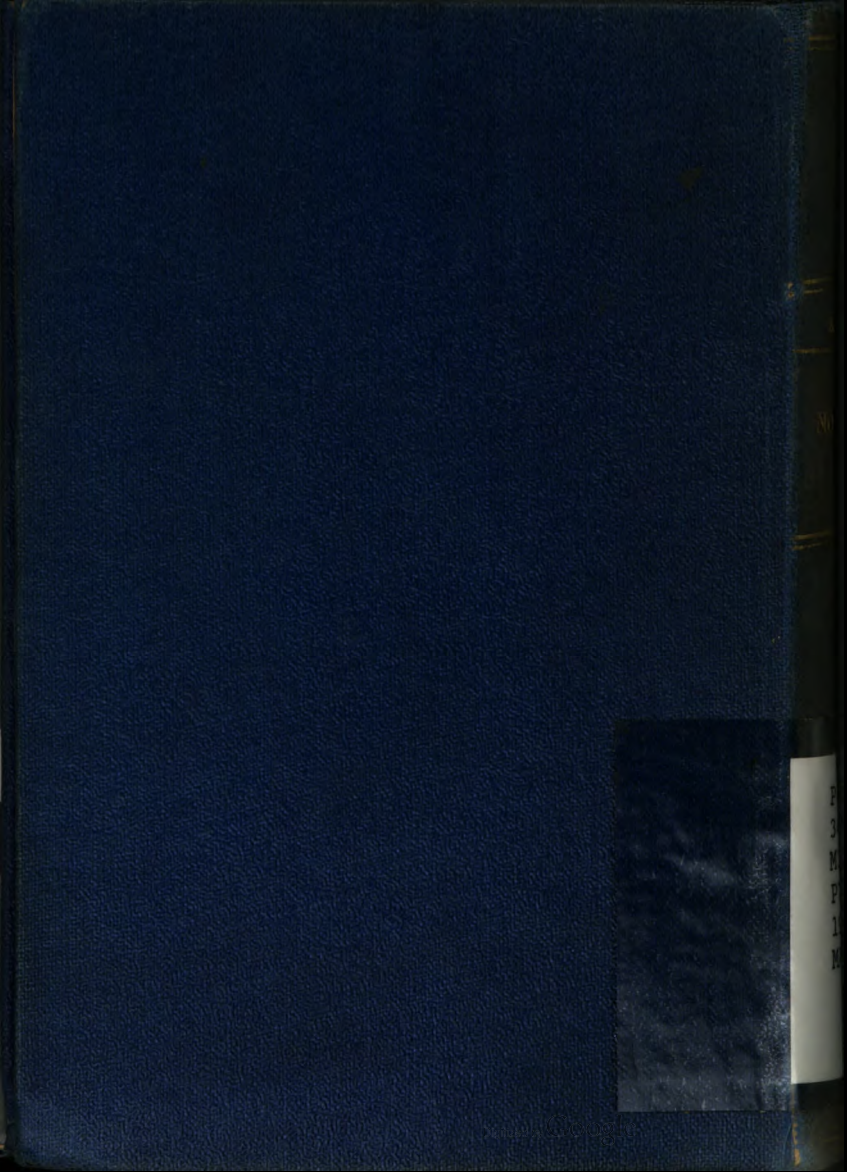
U. C. BERKELEY LIBRARIES



C047145383

550621

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY



E
3
M
P
1
M